

---

Dimas Lidio Pitty  
Estación de navegantes





*A Miriam*



*“¡Oh tú, hermosura del día! ¡Tú,  
huracán;  
tú, corazón del Cielo y de la Tie-  
rra!”*

Popol Vuh.

Los norteamericanos quieren absorbernos... vendrán aquí con el mensaje de su lengua y de su folklore, son de una condición que no respeta más hegemonía cultural que la suya; vendrán a colonizarnos, no sólo como se explota una comarca, con propósitos comerciales —o políticos— sino por medio de su cultura, sinceramente incompatible con la nuestra...

“... Los norteamericanos nos dicen que nos tienen mucho cariño; no pocas veces hemos leído en la prensa norteamericana críticas violentas a la política imperialista de los europeos contra los latinoamericanos; no pocas veces hemos leído en la prensa norteamericana críticas contra la política de los europeos, que vienen desarrollando en el continente negro —de quienes parece que quieren convertirse en defensores— ¡que ironía, para los que defienden la teoría de McKinley de la expansión territorial y del racismo, y de imponer por la fuerza una política del panamericanismo, que se administra desde las fronteras norteamericanas, si no, díganlo con elocuencia... México, Cuba, Haití, Filipinas, Puerto Rico... o nosotros mismos!”

**Belisario Porras**, presidente de Panamá  
1920-1924.

*“Yo he visto a Panamá desde las nubes  
como una larga zona de uniformes”*

**Rafael Alberti**

*“El lobo se llama dólar,  
el lobo mató la paz.  
El lobo, niños del mundo,  
Barbas lleva de tío Sam”.*

**Diana Morán**



## Un día entre los días

Agua el día  
agua la noche  
agua el mundo en rotación inmutable de soles y lunas  
Al sur al norte  
continentes habitados por plantas y animales  
donde miles de años después habrá ciudades y dioses  
Astros de luz esmeralda  
mareas  
siglos y siglos de silencio  
Entonces  
¿en qué instante emerge del mar  
entre fuego y espuma  
este corazón de tierra?\*

El tiempo el tiempo  
No hay calendario  
ni huella en el barro o en la nube  
pero ahí ha estado y estará  
hasta que el agua recobre su dominio

Tierra de agua  
tierra de aire  
tierra de luz  
aquí está

---

\* El Istmo de Panamá se formó a mediados del período terciario, según la opinión más difundida y aceptada entre los geólogos.

entre todas las aguas  
entre todas las tierras  
entre todos los hombres  
La voz surgió del mar plateada por los peces una mañana de sol  
Pudo ser en Bayano  
o en Darién  
o en las islas  
donde ese día los indios vieron cardúmenes innumerables  
y la voz nació del agua\*\*  
Nadie recuerda el sitio  
pero el nombre brotó como una flor azul  
y sus pétalos se abrieron en sonidos  
Luego sobrevivió a plagas y diluvios  
al arribo de Bastidas  
al asombro de Colón  
al genocidio de las tribus  
a los vendavales del Caribe y los incendios

Junto a los ríos, en las selvas remotas y escondidas, los fugitivos de la espada y de la cruz repiten el nombre en silencio como una alabanza a la tierra perdida. Bajo los espavés o las estrellas, la palabra resume pasado y futuro, cuanto ha sido o habrá de ser para los pueblos dispersos. Más tarde, en las montañas de Veraguas, en la sombra azul de cerros y luciérnagas, Urracá, gran señor de la guerra que eludió el cautiverio español arrojándose al mar cuando era conducido engrillado en una chalupa, arenga a sus guerreros con palabras de fuego y con esa voz antigua venida de las aguas. Los rostros de bronce y las hachas de piedra fulgen en la luz de las hogueras. Urracá llama al combate: ¡NO a la esclavi-

---

\*\* La voz aborígen panamá significaría “abundancia de peces”. De acuerdo con otras versiones, sería “abundancia de mariposas”. Nos inclinamos por la primera acepción, pues la realidad parece confirmarla.



ESTACIÓN DE NAVEGANTES

tud! ¡NO a la cruz! ¡NO al dominio extranjero! Compañón,  
Albítez, Espinosa, los capitanes de las huestes castellanas  
(cruzan llanuras y pantanos, incendian aldeas, violan  
mujeres y degüellan ancianos, deslumbrados por el oro)  
escuchan en el día de serpientes o en la noche de fieras  
el nombre extraño. Perciben su presencia en cada hoja,  
en cada piedra; es como el aire quemado por el sol, como  
la lluvia, como la misma sombra que calladamente en-  
vuelve armaduras y arcabuces en herrumbre.

De la mar había venido y en la vida estaba  
La luna ilumina las costas de arena blanca  
las hondonadas sombrías  
y el nombre asoma como una roca virgen  
PANAMÁ  
Brilla en el rocío  
en el alba  
en el crepúsculo  
es el aire  
el cielo  
los pequeños arroyos  
cuanto el hombre ha tenido y tendrá sobre la tierra  
sobre esta tierra de caminos secretos  
por donde han pasado emisarios de Chichén Itzá de Uxmal  
acaso de Tenochtitlán  
hacia las nieves de Macchu Picchu

Hombres de muchos pueblos han pasado por esta tierra  
y han hallado aquí sus ilusiones  
y otros la muerte  
PANAMÁ  
puente o meta  
instante o destino  
siempre tierra en el agua y en la historia.

En su casa de La Antigua, en las tardes de lluvia, cuando no es posible trabajar en el huerto, Balboa recuerda su infancia en Badajoz o sus penurias en La Isabela, de donde tuvo que salir huyéndole a la miseria. Ahora afila su espada en una piedra mientras Anayansi lo mira embelesada como a un dios antiguo. Al otro lado de la sierra, muy lejos, está el mar. No ése, visible a su espalda, en el cual está fondeado un bergantín de tres palos y en el cual se extravió Nicuesa con su infortunio, sino aquél que vislumbró una mañana luminosa desde un cerro de Darién y a cuya ribera llegó cuatro días después para tomar posesión de él en nombre de Castilla y Aragón. Allá, al otro lado del Istmo, está el mar turquesa de las perlas y el oro, a través del cual un día Pizarro y Almagro llegarán a las riquezas de Perú y a los lagos de Chile. Mientras afila su acero piensa en ese mar inexplorado y en los viajes que aún deberá emprender en busca de nuevos dominios para su rey. En ese instante un rayo calcina un árbol frente a la casa y en la mirada de Anayansi percibe una sombra fugaz. Meses después, en el momento en que su cabeza va a ser cortada en el sol de la mañana de Acla por orden de Pedrarias, Balboa ya no piensa en el mar de las perlas y el oro, de las islas apacibles y el horizonte infinito, sino en sí mismo y en esta tierra que la muerte convierte en su destino.

PANAMÁ

voz de agua

voz de cielo

voz de luz

tierra surgida del mar

cuyo nombre no perece

PANAMÁ

ESTACIÓN DE NAVEGANTES

tiempo y sangre

canal

puente

destino

PANAMÁ

**the crossroads of the world.**



**E**L OLOR Y EL SONIDO DE LA LLUVIA llegaban de la calle mientras en la penumbra del MOROCO la cara pálida y los ojos azules de Billy Jones hacían evocar esas imágenes de santos acosadas por las polillas y los años, esas viejas figuras de madera pintada que naufragan en la atmósfera plácida y espermosa de las iglesias coloniales. Afuera pasaban los automóviles y el roce de las llantas con el agua y el pavimento resultaba desagradable, casi doloroso, como cuando un chico raspa una superficie metálica para fastidiar a la vieja tía que a menudo lo atormenta enseñándole oraciones y amenazándolo con suplicios eternos si no las aprende.

Billy tenía delante su **gin and tonic** y parecía ensimismado o abstraído, aunque en realidad sólo esperaba que yo respondiera a lo que él había dicho poco antes. Bebió un trago y cuando puso el vaso sobre la mesa dije que tal vez tuviera razón. Yo no había vivido una experiencia semejante a la suya, pero tenía la impresión de que para un hombre debía ser demasiado duro eso de permanecer tres o más años alejado de la familia, en regiones inhóspitas y desconocidas, dedicado a matar gente, beber cerveza, dormir, ver la misma película diez veces en el cine de la base, ir el día libre a los burdeles y no tener otro escape que la marihuana o las propias y más secretas ilusiones. Era demasiado duro; sí, tenía que ser demasiado duro para cualquiera que no fuese un **son of a bitch**.

Tomó un cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesa, lo golpeó mecánicamente contra el encendedor y no dijo nada.

Luego la llama del encendedor empalideció aún más su rostro de niño tardío, prácticamente imberbe, pero en el cual la juventud no podía disimular prematuras huellas de remordimiento o desencanto. Exhaló el humo y bebió otro trago. Su manera de beber traslucía una especie de indiferencia o de hastío, de renuncia definitiva. Me miró.

—Eso es lo peor —dijo con voz tenue—. Sí, eso es lo peor: que todos somos hijos de perra. Pero lo más triste es que no lo advertimos sino cuando es demasiado tarde para cualquier cosa que no sea sentir asco de uno mismo. Antes, cuando uno está en el asunto, cuando obedece órdenes y avanza y tira a ciegas y se revuelca en el lodo, no advierte nada. Quizá sea porque no hay tiempo para pensar. Pero, después, cuando todo ha pasado, llega el día, un instante cualquiera, en que uno comienza a comprender. Así les ha ocurrido a muchos. Pero ya entonces la cosa no tiene remedio, ¿ves? —Afirmé con la cabeza y él aprovechó la pausa para beber un trago—. Ya sólo queda seguir viviendo hasta el fin con el recuerdo de ese tiempo y con la amargura, si uno tiene suficiente conciencia, de haber sido un miserable. Pero eso tampoco arregla nada porque en ese momento habrá otro haciendo lo mismo que uno hacía. ¿Comprendes?

Asentí en silencio y bebí un trago. Billy fumaba y exteriormente se veía tranquilo aunque un fulgor extraño, de rencor o culpa soterrados, brillaba en el fondo de sus ojos. Ahora bebía pausadamente y observaba los desnudos pintados en las paredes. Había mulatas y criollas en poses sugestivas y sensuales. Era evidente que quien las había pintado no era un artista sino un simple ilustrador comercial, pero en uno de los desnudos había alcanzado a rozar la magia de la creación. Quizá los clientes del MOROCO no lo advirtieran, sin embargo, algo había de arte, de vaga poesía, en esa muchacha reclinada bajo un árbol con la falda subida hasta los muslos entreabiertos y con aire de entrega o abandono en su cuerpo moreno. Tal vez el autor había visto alguna reproducción de la maja desnuda o de las

tahitianas de Gauguin e inconscientemente había intentado remedar los cuadros ilustres; o tal vez simplemente había querido plasmar en ese muro uno de sus sueños, una parte de su humanidad secreta, de sus ansias de rotulista desconocido. Cualquiera hubiese sido su intención, la muchacha había resultado más que una tosca ilustración de cantina. Y seguramente el autor había tenido conciencia de eso porque en el ángulo inferior derecho había puesto una especie de firma o marca legible que singularizaba y distinguía la pintura. El ilustrador no se había atrevido a dejar bien claro su nombre, quizá por temor al escarnio de sus conocidos, pero había satisfecho, aunque fuera en parte, su vanidad. Billy miraba precisamente ese cuadro.

—Me recuerda algo que he visto antes —dijo después de un rato.

—Hay muchos así en los almanaques —dije mientras me levantaba para ir al servicio.

Negó con la cabeza y volvió a mirar la pintura mientras me alejaba. Cuando regresaba, vi que sacudía su cigarrillo en el cenicero, el vaso en la otra mano y los ojos entornados. Charlie, el barman, pulía copas con un trapo detrás del mostrador. Fui hasta el jukebox y marqué algunas piezas, sin fijarme cuáles eran. Una canción lenta, de impreciso aire italiano o francés, surgió del aparato. Cantaba una mujer de voz dulce y melancólica. Billy tenía los codos apoyados en la mesa, la barbilla en las manos y los ojos cerrados cuando regresé a sentarme. Afuera seguía lloviendo y no entraba ningún cliente. Billy terminó su trago y llamamos al barman.

—Trae algo de comer —dije cuando vino.

Preguntó si queríamos papas fritas, sardinas portuguesas o salchichas picantes. Billy dijo que cualquier cosa. Pedí anchoas y galletas saladas. Comenzaba a sentir hambre porque había almorzado temprano y ya eran más de las cinco.

—Ah, sírvenos lo mismo, Charlie —dije mientras terminaba mi vaso.

Charlie trajo primero las bebidas y después las galletas y las anchoas. A Billy le puso delante un platito con salchichas. Comió dos o tres trozos y luego apartó el plato y dijo que no tenía hambre. Yo, en silencio, casi sin levantar la vista, terminé las anchoas. Me sentí mejor y bebí un trago largo. Después encendí un cigarrillo y durante un rato escuché, como si fuera música y no estuviera en un bar en compañía de un gringo, sino en un bosque o en una playa solitaria, el sonido de la lluvia y el ruido de los automóviles. Billy se había recostado contra la pared (estábamos sentados en sillones gruesos, tapizados con material parecido al cuero, en los cuales era posible reclinarsé cómodamente) y tenía los ojos cerrados.

De pronto comencé a sentirme incómodo, casi disgustado conmigo mismo por haber aceptado beber con Billy. Era un sentimiento confuso. No era propiamente disgusto, pero sí una sensación de incomodidad, como cuando uno se abstiene de refutar un disparate por no parecer grosero y luego lamenta la abstención porque quien dijo el disparate no sólo persiste en el error sino que profundiza en detalles e insiste en convencer a todos con sus tonterías. Ahora deploraba estar con Billy mientras lo veía beber su **gin and tonic**, siempre con los ojos cerrados. Qué gringo hijo de su madre. No debía haber aceptado acompañarlo; a lo sumo debí haber aceptado tomar una copa, no soportar durante horas su charla y su compañía. Sí, él tenía sus problemas, muy bien, pero yo tenía los míos y todo el mundo se pasaba la vida haciéndole frente a los conflictos; eso no era una justificación y, al fin y al cabo, ¿qué era yo suyo para que me contara sus cosas?

Nos hemos encontrado en la calle y me ha pedido que por favor le indique dónde es posible beber una copa sin complicaciones, en un ambiente tranquilo. Le he recomendado el MOROCO, el mejor bar de Río Abajo, donde siempre es seguro encontrar buena bebida y hasta una amiga, si la suerte lo acompaña a uno. Estamos en una esquina, a media cuadra del



bar, y yo espero el cambio de semáforo para cruzar la calle. A nuestro lado pasan hombres, mujeres y chicos morenos mientras una masa de nubes grisáceas comienza a espesarse por el lado del mar. Cambia la luz y digo **bye**, pero él me retiene y pide que lo acompañe, si no tengo nada urgente que hacer. Durante un instante dudo, luego decido que no es mala idea tomar una ginebra antes de la cena. Es sábado. Además, de vez en cuando es bueno conversar con los gringos para saber qué traen por dentro. Uno los ve todos los días, está cansado de soportar la presencia de los marineros ruidosos y de los soldados de mirada perdida que invaden los burdeles de Río Abajo desde el atardecer hasta la mañana o hasta que un escándalo precipita la intervención de la policía y la parranda termina en garrotazos, detenciones y autos alejándose con las sirenas abiertas; uno está acostumbrado a eso, pero pocas veces tiene oportunidad de hablar con alguno de ellos acerca de algo que no sean mujeres, cantinas, naipes o drogas. Ahora, uno se pregunta ¿de qué se puede conversar con un soldado de veinte o veintidós años que por primera vez ha salido de su pueblo del Middle West y antes de ahora no había oído el nombre, de esta tierra? Para la mayoría de ellos, el Canal es una zanja llena de agua, con selvas vírgenes y tribus salvajes en las orillas. Un sitio donde el chico de mamá debe tener mucho cuidado y, sobre todo, recordar que en ningún caso debe acceder a las incitaciones de las nativas desvergonzadas y lúbricas; esas criaturas impúdicas y salvajes que podrían contagiarle quién sabe qué enfermedades o vicios, indignos del buen muchacho que se casará con Lucy o Anne cuando regrese al pueblo convertido en un veterano de ultramar. ¿Qué puede hablarse con ellos acerca de una tierra que desconocen y seguramente desprecian, si no son capaces ni siquiera de hablar de su propio país? Por eso uno se ha acostumbrado a verlos pasar por las calles, sus ojos prendidos a las caderas de las **native girls**, con lascivo estupor en sus rostros anónimos y rubios. En cierto modo, son como un elemento indeseable del paisaje. Sin embargo, en Billy parece haber

algo distinto. Su acento no es el corriente en los soldados y da la impresión de haber estudiado o, cuando menos, de haber leído algo diferente a **Superman, Bugs Bunny, Mickey the mouse** o la sección deportiva del **Star News** o cualquiera sea el nombre del diario de su pueblo. Luego sabré que nació en Filadelfia — sus padres son profesores de High School— tomó cursos universitarios y vivió una temporada en Nueva York. Antes de ingresar al ejército quiso hacerse escritor, pero la incertidumbre y la bohemia consumieron los propósitos y el tiempo. Mientras deambulaba por las calles o veía una película, le brotaban ideas y temas para relatos que luego olvidaba conversando en los cafés o en tabernas penumbrosas. Después, un día leyó a Miller y a Caldwell y decidió que debía comenzar de una vez si realmente quería hacerse escritor. Pero antes de una semana lo había llamado el ejército y ahí había acabado todo. Ahora estaba de vuelta —solamente estaría tres días en Panamá— y la idea de convertirse en escritor había quedado en algún lodazal o en alguno de los millones de cráteres abiertos por las bombas en Indochina. **“Oh, my God”**. Allá había extraviado el entusiasmo, como si éste hubiera formado parte de la sangre que perdió cuando lo hirieron en las selvas del Mekong. Allá había dejado el entusiasmo y hasta las ganas de volver a Filadelfia. Sus padres escribían siempre: “Billy, **dear**, cuando vuelvas harás esto, harás lo otro”. En las cartas escuchaba la voz ronca del buen profesor Jones y la aguda y a veces chillona de su madre. Sí, al principio escuchaba y distinguía claramente sus voces, pero luego comenzó a no diferenciarlas y después dejó de oírlas por completo. Entonces las cartas eran solamente los caracteres —gruesos unos, más delicados los otros— de unos señores Jones que tenían un hijo en Indochina. “Cuando vuelvas...” las palabras habían acabado por serle indiferentes. Volver ¿para qué? ¿Para oír al viejo Jones y a su madre hablar por teléfono con la tía Margaret —hermana única de su madre— y congratularse porque el buen Billy había regresado con una o dos medallas y hecho todo un hombre? **“Oh, my God”**.

Tal vez hubiera sido preferible haber quedado en un arrozal cualquiera de Vietnam, como tantos otros que habían caído a la orilla de los caminos o en una trampa de bambú, el cuerpo atravesado por lanzas agudísimas, o bien haber volado con un convoy de municiones en las rutas de la cordillera anamita. Tal vez hubiera sido preferible eso **“My God”**.

Tal vez él tuviera razón, pensé. Pero aunque tuviera toda la razón del mundo, ¿qué demonios hacía yo allí? Ya era de noche, no había cenado y encima seguía bebiendo con un gringo que por muy aspirante a escritor que hubiese sido, no dejaba de ser un gringo. El sonido de la lluvia me recordó que por el momento no podía salir. Ahora llovía con menos fuerza, pero el agua acumulada en las calles entorpecía el tránsito y los conductores atronaban el aire con las bocinas. Me levanté y fui al teléfono. Había quedado en ver a una amiga para ir al cine. CANCELÉ la cita y le dije que iríamos al día siguiente porque la lluvia no daba muestras de cesar. Estuvo de acuerdo, dijo algunas indirectas porque en la voz comenzaba a notárseme que había tomado más de una copa y me pidió que me cuidara.

Cuando volví a la mesa, Billy no estaba. Bebí un sorbo y presté atención a los ruidos de la calle. Cuando era chico podía identificar por el sonido de la bocina la marca de un auto. Ahora inconscientemente intenté hacerlo, pero no pude. Los modelos habían cambiado mucho. No obstante, diferencié de la algarabía a un viejo Ford del 49. Estaba seguro de que no podía ser de otro año ni de otra marca; ese sonido poderoso y penetrante sólo era capaz de producirlo el Ford 49. De eso estaba completamente seguro, Si alguien hubiera dudado de mi afirmación, habría sido capaz de apostar la vida en mi favor. Estaba tan seguro de que era un Ford 49 como de que estaba en el MOROCO y tomaba el vaso mientras Billy salía del servicio y caminaba hacia la mesa. Bebí y dejé que la ginebra bajara lentamente, desgustándola, inundándome el paladar con la quina y el zumo de limón. Nadie sabía cómo lograba Charlie que cualquier bebida preparada por él le supiera a

uno como la mejor del mundo. Guiñé un ojo y levanté el vaso hacia Charlie mientras Billy se sentaba.

—Ahora sí quisiera comer algo —dijo—. Pero no salchichas o sardinas; algo más fuerte.

Llamé a Charlie y le pedí que trajeran un bistec del restaurante contiguo; o una sopa de wanton, si Billy no quería carne. Billy prefirió la sopa y mientras el barman iba hacia la ventanilla que comunicaba al bar con el restaurante, terminó su copa. Hizo a un lado el vaso vacío y dijo que se sentía menos intranquilo. Yo, “**my God**”, era un buen amigo y haber conversado conmigo había mejorado su ánimo. Tuve ganas de decirle que apenas dejara de llover me iría, pero pensé que no era necesario; cuando llegara el momento simplemente me levantaría y “**good luck, my friend**”. Si Billy era de esos borrachos majaderos que abominan quedarse solos, peor para él. Ya había escuchado buena parte de su historia y no tenía por qué oír el resto. Bueno, y si se ponía muy pesado... Charlie me cortó al traer la sopa humeante, en cuya superficie flotaban trozos de jamón ahumado y cebollina picada. Charlie volvió a la ventanilla y trajo sal, pimienta y una botellita con salsa china. Billy usó pimienta y salsa y el aroma tibio despertó mi apetito.

—Trae otra sopa, Charlie —dije mientras preparaba el **gin and tonic** de Billy detrás de la barra.

Billy sorbía el caldo humeante y aparté la vista para no torturarme viéndolo enrollar los fideos con el tenedor. Sobre todo en días de parranda, me gustaba mucho la sopa de wanton. Un amigo prefería la de pato, pero a mí, quizá porque recordaba las costumbres de los patos o porque había querido extraordinariamente a un pato de plumas negras, tornasoladas y blancas, uno como no había otro entre las docenas que tenía la abuela, capaz de bucear granos de maíz en un metro de agua, de volar hasta la casa de tío Isidoro sobre mil quinientos metros de rastrojo, de poner en fuga al gallo de la casa, de comer en mi mano y acariciarme con su cuello flexible, como si con sus caricias y

su ceceo agradeciera el maíz; tal vez en memoria de ese animal, que una mañana de septiembre voló hacia el sur, hacia el mar lejano, y no volvió, rehusaba comer pato. O quizá fuera simplemente porque la carne de pato es más dura e insípida que la de gallina. En verdad, no lo sabía.

En cambio, el wanton despertaba en mí sugerencias indefinibles, ansias inexplicables. Como casi siempre tomaba la sopa estando bebido, mi fantasía excitada por el alcohol me trasladaba a Hong Kong o a Shangai o a cualquier punto de la China remota. Me veía allá en un atardecer de arreboles intensos, en compañía de ancianos venerables que evocaban el pasado milenario de su pueblo mientras sus voces traslucían una sabiduría plácida, fatigosamente acumulada. Yo era un viajero como los personajes de Conrad, una especie de fugitivo de mí mismo, deseoso de paz y sosiego interior, que visitaba los templos budistas con el secreto anhelo de encontrar en alguno de ellos cura a mis aflicciones. O si no, era alguien como Malraux. En el crepúsculo chino fraguaba, siempre con los ancianos venerables y agregándoles dos o tres aventureros de origen y propósitos dudosos, empresas y sueños magnos, en los cuales tenían pareja cabida la historia y las alucinaciones. Y mientras los arreboles se diluían lentamente en la sombra del cielo de China, junto al mar o sobre las montañas, yo terminaba la sopa de wanton, la lengua ardida por la pimienta, entre gritos de borrachos y vuelos de moscas, en un humilde restaurante chino de Calidonia.

Más tarde, sin embargo, ya la sopa no me hacía pensar en la China lejana, en ese pueblo velado por milenios de historia y noticias confusas, sino en los inmigrantes que habían venido de su tierra apacible a trabajar como peones en la construcción del Canal. Esos miles de chinos que habían muerto de fiebre amarilla o de nostalgia entre 1904 y 1915, eran parte de nosotros. Los que habían venido después, a establecerse como comerciantes, eran extranjeros, indeseables en muchos casos, pero los muertos en las obras del Canal o en delirios atroces, eran nuestros. No

había diferencia entre ellos y los negros antillanos, los campesinos chiricanos, los aventureros europeos y africanos que habían sucumbido al trabajo o a las plagas; todos habían sido indiscriminadamente asimilados por el sufrimiento y la muerte a la tierra nuestra. Dentro de nosotros, como parte íntima y esencial de cada uno, estaba mezclada la sangre de todos esos muertos. Así, en cierto modo, éramos privilegiados porque éramos carne y penuria de muchos pueblos. Eso pensaba algunas madrugadas.

Charlie trajo la sopa y aspiré con fuerza el aroma que despedía. Billy estaba a punto de terminar la suya. Afuera seguía la lluvia, pero menos intensa. En ese momento entró un hombre chorreando agua y pasó directamente al servicio. Después puso música y pidió bebida. Charlie le sirvió en la barra y, tras de haber probado su trago, el hombre caminó hacia las mesas del fondo. Terminé de comer y nuevamente me sentí alegre. Ahora ya no tenía ganas de abandonar a Billy, sino de tomar otra ginebra y seguir allí, en la atmósfera tibia del MOROCO, a cubierto de la humedad y la lluvia. Encendí un cigarrillo. Billy también fumaba y en su mirada, poco antes opaca o afligida, había de nuevo brillo vivo, como si se hubiera restablecido de una dolencia fugaz. Levantó el vaso y sonrió. Su gesto me hizo pensar en lo que me había contado de Nueva York. Era una lástima que un muchacho como él no hubiera podido convertirse en escritor. Sí, era lamentable porque parecía buena gente. Por lo menos daba la impresión de no ser igual a los otros. En todo caso, ya yo estaba casi convencido de que Billy era mucho más humano, muchísimo menos odioso que los “zonians.”

Fragmento de una carta enviada  
por un estudiante panameño a un  
amigo español.

“Como te decía, difícilmente podrías encontrar gente como ésa en cualquier parte del mundo —salvo, tal vez, en Rhodesia o Alabama—. A propósito, ¿conoces el poema de Nicolás Guillén

que dice eso de “un sur todo sur y todo Faubus”? Bueno, estos “zonians” venidos de esa región, contaminados en cuerpo y alma por un racismo de siglos, son algo así como el detritus de la sociedad norteamericana. No hallo un calificativo más apropiado. En verdad, pienso que te bastaría mirarlos para empezar a conocerlos... Habitan casas con aire acondicionado, tienen clubes sociales y deportivos, cines, campos de golf, prados mantenidos como alfombras por trabajadores negros y mestizos, calles pulcras; tienen todo lo que nunca tuvieron ni soñaron tener en los pueblos algodonereros donde vivían. Luego pareciera que tanta comodidad acrecentara su soberbia y los volviera aún más discriminadores. Pues debo decirte que para ellos es inferior quien quiera que no sea **U.S. Citizen**. Si vinieras, podrías verlos en Balboa Heights, en Gamboa, en Fort Clayton, por la mañana o por la tarde, paseando satisfechos como iguanas al sol. Van por las calles luminosas, bajo las palmeras o los árboles, con insolencia de antiguos plantadores. El cielo de verano, las palmas, el mar, la tierra, todo es suyo. En sus mentes sobrevive ese sur de teas encendidas en las noches de los ghettos negros, los encapuchados del Ku-Klux-Klan, el rencor de los esclavistas que galopa por los algodonales de Georgia y Mississippi. Tengo la impresión —y algunos comparten mi punto de vista— de que en la Zona del Canal subsiste, ansía permanecer el espíritu vencido en Gettysburg. (Perdona si te parece que exagero, pero así es). Ese espíritu sureño puedes percibirlo en los pasos lentos del capataz que va de un lado a otro mascando tabaco, en su mirada cuando se dirige a los obreros; también es visible en la ingenuidad hipócrita de las señoras que piden **banana-split** a las tres de la tarde, antes de entrar al cine de Balboa, y en muchas otras cosas. El viejo sur está allí. Y además está el fantasma de aquel coronel de caballería que estuvo con su caballo en Cuba, en la loma de San Juan, en el alto cielo del Caribe, cuando el siglo aún no comenzaba. (¿Te gustó la frase? Es de un historiador). Todo eso podrías verlo si vinieras por acá. Teddy Roosevelt, el presi-

dente del Big Stick, está allí como una sombra frente a nuestros ojos. **'I took Panama'** dijo una mañana a sus amigos de Wall Street. Eso dijo y otros lo imitaron con orgullo en Nicaragua, México, Haití, Dominicana y Guatemala. Es toda una historia. Sin embargo, aquí, como en todas partes, la gente no tiene memoria. En fin, para no cansarte, si pudieras venir en septiembre, como dices, verías muchas cosas. No creas que exagero."

Sí, no podía equivocarme, este Billy que miraba ascender el humo de su cigarrillo en la tenue claridad del MOROCO era distinto a esos paisanos suyos; estaba seguro de que no pertenecía, aunque fuera de la misma nacionalidad, a esa gente despreciable. Bebí lentamente y encendí otro cigarrillo. Ahora tenía ganas de escuchar el resto de su historia.

Billy había logrado sobreponerse a su abatimiento o lo que fuese y de nuevo parecía en condiciones de beber y conversar como al principio. Seguramente, pensé, el hambre le había enturbiado el ánimo como a mí, al punto de haber estado tentado a irme. Ahora me alegraba de no haber cedido al impulso de esa incomodidad pasajera porque Billy estaba dándome una imagen inédita de los gringos, o si no de los gringos, sí suya; y, sea como fuese, él era gringo y algo debía tener en común con los demás.

De manera que conocerlo a él sería, en cierto modo, tener un vislumbre de muchos otros. Por eso me interesaba descubrir en qué medida podía ser él encarnación de una actitud, de una conducta colectiva; en qué medida representaba a la juventud o a un sector de la juventud norteamericana. Eso me importaba por la situación singular en que vivimos y hemos vivido; por eso creía conveniente conocer un poco más de quienes privada y públicamente son nuestros enemigos. Ahora, por lo que me había dicho y dejado entrever, podía pensar que ya Billy no era enemigo nuestro. Objetivamente, en lo externo, seguía siéndolo, pero subjetiva y éticamente había dejado de serlo. Claro, él mismo no lo sabía, aún su actitud no era un estado de conciencia, sino un simple reflejo, una instintiva reacción de rechazo, un descontento pri-



mario, semejante al del niño que exterioriza su disconformidad porque no le permiten ir al circo o a jugar bajo la lluvia. Eso era lo que Billy había mostrado hasta el momento; sin embargo, presumía que en su interior guardaba algo más. Él había vuelto a contemplar la mujer tendida bajo el árbol, pero era evidente que su atención no estaba puesta en el cuadro sino en sus recuerdos. Bebí lentamente mientras lo observaba.

—Así que no quieres volver a Filadelfia —dije después de un rato.

No respondió de inmediato. Miraba el vaso y lo agitaba suavemente.

—No —dijo al fin—. No quiero volver a Filadelfia ni a ningún lado. No quiero ir a ninguna parte.

Me pareció percibir en su voz, no en el sentido de sus palabras, sino en el tono, un cansancio espiritual intenso, una fatiga metafísica muy honda. Tal vez más que fatiga era pesadumbre. Sí, pesadumbre era lo que afloraba en lo que decía; una pesadumbre sedimentada o arraigada en los huesos, en la sangre, en cada uno de sus actos. Sí, pensé —fue una conclusión súbita y espontánea— a los veinticuatro años Billy ya era un hombre aniquilado. Su apariencia era y seguiría siendo por mucho tiempo la de un joven —uno de esos millones de jóvenes sonrosados que habitan las ciudades y los pueblos estadounidenses— pero su voluntad estaba marchita.

Ahora la lluvia había cesado casi por completo y otros clientes entraban al MOROCO. El silencio anterior había sido desplazado por las risas y las voces. Cerca de donde estábamos, dos hombres hablaban de carreras de caballos. Uno afirmaba que **Little Blue** ganaría fácilmente la prueba estelar del día siguiente; el otro aseguraba, se lo habían dicho, no podía fallar, que **Princesa** sería la vencedora. Ambos esgrimían cifras, marcas, pedigree, exaltaban la habilidad de los respectivos jinetes. En otra mesa, un hombre bebía cerveza con expresión ausente. Parecía ajeno a todo, aunque de vez en cuando prestaba atención al diálogo hípico.

Billy había vuelto a guardar silencio y nuestros vasos estaban casi vacíos. Con un gesto le pedí a Charlie otra ronda. Comenzaba a sentirme eufórico y ya no sentía ningún malestar por la presencia de Billy. En realidad, empezaba a experimentar esa sensación que nos hace todo agradable y hermoso. Afuera se oía el ruido de los automóviles, el sonido de las llantas en el pavimento mojado, pero era un rumor apacible, sin el escándalo de las bocinas. La luz lechosa del atardecer había cedido su lugar a los colores indirectos del MOROCO y la camisa blanca de Charlie adquiría tonos violetas en los espejos que había detrás de la barra. Charlie trajo las bebidas y se llevó los vasos vacíos. Bebimos y Billy pareció dispuesto a reanudar su relato. Encendí un cigarrillo y me apresté a escucharlo. Sin embargo, luego de una pausa dijo que por el momento no tenía ganas de seguir contándome sus cosas; era preferible que yo hablara de lo mío o que abordáramos otro tema. Comprendí que debía resultarle molesto remover con tanta insistencia sus recuerdos y sugerí que termináramos las copas y nos fuéramos a otro sitio. Si quería, podíamos ir al VILLA AMOR o a LA GRUTA AZUL: eran establecimientos de mujeres y uno podía beber allí y subir con una o simplemente beber.

—Bueno —dijo— terminemos. Después vemos qué se hace.

Seguidamente fue hasta el jukebox y puso música. Regresó a la mesa bailando y con una expresión sonriente. No obstante, al observarlo detenidamente creí notar que su sonrisa era forzada; debajo o detrás de ésta estaba su auténtica expresión: esa pátina de tristeza o de hastío que lo recubría como una segunda piel. Después llegó más gente al bar, incluidas algunas mujeres; entre éstas, una conocida que se acercó a saludarme. Era una mulata sensual, de paso ondulante, con la cual había pasado la noche algunas veces y de quien guardaba un buen recuerdo porque era frenética en el amor y lo envolvía a uno en un torbellino en la cama. Presenté a Billy y la invité a sentarse con nosotros, pero rehusó. Andaba con el grupo de amigos que en ese momento se instalaba en una de las mesas del fondo. Luego preguntó qué me

había hecho, hacía tiempo no me veía, ¿acaso la esquivaba o le tenía miedo? Dijo esto con una sonrisa picaresca y se alejó contoneándose.

Billy tomó un trago y dijo que iba al servicio. También me levanté y fui a poner música. Una de las que andaban con mi amiga comenzó a bailar con uno de sus acompañantes. Era una negra preciosa. Observé de reojo el movimiento de sus caderas, que semejaban envolver al hombre con una red invisible mientras éste se debatía como un pez atrapado. Marqué una canción que un año antes había escuchado durante toda una noche en compañía de la mulata. Estaba casi seguro de que cuando ella la oyera recordaría. Quizá fuera esa la mejor noche que habíamos pasado juntos. Nos encontramos a las nueve en un restaurante, estuvimos en un bar hasta la madrugada y luego, al contrario de otras veces, decidimos no ir a un hotel o a su casa, sino irnos al mar, a una playa solitaria; y en Veracruz vimos el amanecer acostados en la arena, con las olas mojándonos los pies. Junto al jukebox, en tanto esperaba que comenzara la canción compartida aquella noche, recordé cómo la claridad del alba contrastaba nuestros cuerpos desnudos, cómo sus senos tenían el mismo color azul-dorado de los arrecifes que el día naciente perfilaba en torno nuestro. Allí estuvimos hasta que el sol asomó sobre las aguas del golfo y fueron visibles los lejanos cerros del este y las colinas de la Zona del Canal. Después, mientras nos vestíamos, había momentáneamente deseado no regresar a la ciudad, sino perderme con la mujer en una cualquiera de esas islas azulosas que la mañana descubría en el horizonte. Comenzó la canción y ella se puso a bailar con uno de sus amigos. Al encontrarse nuestras miradas, me hizo un guiño; sonreí y correspondí con un gesto de la mano. Luego regresé a la mesa. Billy volvía en ese momento del servicio.

Afuera ya no llovía y la noche despejada y fresca comenzaba a poblarse de caminantes. Río Abajo, el barrio de los bares, iniciaba su ritmo oscuro, esa onda cálida que aproxima y confunde pieles blancas y negras, sudores ácidos, perfumes, delirios provoca-

dos por las drogas, cuchilladas y caricias, Río Abajo empezaba a vivir de nuevo en el aire del mar y los gemidos. En la sombra tropical, las canciones fluían de los bares al aire lavado por la lluvia y entraban en las casas y penetraban en los cuerpos de quienes salían a las calles todavía mojadas.

Billy volvió a sentarse, tomó su vaso y sonrió mientras se acomodaba.

—¿Qué hay? —dijo.

—Nada —respondí— Nada.

Frente a nosotros, en la pared, indiferente a las voces cada vez más altas de los clientes, la muchacha del árbol parecía sonreírnos, como si Billy y yo fuésemos viejos conocidos suyos o supiéramos su secreto.

## CRÓNICA 1501

**V**iento del noreste. Las naves bogan con todo su velamen desplegado. Es el amanecer y el agua espejea con tonalidades azules y verdosas. Desde la cofa del bajel de Bastidas, el vigía vislumbra el perfil sinuoso de una costa y da el alerta:

### **¡TIERRA A BABOR!**

En la línea oscura de vegetaciones y arrecifes, todo aparece hermoso y amable y pluga a Dios que no haya naturales de ánimo belicoso. Se envía una chalupa a explorar el paraje y quienes han ido en ella hablan maravillas cuando regresan: tierra fértil, agua abundante, gente pacífica. Bastidas registra el suceso en su libro de bitácora y Panamá se convierte en otro hito del dilatado itinerario de los descubrimientos y la conquista.



**M**I TÍO Y YO LLEGAMOS AL CANAL EN la madrugada. Aún no había puente y debimos esperar casi una hora en la orilla, hasta que se hubo reunido una cantidad suficiente de vehículos, para cruzar en el Ferry Roosevelt. Mientras duró la espera, yo miraba asombrado los faros giratorios (la línea de luz se perdía en todas las direcciones como un grito sin eco), las luces de los barcos fondeados mar afuera y estaba atento a los mil ruidos de sirenas y máquinas que horadaban la noche infatigablemente; después me entretuve en la contemplación del ferry que cruzaba cargado de automóviles las aguas revueltas, con reflejos aceitosos y basura en la superficie. Pese a la fatiga de once horas de viaje (Era un camión de carga y traía ciento ochenta quintales de arroz. José Santos, el conductor, era amigo de mi tío) por una carretera en gran parte de piedra, no sentía sueño en ese momento. Además, aunque hubiera tenido sueño, no me habría perdido la travesía. Hasta ese instante, el “Canal” había sido una palabra, una imagen confusa y remota que la maestra relacionaba con Lesseps, Bunau Varilla, Amador Guerrero y el cubano Finlay, descubridor de la vacuna contra la fiebre amarilla; pero ahora era una extensión de agua iluminada, era ese barco enorme que iba a entrar en las esclusas de Miraflores, era la sirena del remolcador que se alejaba de los muelles entre resoplidos de motores y rechinar de cables.

La maestra había dicho muchas cosas (el fracaso de los franceses, los millones de dólares invertidos por los norteamerica-

nos en la apertura de la vía, los beneficios que ésta aportaba a la navegación mundial), sin embargo, no había mencionado el penetrante olor a petróleo, los faros, las naves que esperaban más allá de las boyas luminosas; la existencia de todo eso la estaba descubriendo ahora con asombro. Me sentí deslumbrado, diminuto ante tanto prodigio, pero intensamente feliz. ¡El Canal, el Canal! Era maravilloso que por fin hubiera podido ver tantas cosas. Realmente los gringos eran la gente más inteligente del mundo. Pensé en las palabras del viejo Brown cuando bajaba de su cabaña de los cerros de Palmira y en la tienda del pueblo hablaba a los hombres de sus experiencias y de sus heridas en la guerra del 14. Ni los franceses ni los ingleses pueden compararse con nosotros, decía a menudo. Somos un gran país, un grande y poderoso país. Ahora sentía que era verdad; tenía que ser verdad. Emocionado, le hice prometer a mi tío que un día me llevaría a conocer todo el Canal.

Atracamos en la otra orilla y José Santos condujo el camión a través de Balboa, por calles a esa hora desiertas, limpias y bordeadas de césped y palmeras. Las casas eran blancas o grises con techos verdes, y había luz por todas partes.

—Aquí viven los gringos —dijo mi tío— Esto es Balboa.

Mientras miraba todo con ojos febriles, oí de nuevo la voz dulce de la maestra: “Balboa es la ciudad portuaria del Pacífico. Allí están las oficinas de la Compañía del Canal y el gobernador del territorio de la Zona del Canal. Es una ciudad pequeña, pero cuenta con todas las comodidades modernas. En la costa atlántica está Cristóbal; es la otra terminal”.

La maestra recorría el salón en tanto hablaba y yo seguía sus movimientos, su figura esbelta, su rostro tranquilo y sonrosado por el aire matutino. A veces se detenía de espaldas a la ventana y en la distancia aparecía el volcán, y los naranjos florecidos en el terreno contiguo a la escuela. Ninguno de los treinta y seis alumnos de ambos sexos que la escuchábamos había estado en Panamá ni había visto el Canal. Ella sí lo conocía. Había visto los



barcos atravesando las esclusas y las mulas eléctricas que los remolcaban a través de éstas. Tal vez por eso en la mañana celeste y luminosa su voz tenía resonancias marinas y me hacía pensar que ella no sólo era la maestra más bonita del pueblo sino también la más sabia.

Ahora frente a nosotros estaba el cerro Ancón, oscuro en las faldas, con luces rojas y blancas en la cima. El camión ascendía despacio por una ligera cuesta y al terminar ésta apareció súbitamente, como un destello múltiple brotado de la sombra, la ciudad de Panamá.

—¿Qué te parece? —preguntó mi tío.

No respondí nada. Me mantuvo mudo la emoción de ver por primera vez esa ciudad de la que tantas cosas había oído. José Santos detuvo el camión ante una garita que había en el límite de la Zona, dijo algo en inglés, el policía hizo un gesto con la mano y reanudamos la marcha. Mi tío señaló en dirección al otro lado de la ciudad.

—Por allá queda el aeropuerto donde trabajo —dijo.

Viejas casas de madera oscura bordeaban las calles por las que pasábamos y en una esquina un bar seguía abierto, con foquitos verdes y rojos en la puerta, por la cual salían voces ebrias y la música de un porro. Era el barrio del Chorrillo. Algunos hombres caminaban por las aceras y un auto de policía avanzaba despacio, en sentido contrario al nuestro. Yo seguía mirándolo todo con asombro y todo me parecía maravilloso, hasta esas casas de techos oxidados y paredes desconchadas, en las cuales, como sabría después, se hacinaban grandes y pequeñas miserias.

Mi tío y José Santos respondían con acento fatigado a mis preguntas y casi había amanecido cuando el camión se detuvo en una calle próxima al mercado público. Fuimos a desayunar a un restaurante cercano, dentro del cual el olor de la comida se mezclaba con el del mar, y José Santos pidió a gritos café para los camioneros. Puse en el suelo mi pequeña maleta asegurada con cordeles y cuando el mesero vino a preguntarme qué quería tuve

DIMAS LIDIO PITY

la sensación de que era yo quien había desafiado los peligros de la carretera al volante del camión de carga, y sentí que estaba en la capital del mundo.

**THIS IS PANAMA  
WELCOME**

**BIENVENIDO  
A PANAMÁ**

Al salir del restaurante, nos despedimos de José Santos y abordamos un bus pequeño, como yo no había visto ninguno hasta entonces, pues los que comunicaban el pueblo con la capital de la provincia eran grandes y ruidosos; éstos, en cambio, eran del tamaño de un **pickup** y no hacían más bulla que un automóvil corriente. El que tomamos estaba prácticamente vacío; sólo un hombre dormitaba en uno de los asientos del fondo. Nosotros ocupamos el primero de la izquierda, inmediatamente detrás del chofer. Mi tío le ofreció un cigarrillo a éste y se pusieron a conversar de la próxima llegada de Bienvenido Granda, quien amenizaría los carnavales en un toldo popular y en un cabaret de lujo. Precisamente en ese momento en el radio del bus comenzó a oírse el último **hit** del cantante cubano:

Hoy sé más que ayer  
que diferencia  
La vida me ha enseñado  
a distinguir  
He visto la verdad  
Me ha dicho tanto  
que ya ningún amor  
me hará sufrir.

—¡Que bárbaro! —dijo el chofer—. Nadie canta como ese tipo.

—Benny Moré —repuso mi tío— Es lo mejor.

—No, hermano, son distintos. En boleros no hay nadie como el “bigote melódico”. Es un bárbaro.

Mi tío y el chofer llevaban el ritmo con las manos y los pies. Sin embargo, yo apenas mostraba interés porque no sabía nada de Granda, ni de Moré, ni de boleros, ni de carnavales. Ni siquiera había podido ver nunca los carnavales en el pueblo; sólo había oído por las noches, traída por la brisa del volcán y amplificadas por altavoces, la música de los bailes y la voz del animador y los gritos de algunos borrachos que iban hasta el micrófono para enviar saludos y mensajes a sus familiares y conocidos, estuvieran o no en el baile.

Mi tío y el chofer seguían hablando (ahora de béisbol — Dimaggio, Williams, Ávila, Dodgers, Yanquis—; había terminado la canción de Bienvenido Granda y una composición de Luis Arcaraz fluía mansamente) y yo comencé a adormecerme. Acomodé la maleta bajo el asiento, la sujeté con las piernas, recosté la cabeza en la ventanilla y dejé que las imágenes fugaces de las calles dormidas se perdieran en la música.

Mi tío me sacudió el brazo y desperté confuso. Estábamos cerca de un edificio grande y muy iluminado. Prácticamente ocupaba el frente de una manzana y junto a él había muchos automóviles estacionados. Después sabría que era un supermercado, pero ahora, para mis ojos nublados por el sueño, sólo era una construcción extraña, con grandes rejas cerradas que le daban apariencia de cárcel.

Bajamos del bus, cruzamos la avenida y caminamos por una calle mal pavimentada, con casas aquí y allá y montecillos y almendros espaciados. De la avenida a la casa de mi tío sólo había tres cuadras, sin embargo, mi fatiga las multiplicaba y me pareció que había caminado veinte cuando finalmente dejé la maleta en el suelo mientras él abrió la puerta del departamento. Entramos y dijo que me acostara en una camita que había cerca de la suya. (Su mujer, mi tía, hermana de mi madre, se había que-

dado en el pueblo a pasar unos días más con los abuelos. Yo había venido a terminar la escuela en la capital). Horas después, al mediodía, me despertaron los ruidos y las voces de los vecinos.

En la casa, de madera y bastante vieja, vivía mucha gente. Algunos de los inquilinos eran de origen jamaicano y trabajaban en la Zona del Canal. Casi todos los vecinos conocían a mi tío y cuando regresamos de comer (en la casa no había nada para cocinar) varios lo saludaron y preguntaron cuándo regresaría mi tía y cosas por el estilo. También quisieron saber quién era yo y Jenny, una jamaicana delgada y alta, hizo bromas sobre mi paternidad, atribuyéndosela a mi tío sinvergüenza, velo vé, que había mantenido oculto ese hijo tanto tiempo.

Mi tío salió a arreglar asuntos de su trabajo y yo anduve dando vueltas por la casa y los alrededores. Esa tarde vi por primera vez a Lupo, a Jimmy y a Marta, que salía de su cuarto, situado en la planta alta, vestida de verde, con su pelo negrísimo suelto en la espalda. Recuerdo que pasó a mi lado sin verme (yo estaba en la escalera) dejando una estela de perfume y provocándome una sensación extraña en todo el cuerpo. Me pareció la mujer más bonita que hubiera visto hasta entonces, o tal vez no lo fuera, pero sí era la que sabía parecer más bonita.

Eso pensaba cuando ya la había perdido de vista y Lupo

(el buen Lupo que trabajaba como timonel de remolcadores en el Canal y tenía un cuarto para él solo en esa casa aunque al otro lado de la calle su madre poseía un chalet y él pasaba la mayor parte del tiempo con ella, el buen Lupo que no tenía hijos ni se había casado porque su novia huyó la víspera de la boda con un soldado puertorriqueño, el buen Lupo que sería mi amigo y llegaría a pagarme dos dólares semanales para que durmiera en su cuarto y se lo cuidara mientras él trabajaba, el buen Lupo que algunas veces me traería

chocolates y galletas por la mañana cuando llegara del Canal y del mar con los ojos enrojecidos por el sueño y quien le diría en una ocasión a mi tío que yo debía ser hijo suyo (de Lupo) porque era el chico más honrado y despierto que había conocido en su vida, el buen Lupo que me ofrecería su cuarto —es tuyo, dijo, es tuyo; úsalo cuando quieras, pero no me rompas nada— para que llevara allí alguna novia)

se acercó a preguntarme en qué pensaba y si me gustaba la ciudad.

Eran casi las seis de la tarde y la luz muriente del verano doraba las palmeras y los árboles cercanos y parecía apagar los ruidos. En un mango próximo cantaba un pájaro; a los lejos, en la avenida donde habíamos bajado del bus, pasaban automóviles y de vez en cuando uno sonaba la bocina. Percibí todo eso mientras Lupo encendía un cigarrillo y esperaba mi respuesta.

—Sí, me gusta la capital —dije finalmente— aunque todavía no la conozco.

Lupo aspiró dos o tres veces el cigarrillo en tanto me escrutaba. Luego me pasó la mano por la cabeza y dijo sonriente:

—Bueno, ya nos veremos— y caminó hacia su cuarto.

Lo vi alejarse y, aún vagamente inquieto por la extraña sensación que me había producido la presencia de Marta, me puse a pensar en los abuelos y en lo distinta que seguramente iba a ser mi vida en la ciudad. Seguí en la escalera hasta que se encendieron las luces de la casa y en el exterior la noche ensombreció por completo los ruidos y los árboles.



**L**OS RUIDOS Y LA CLARIDAD DEL DÍA entran a través de las persianas y me despiertan. Siento la cabeza pesada y la boca seca. Me levanto mareado, vagamente dolorido, y abro la ventana. El golpe de luz me cierra los ojos y parpadeo varias veces hasta acostumbrarme. Es un día azul y luminoso que no recuerda en nada a la lluviosa tarde anterior; es otro de esos hermosos domingos que aun en invierno compensan las fatigas de la semana. Voy al baño y permanezco largo rato bajo la regadera —flexiones de piernas, de brazos, de cintura, el cráneo estalla, fricciones en los ojos— luego me tomo dos alkaseltzer y un vaso de leche. Después saco una cerveza de la refrigeradora y recojo el periódico que un muchacho deja cada mañana junto a la puerta. Con el diario y la cerveza regreso a la cama y busco la sección cultural para ver a quién le han publicado cuentos o poemas. Ojalá no sea a... pero, claro, allí están, tenían que estar, los infaltables poemas seudoeróticos de esa señorita frustrada que intenta convertir en versos sus ansias reprimidas. La conozco, la he visto en la universidad o en actos culturales, siempre ansiosa de conocer gente, conversar y hacerse simpática, siempre obsesionada por asuntos y libros vinculados al sexo. Su pequeño espíritu debe ser un sexo abierto, he pensado alguna vez; lástima para ella que su apariencia no corresponda a ese frenesí. Gruesa, pequeña, de piernas arqueadas y velludas, las manos recargadas de sortijas, uno la ve siempre (sola y soltera a lo largo de los años) en los recitales y en las exposiciones donde

en cada cuadro descubre falos, senos ofreciéndose, cuerpos contorsionados, poses lúbricas y complejas asociaciones freudianas. Bebo un trago de cerveza, dejo la botella en el buró y recuerdo la broma que un estudiante le hizo en cierta ocasión a la poetisa.

Un pintor ecuatoriano o argentino, sudamericano en todo caso, exponía en el paraninfo de la universidad. A la exposición asistía mucha gente, incluido el embajador de la patria del artista. El público recorría la muestra, comentaba, bebía y rápidamente se olvidaba de la pintura expuesta, como es usual. Yo estaba con un grupo de estudiantes cuando ella llegó, toda de negro.

—Miren quién está ahí —dijo alguien.

Estaba frente a un cuadro y uno de los estudiantes nos hizo un guiño y se acercó a ella. Varios lo seguimos a distancia. El cuadro mostraba dos cebollas recién cosechadas, todavía con raicillas y recubiertas de tierra. La poetisa observaba atentamente, embebida por completo en la contemplación, cuando el estudiante se paró a su lado y le preguntó, sin mediar saludo:

—Oiga, ¿cómo le parece que han pintado esos testículos?

No reprimimos las carcajadas. La poetisa adquirió un color terroso, nos fulminó con la mirada y se alejó hacia donde estaba el pintor.

Mientras leo sus versos —iguales a los del domingo pasado y a los de hace un año— me pregunto ¿por qué, en lugar de escribir esos poemas sin vida, sólo a base de deseos insatisfechos, no se busca un hombre que le dé una visión más real y humana de la existencia? Su literatura, pretendidamente realista, tiene escasa realidad. ¿Acaso no se da cuenta? Y el responsable de la sección cultural del periódico, ¿no advierte la impostura, no comprende que todo eso no es más que una tomadura de pelo?

Me desentendiendo de los poemas, bebo un trago de cerveza y presto atención a un artículo sobre una novela. El articulista muere rabiosamente, con furor inexplicable, a la obra famosa.

De inmoral, sucia y pornográfica califica a la mejor novela de la lengua española en muchos años. El sujeto se regodea en su



delirio antropofágico. Me pregunto de dónde hemos sacado esa inclinación al canibalismo. Basta ir a una reunión cualquiera equipado con gafas para rayos infrarrojos: inmediatamente uno puede ver cómo a ciertos individuos les son arrancados trozos de carne y de honra hasta dejarlos en el puro hueso. Uno se asombra de ver a señoras de maneras delicadas y mirada inocente convertirse en auténticas hienas y arrojarse con las fauces abiertas, en compañía de congéneres de ambos sexos, sobre los despojos — léase ausencia, triunfo, tropiezo, para el caso es lo mismo— de un poeta, actor o político que ha tenido la mala fortuna de ser nombrado. Incluso no es improbable que quien menciona a una persona determinada lo haga con la benévola intención de ofrecer un banquete a los amigos. Es verdaderamente atroz.

Hastiado, aún doliéndome la cabeza, dejo a un lado la sección cultural para no irritarme más con el veneno del articulista.

## SECCIÓN INFORMATIVA

TAK TAK TAK TAK TAK

(¿Por qué el sonido de los teletipos se asemeja al del corazón humano? Los teletipos revelan el pulso del mundo. En la noche, cuando todos duermen, ese tak tak indica que en otras partes la vida sigue su curso. Aunque haya terremotos o guerras o hambre o matrimonios de la nobleza, seguimos dando vueltas y desplazándonos en el espacio a 50 mil kilómetros por segundo)

TAK TAK? ?;”/. ;TAK TAK  
3 columnas —abajo

**SAIGÓN.** —Con la llegada del monzón se han incrementado los ataques de las fuerzas del Frente Nacional de Liberación, principalmente en las provincias del delta del Mekong y en la denominada región del Triángulo de Hierro.

El alto mando saigonés admitió hoy la pérdida de 36 hombres, dos piezas de artillería y varios vehículos blindados en un choque ocurrido en los alrededores de Kontum, en la altiplanicie central...

4 columnas —arriba

La OEA reitera el criterio de que Cuba continúa siendo una amenaza para la seguridad interamericana, por lo que resulta inconveniente su reingreso a la entidad hemisférica, dijo hoy en Washington el Secretario General de esa organización...

2 columnas —al centro

A partir del 15 de agosto, representantes de la OTAN y el Pacto de Varsovia discutirán en Bruselas los problemas de la seguridad europea y del retiro de tropas de ambas partes...

3 columnas —marco

Un diario de Hong Kong hizo circular hoy la versión de que Mao Tse Tung sufrió hace dos días un serio accidente en Hanchow. La misma fuente indica la posibilidad de que Chou En-Lai suceda al máximo líder chino en la dirección del Partido y del Estado...

1 columna —abajo

Ayer el grupo guerrillero comandado por Tiro Fijo y que opera en la región suroccidental de Colombia tendió una emboscada a una columna del ejército, con saldo de tres soldados muertos y cinco heridos, incluido un oficial...

RADIOFOTO 2 columnas —centro

Sir Francis Chichester prosigue su viaje solitario alrededor del mundo. La gráfica muestra a su velero, el Gipsy Moth IV, mientras capea un temporal en el Cabo de Hornos. Una fragata de la Royal Navy surca las inmediaciones para auxiliar al intrépido navegante en caso necesario.

3 columnas —arriba

En su conferencia semanal de prensa el presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, afirmó esta mañana que su gobierno siente una auténtica y positiva preocupación por América Latina...

TAK TAK TAK ///...TAK  
TAK TAK ? & TAK RÍO DE JANEIRO””  
TAK TAK TAK  
BOMBAY TAK TAK

RQM' % ... TAK TAK ANULADO ATENCIÓN ANULADO  
283 ANULADO TAK TAK GRACIAS MRV MRV MRV MRV  
MRV MRV MRV MRV MRV MRV

Aquí está el viejo, conflictivo y triste mundo de siempre. Muertes, mentiras, tensiones, luchas y, en —el fondo, inextinguible, ese afán de seguir hacia adelante, aunque no estén del todo claros; ni el rumbo ni el destino.

La cerveza ha comenzado a disiparme el malestar. Siento cómo —rubia, helada— se disuelve en la sangre y elimina los vapores alcohólicos.

Y la ciudad, ¿qué? ¿No vive, no muere? ¿No hay quien mate, viole, difame, escupa, prevarique, tosa o le miente la madre a su vecino? Por otra parte, seguramente alguien ha sido feliz, así haya sido por un instante, en las últimas doce horas. La prensa debería de dar noticia de cosas mínimas y dulces, de eventos en apariencia sin importancia pero capaces, por su significado íntimo, de cambiar el destino de una persona: la caída de una manzana, el vuelo en formación V de los patos salvajes, el primer sonido emitido por un loro negro en la madrugada, la exclamación hipócrita de ese niño encantador que luego será tirano y demagogo. Cosas así.

REPORTERO: ¿Qué ha ocurrido, señora? ¿Por qué tiene usted esa expresión contenta?

SEÑORA CONTENTA: Porque... ¿Cómo explicarle? Bueno, verá. Hoy mi gata Daisy tuvo gatitos. Vive conmigo desde hace cinco años y nunca había tenido. ¿No quiere verlos? Son preciosos. Los más lindos del mundo.

Pero no, la felicidad es tan efímera que no vale la pena hablar de ella. Además, la desgracia y la muerte venden más periódicos. Nadie compra un diario que dice: AYER NACIERON 100 NIÑOS EN EL PAÍS; en cambio, se agota el que informa: 2 MUERTOS EN UNA RIÑA. ¡Qué mundo éste!

Un hombre y una mujer fueron arrollados por un automóvil

en vía España, cerca del hotel El Panamá. El estado de ambos es delicado, se informó en el hospital. El conductor irresponsable permanece detenido a órdenes de la autoridad correspondiente...

La policía zoneíta extrajo hoy temprano de las aguas del Canal, en las inmediaciones del puente de Las Américas, el cuerpo de un joven norteamericano de raza blanca. Se investiga si fue crimen o suicidio. La policía rehusó proporcionar más detalles hasta tanto adelante en las investigaciones...

Termino la cerveza, dejo a un lado el periódico y busco otra. La luz del sol entra por la ventana y caldea la habitación. Afuera, una brisa suave agita el follaje del mango que hay frente a la casa. Todavía con una sensación de pesadez en la cabeza, enciendo el radio y vuelvo a recostarme en la cama. Kostelanetz interpreta **Lisboa antigua**. Sigo el ritmo de la melodía con los pies. No tengo ningún plan dominical y me da pereza salir a telefonarle a una amiga para invitarla a comer y después ir al cine. Lo mejor, pienso, es llamar al hijo de la portera, mandarlo a conseguir algo para comer aquí y pasarme la tarde leyendo. Últimamente he comprado varios libros y aún no he podido leer ninguno. Ahí están **El cazador oculto**, **La mujer de la arena**, **Viaje al fin de la noche**. Demonios. ¿Cuándo podré mandar al carajo ese trabajo en el ministerio para dedicarme a leer, solamente a leer y, si es posible alguna vez, escribir algo? **Locutor:** Son las once y cincuenta y dos minutos. Dentro de poco ofreceremos a ustedes el sorteo de la lotería. Ahora Billy Vaughn nos deleita con **Estrella de Montana**. Escribir algo. En Panamá no hay un solo escritor que lo sea realmente, que pueda dedicar todas sus energías a la literatura. Todos son escritores/periodistas, escritores/profesores, escritores/funcionarios, poetas/comerciantes, poetas/mecánicos, y poetas o escritores/nada. ¿Cuándo habrá uno, aunque sea uno, que sea escritor/escritor o poeta/poeta? Ahora es Satchmo quien toca **Saint Louis Blues**. Elevo el volumen del radio y recuerdo al joven escritor que envió un cuento a un concurso de la revista **Life** y maldecía el resultado “reaccio-

nario” del certamen. En el café, del cual no salía en todo el día, gritaba que lo habían robado y despojado —mi cuento es social; revolucionario, no jodan— porque habían premiado un relato de un uruguayo “desconocido hasta en su casa, y tal vez proimperialista”, llamado Juan Carlos Onetti. Quizá pase mucho, mucho tiempo antes de que en Panamá pueda haber verdaderos escritores, y no por culpa de ellos, si no de la realidad, de la sucia y triste vaina en que han convertido este país.

Voy a buscar otra cerveza y mientras abro la refrigeradora decido que no desperdiciaré el domingo quedándome encerrado. Sería parecerme al burócrata que en su día libre lee el **Readers Digest** y luego comenta en la oficina ese artículo sobre los cromosomas para que no lo crean inculto. **Locutor:** Y ahora, gentil auditorio, tenemos para ustedes el sorteo de la lotería y mientras el ánfora de la fortuna con su cargamento de marfil se agita recordamos a usted que no hay mejor bebida que el ron Carta Vieja. Tómelo con... 5 es el primer número de este sorteo. Sí señores, oficialmente ... el 5... O si no, sería parecerme a esas señoras de Bella Vista o El Cangrejo que durante toda la semana juegan canasta con las amigas, chismorrear, engañan al marido —ejecutivo de empresa, como es de rigor— con el hijo de los... (ese chico tan guapo que estudia Administration Business en Texas, ¿lo conoces? Bueno, ha venido de vacaciones y ¿cómo? Ah no, no quiero correr riesgos contigo, después tratas de quitármelo, ya te conozco, bribona) y acuden a esas reuniones organizadas por las damas grises con fines benéficos. Vegetan toda la semana en la rutina de las telenovelas, del **beauty parlor dears**, —sí, papi estoy aquí poniéndome linda para ti— y los **showers y tea parties**; luego, el domingo, van a misa con su querido y respetable esposo, que es Caballero de Colón, por la tarde leen una novela de Agatha Christie o de Caridad Bravo Adams y en la noche —oh, claro, amor, claro que debemos ir— van a ver la última comedia de Jack Lemon. Al salir del cine toman un helado en el Dairy Quenn y más tarde, en la recámara con aire acondi-

dicionado, entre cortinas de encajes y medias lunas dormidas, soportan con fingido ardor (algunas simulan orgasmos) que el marido las posea en ese amplio lecho **king size** traído de Nueva York. **Locutor:** 2... el 2 es la tercera cifra. Después conversan un rato en la penumbra con el fatigado y feliz esposo sobre el horóscopo y los consejos que una revista femenina da para ser buena esposa y compañera de un hombre dinámico como él. Sí, no voy a pasarme el día encerrado como una tortuga asustada. **Locutor:** Recuerde... Carta Vieja. El que lo toma no lo deja. Y si lo deja, ja ja jai... después se queja. Me pongo un suéter, termino la cerveza y casi corriendo salgo al sol del mediodía con una sensación exultante en todo el cuerpo, como si por primera vez en la vida fuese libre y pudiera correr sin agotarme hasta el otro lado del mundo.

El sol cae a plomo y la calle reverbera. El asfalto despide un calor intenso, y húmedo. Tomo la acera sombreada por almen-dros y durante unos minutos camino aprisa para que el ejercicio acabe de eliminar los restos del alcohol. Siento una ligera irritación en los ojos. No me he observado en el espejo, pero presumo que debo tenerlos enrojecidos. Del lado del mar sopla una brisa fresca y continúo caminando ya sin prisa ni destino, sólo por el placer de caminar y sentirme vivo, sin pensar en nada concreto, únicamente deleitándome con la brisa y con la luz que inunda el día.





## CRÓNICA 1503

“**D**ía de la Epifanía (6-1) llegué a Veragua, ya sin aliento; allí me deparó Nuestro Señor un río y seguro puerto. A seis de febrero, lloviendo, envié setenta hombres la tierra adentro; y a las cinco leguas hallaron muchas minas: los indios que iban con ellos los llevaron a un cerro muy alto, y de allí les mostraron hacia toda parte cuanto los ojos alcanzaba, diciendo que en toda parte había oro, y que hacia el poniente llegaban las minas veinte jornadas, y nombraban las villas y lugares donde había de ello más o menos. Después supe yo que el Quibián que había dado estos indios, les había mandado que fuesen a mostrar las minas lejos y de otro su contrario; y que adentro de su pueblo cogían, cuando él quería, un hombre en diez días una mozada de oro: los indios sus criados y testigos de esto traigo conmigo...”

“...Cuando yo descubrí las Indias dije que eran el mayor señorío rico que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especierías, con los tratos y ferias; y porque no apareció todo tan presto, fui escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De uno oso decir, porque hay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años, y que las tierras de la comarca no pueden ser más hermosas, ni más labradas, ni la gente más cobarde y buen puerto y hermoso río, y defendible al mundo”.

**Cristóbal Colón.**

(Carta VII a los Reyes. Jamaica, 7 de julio de 1503)



**C**UANDO CESÓ DE LLOVER, EL MOROCO SE llenó de gente y así estuvo hasta la madrugada. La mulata y su grupo se habían ido temprano, sin embargo, habían llegado otras mujeres y un par de gringos. Éstos saludaron a Billy al pasar cerca de nosotros; él respondió con un gesto y levantó el vaso hacia ellos. Luego, en tanto se acomodaban y pedían bebida en la barra, Billy dijo **shit**, con una mueca obscena, **big shit**, y dejó el vaso en la mesa. Los dos gringos eran muy jóvenes, quizá más que Billy; uno era delgado y grácil, aunque el otro no era grueso, y tenía maneras delicadas.

—¿Son amigos tuyos? —pregunté.

—No —dijo Billy—. Apenas los conozco, pero sé que clase de gente son. El de la izquierda —señalaba al más delgado— es un marica que se ha valido de todo para no ir al frente. Está dándose la gran vida aquí. Según parece, su familia tiene dinero y altas influencias. El otro es de Arizona o de Texas, no sé bien, y ha llegado a cabo arrastrándose, lamiéndoles las botas a los oficiales. Ahora es el amigo de turno del otro. Los dos son **shit** —repitió.

Mientras Billy hablaba, yo no dejaba de observar a los recién llegados. Estaban muy juntos en la barra, casi rozándose las caderas remarcadas por los pantalones ceñidos. Ambos bebían cerveza y de pronto noté que el más delgado nos miraba por el espejo. Al cruzarse nuestras miradas, hizo un gesto de saludo; correspondí, levantando el vaso. Seguidamente me levanté para ir al servicio.

Cuando regresé, Billy había pedido otra ronda y seguía con los ojos entornados el ritmo de la canción rock que tocaba el jukebox.

Terminamos la bebida y ordenamos de nuevo. Ahora la barra estaba más despejada y los gringos estaban menos juntos, aunque hablaban en voz baja y el más delgado semejaba acariciar al otro con la mirada. Billy parecía fastidiado por algo —¿sería por la presencia de los gringos?— y preguntó si no había otro lugar donde pudiéramos seguir bebiendo tranquilos, porque el MOROCO dijo, ya estaba demasiado lleno. Respondí que a esa hora todo Río Abajo debía estar igual, pero, claro, de todos modos podíamos irnos a otra parte. Tal vez el KIMBO BAR o a LA MURALLA o el JOE'S tuvieran menos gente. O, si quería, podíamos ir, como le había dicho antes, a LA GRUTAAZUL o al VILLAMOR. En ambos sitios había buenas mujeres, la mayoría extranjeras de toda Latinoamérica, no cobraban mucho y la bebida tampoco era muy cara.

—Bueno, salgamos primero de aquí y luego decidimos a dónde vamos.

Llamé a Charlie y pedimos la cuenta. Dejé la propina acostumbrada y Billy le dio cinco dólares. El barman sonrió, sus ojos se iluminaron como cuando estaba realmente contento y nos deseó buena suerte. El gringuito delgado seguía observándonos por el espejo y al levantarnos se volvió e hizo un gesto de despedida. Mientras caminábamos hacia la salida en la atmósfera cargada de humo y sudores, le pregunté a Billy por qué nos miraría tanto el gringuito. ¿No sería que pensaba incluirlo a él entre sus íntimos? Lanzó una maldición y salimos a la noche.

En comparación con el escándalo del MOROCO, la calle estaba silenciosa, aunque pasaban automóviles y de alguna parte nos llegaba música tropical. El aire fresco de la madrugada, purificado por la lluvia, olía a sombra y a yerba. Del MOROCO tomamos a la derecha, hacia donde había varios bares a dos cuadras de distancia. Para llegar allá había que cruzar el puente de Río Abajo

y cuando estuvimos en él Billy se recostó en la balaustrada y se puso a ver las aguas turbias que corrían tres metros debajo; mejor dicho, se puso a escucharlas o a imaginarlas, porque no era posible verlas en la oscuridad. Yo estaba demasiado tranquilo para incomodarme por eso; lo dejé hacer y encendí un cigarrillo mientras me detenía unos pasos más adelante. Un carro pasó a gran velocidad y uno de sus ocupantes gritó algo. Por lo que fuera, hice un gesto obsceno con la mano y mentalmente mandé al auto y su carga a la perra que los parió. De pronto Billy comenzó a vomitar. Reclinado en el antepecho del balaustre esperé a que terminara.

Al otro lado de la vía, treinta o cuarenta metros adelante de donde estábamos, en el declive que había entre la calle y el río, podía ver las luces de un burdel de mala muerte, al que iba todos los sábados cuando era adolescente y no podía gastar más de tres dólares en una mujer y uno cincuenta en bebida. Ahora, aunque estaba borracho, recordé cómo, entre esas mujeres gastadas por el oficio, ya inaceptables en sitios de más categoría había encontrado a Ester, una compañera de primaria que siempre había soñado con ser balletista y que en sexto grado había pertenecido a un grupo de danzas españolas. Allí, un sábado, en una mesa húmeda de cerveza y quién sabía qué otra cosa, Ester me había reconocido (nos reconocimos mutuamente) y me había contado la historia de su miseria. Ya tenía dos hijos (ignoraba quiénes eran y dónde estaban los padres), su madre había muerto años antes y ella había caído y rodado y vuelto a caer hasta llegar allí, a esa mesa, a esa noche lluviosa, de mayo. Durante un tiempo había estado en Colombia, en Barranquilla exactamente, a donde la había llevado un hombre con la promesa de ponerla a bailar en el club de un amigo. Finalmente no había habido ni club ni amigo, y ella había tenido que dejar al hombre, que después de un tiempo la golpeaba a menudo, y ponerse a trabajar en el burdel clandestino de una francesa. Entonces tenía buena presencia y pronto pudo reunir el dinero ne-

cesario para regresar a Panamá. Después, ah, después... ¿para qué contarme más? La historia completa estaba en su rostro de diecinueve años. Seguimos conversando y luego, tras haber terminado las cervezas, por un oscuro impulso, le pedí que subiéramos, pues suponía que eso era lo que ella esperaba que yo hiciera. En la escalera, sin embargo, me acometió una sensación extraña. De un lado sentía la desilusión de haberla encontrado allí: una puta entre tantas; de otro, persistía aquella antigua atracción que me había inspirado su cuerpo grácil estremecido por la música andaluza. Recordé que en la escuela muchas veces hubiera querido decirle cuánto me gustaba, pero nunca me había atrevido más que a decirle que bailaba muy bonito; y ahora el tiempo parecía no haber cambiado las cosas porque tampoco sabía qué decirle. Ya en el cuarto, algo se interpuso entre nosotros y en vano quise excitarme evocando a aquella Ester de mirada juguetona; por el contrario, experimenté un sentimiento de repulsa hacia mí mismo, como si mi sola presencia allí mancillara un recuerdo sagrado. No había ningún nexo entre esa mujer que mecánicamente se desvestía frente a mí y la niña que había conocido. No obstante, movido por algo que seguramente era orgullo, me desnudé y traté de comportarme como pensaba que debía hacerlo. Pero fueron inútiles todos los intentos. Finalmente, confuso y avergonzado, me vestí mientras interiormente lamentaba lo ocurrido y hasta el mismo hecho de estar allí. Bajamos y “eso no es nada” dijo cuando comenté algo; “otra vez será”. Pero nunca fue. Esa noche tuve pesadillas, y antes de levantarme, para liberarme de la vergüenza y borrar la frustración, me masturbé con la imagen de Ester-manola besándome en un pasillo de la escuela. En los meses siguientes regresé al burdel y estuve con otras mujeres, aunque con Ester no volví a intentarlo: simplemente la saludaba como a cualquier amiga. No obstante, íntimamente me mortificaba verla subir con otros; me resultaba doloroso que un extraño la abrazara. Después he pensado que tal vez había algo de morbo en mi conducta porque seguí yendo al lugar y en tanto ella atendía a los

clientes, yo revivía recuerdos; y entonces ese sitio, del que ahora sólo veía las luces, no era un burdel con mujeres semidesnudas sino el escenario de una escuela primaria, en el cual una niña agitaba sus lindas piernas entre pollerines andaluces.

Billy acabó de vomitar, se limpió con el pañuelo y escupió en el cauce de aguas turbias. Guardó el pañuelo mientras caminaba hacia mí con pasos torpes. Entonces advertí que realmente estaba muy borracho, que lo mejor era buscar dónde pudiera echarse un poco de agua en la cabeza.

—Vamos —dije cuando estuvo a mi lado y le pasé un brazo por los hombros—, vamos a tomarnos un trago donde sea; creo que te hace falta.

Murmuró algo y escupió.

—¿Tienes un cigarrillo?

—Claro, Billy, seguro.

Saqué uno y se lo di encendido. Aspiró y pareció recobrase momentáneamente, pero unos metros más allá volvió a vomitar (intentó hacerlo) con las manos apoyadas en las rodillas; sin embargo, por más esfuerzos que hizo no salió nada. Tenía los ojos llorosos cuando se incorporó y dijo que fuéramos a buscar ese trago. Nuevamente le pasé un brazo por los hombros y reanudamos la marcha hacia los bares.

En el ROYALITO había mucha gente, más que en el MOROCO, pero aun así pedimos **gin and tonic** en la barra y Billy aprovechó para ir al servicio: se lavó la cara y dejó correr el agua un rato sobre su cabeza. Cuando regresó estaba repuesto y sonreía.

—Me siento mucho mejor —dijo al tomar el vaso—. Ahora sí podemos ir a donde quieras.

Me puse a pensar a dónde sería bueno ir cuando termináramos el trago. En el LIPSY'S el ambiente era sucio, había muchos maleantes y marihuanos y las mujeres que iban allí no pasaban revista sanitaria, por lo que un simple beso podría tener consecuencias funestas. No, el LIPSY'S no. Tal vez el JOE'S. Allí no

había mujeres casi nunca, pero la bebida era buena y la clientela no era cochambrosa. O si no, el KIMBO; no, ése estaba lejos y había que tomar bus para llegar. Sí, lo mejor era el JOE'S. Terminé mi vaso y esperé a que Billy acabara el suyo. Luego buscamos la salida mientras en un escenario del fondo una mulata semidesnuda iniciaba un número mixto de canto y danza afrocubana con una serpiente enrollada en el cuerpo, la cola de la cual sobresalía y se agitaba entre sus muslos.

—¿Quieres ver eso? —pregunté a Billy.

—No —dijo— mejor salgamos a buscar un buen trago.

Otra vez caminamos en la noche fresca, por la acera todavía mojada, con la música que salía de los bares mezclándose y confundiéndose en la oscuridad apenas disminuida por el alumbrado de la calle.

Billy caminaba desatento a lo que veíamos; tal vez todavía estaba demasiado borracho, pese a haberse mojado la cabeza, para atender otra cosa que no fuera su borrachera. A mí, en cambio, el espectáculo de los anuncios de los bares brillando como infatigables y monstruosas luciérnagas multicolores, me parecía irreal y maravilloso. Allí estaban las casas dormidas de Río Abajo y la gente que entraba y salía de los bares, las mujeres que pasaban a nuestro lado con andar y mirada insinuantes, el ruido de los automóviles en la calle mojada —cada vez que pasaba uno, la música se fundía con el ruido húmedo de las llantas y durante un instante la noche era un sonido opaco y neutro, ni música ni ruido, sino algo viscoso que se alejaba y finalmente desaparecía en la distancia para que la música de todos los bares volviera a ser una sola y múltiple melodía: la materia del aire y de la sombra.

Billy no veía las luces de la MURALLA, el castillo blanco y azul que formaban, que una vez era todo blanco contorneado de azul y otra todo azul contorneado de blanco; el caballito de **White Horse** que cabrioleaba como un potro salvaje sobre el BLUE MOON y se encabritaba y daba coces, como si quisiera



evadirse de los tubos de neón para correr detrás de las yeguas en algún prado remoto; no veía las gemelas ondulantes de LA CUEVA: cada una con una estrella en la frente y una varita mágica en la mano; no veía la sirena roja que llamaba a los transeúntes desde lo alto de LA ISLA y que agitaba sus caderas de pez como sólo una sirena puede hacerlo. No veía nada Billy, sino la calle, los automóviles y la gente que pasaba a nuestro lado conversando y riéndose.

Contra lo supuesto, en el JOE'S no había demasiada gente y encontramos una mesa desocupada cerca de la entrada. En la barra, algunos hombres, cinco o seis, hablaban a gritos y simultáneamente. Parecían discutir de boxeo, aunque nadie hubiera podido entender qué decía cada quien. En las mesas, en casi todas, había grupos que hablaban y reían. En una, un hombre y una mujer bebían en silencio, muy juntos, perdidos en sí mismos, un brazo de él sobre los hombros de ella. De vez en cuando se besaban y luego volvían a quedarse quietos, como si no estuvieran en el JOE'S, entre el escándalo de la barra y el calypso que en ese momento tocaba el jukebox, sino en el parque de Summy Garden o a orillas del lago Madden al atardecer.

Observé detenidamente el local hasta que una nueva canción, **The yellow submarine**, me hizo preguntarle a Billy si le gustaban los Beatles y la música rock en general. Sí, le gustaban mucho, claro, aunque había intérpretes que eran una basura. En Nueva York él había oído, en el Village, grupos muy buenos, aunque no eran profesionales ni tenían publicidad. Tocaban en tugurios llenos de muchachos de mirada triste y cabellos largos. Imaginé muchachos que miraban el aire dulcemente a través del humo de la marihuana, indiferentes a la marcha del mundo, consumidos por días y noches de insomnio, de semanas y meses de viaje por ciudades del este y del oeste, viajes en trenes de carga y en auto-stop o a pie, de noches pasadas en los furgones o en los andenes o en autos estacionados en las gasolineras, a veces en compañía de una chica de mirada también triste y otras de un muchacho de

cabello también largo. Él los había oído muchas veces y había disfrutado oyéndolos. Sí, eran buenos esos conjuntos. En ocasiones tocaban en los teatros **underground** y el efecto de su música era multiplicado por los actores y las luces y por el mismo público que se integraba en la penumbra a la cadencia recóndita (primitiva decían algunos), al **feeling** de los sonidos eléctricos y la batería frenética. Algunas veces, millonarios excéntricos o artistas de moda llevaban a uno de tales grupos a sus fiestas para que los invitados disfrutaran con la música de la juventud. Pero, claro, había de todo. Recordaba a un grupo integracionista —dos blancos y una negra, un negro y dos blancas— que recorría todo el Village y en ninguna parte hallaba acogida. No tenían idea del ritmo ni dominaban sus instrumentos. Lo único que sabían hacer bien era drogarse y hablar mal de los negros que no ponían de su parte para hacer más llevadera la vida entre los blancos. Malcom X, el Black Power... no, no servían. El integracionismo era la solución. Eso repetían a quien quisiera oírlos. Y las dos blancas invitaban a la cama a todo negro que encontraban. Precisamente en una fiesta organizada por un aspirante a pintor, sobrino de un petrolero texano, él (Billy) había ido al baño y encontrado allí a una de las dos arrodillada frente a un bongosero negro que tenía el pantalón abierto. Ninguno de los dos pareció inmutarse y él orinó y salió y ellos siguieron como estaban. Ese conjunto era lo peor que recordaba haber escuchado, y había oído varios muy malos, de esos que no hacen música sino ruido. Sin embargo, a pesar de cosas como ésa, la música rock era una gran cosa, y le gustaba. ¿Había escuchado yo algo de Jimmy Hendrix? Y los Beatles, claro, eran muy buenos.

Sus dedos golpeaban la mesa al ritmo de la música mientras observaba con gesto distraído el decorado sicodélico y escandaloso del local. Me levanté y fui a poner de nuevo **The yellow submarine**. Inexplicablemente, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, en realidad creo que ni me interrogué al respecto, la canción de los Beatles me conmovió en ese

momento y experimentaba oyéndola una íntima y profunda sensación de sosiego y bienestar, como si la repetición de la frase **yellow submarine** y la música dulce que la acompaña evocaran en mí plácidas visiones del pasado o anticiparan escenas igualmente apacibles. Regresé a la mesa y también me puse a llevar el ritmo golpeando el vaso con los dedos. Al terminar la pieza resurgió la vocinglería de la barra y propuse irnos a otro sitio. Tampoco se podía beber a gusto en el JOE'S y no valía la pena escuchar los gritos de los borrachos.

Salimos nuevamente a la calle húmeda, a los faroles de mercurio y los anuncios multicolores. Ya debíamos estar muy borrachos porque ni siquiera nos preguntamos a dónde iríamos: nos daba lo mismo ir a un sitio u otro o caminar en cualquier dirección. Así, sin proponérselo, pasamos otra vez frente al ROYALITO y volvimos a ver el caballo de **White Horse** sobre el BLUE MOON, las gemelas de LA CUEVA y la sirena de LA ISLA, que ahora me pareció mucho más lasciva y excitante. Después cruzamos el puente y nos hallamos nuevamente ante el MOROCO. Seguimos de largo y una cuadra más adelante atravesamos la avenida y abordamos un bus.

El aire lavado por la lluvia entraba por las ventanillas y refrescaba nuestros ojos irritados por el humo y enrojecidos por el alcohol. Aspiré profundamente varias veces y pedí parada frente a LA GRUTA AZUL.

—¿Qué hay aquí? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Billy en tanto descendía y luego mientras se esforzaba en mantener el equilibrio en la acera.

—Mujeres, hombre, y bebida —respondí risueño— Vamos a ver cómo está el ambiente. Ahora es cuando va a comenzar la fiesta.



## **PASALA GENTE**

El mismo cielo de ayer y de mañana  
el mismo aire del mar soleado

Los comerciantes acechan al transeúnte desde los mostradores; quisieran obligarlo a entrar en sus negocios. Hay hindostanos de aceituna; persas nostálgicos de arena con camellos de Nubia y caravanas en sus ojos, con el recuerdo de una travesía en un barco de humo lento por un mar de días azules y noches consteladas; hay armenios de gestos insinuantes y mirada de áspid que atraen a los clientes con el sortilegio de su palabra; hay chinos impasibles y hieráticos, de cuerpo menudo y escurrido, que súbitamente se alegran cuando alguien entra en su establecimiento atiborrado de mercaderías de Hong Kong y Formosa y en cuyo interior se mezclan los olores a resina de las telas y el aroma de las especias.

## **PASA LA GENTE**

Hombres

fatigados por toda una jornada de trabajo en el taller, en los tendidos eléctricos, en las fábricas de lácteos, en los muelles, en las dependencias públicas, en las calles calurosas (como vendedores, cobradores, men-

sajeros, taxistas, peones); hombres de mirada limpia en la claridad del día, algunos con el sudor tostado en sus cuerpos

## Mujeres

paso ondulante, piel dulce, expresión risueña. Se detienen ante los escaparates y suspiran al contemplar los últimos modelos de vestidos, los cosméticos de Dior, de Chanel, de Elizabeth Arden, los perfumes en envases de sándalo labrado, los collares de marfil del Punjab, los tapetes y alfombras de Esmirna, los cristales de Bohemia, los ingenios eléctricos japoneses, las cámaras alemanas. Vienen de la escuela las maestras, de la oficina las secretarias, de la fábrica de ropa las costureras, han salido del hogar las amas de casa (algunas; llevan a sus niños y éstos también miran asombrados los escaparates y piden insistentemente esto, aquello, lo de más allá) y en todas es perceptible el deseo de comprar esos aretes, esta pulsera, aquella negligée; algunas piensan en el novio-esposo-amante y siguen indiferentes a las miradas y los piropos de los transeúntes.

## PASA LA GENTE

Río lento de ojos y cuerpos  
Las aceras palpitan en la tarde  
Los autobuses y los automóviles circulan  
    se detienen en los semáforos  
    reanudan la marcha  
    suenan la bocina  
Alguien saluda de una acera a la otra con la mano  
Un hombre y una mujer se reconocen desde lejos, aceleran el

## ESTACIÓN DE NAVEGANTES

paso y se abrazan entre los peatones: cómo estás, tanto tiempo sin verte, olvidados de todo, viviendo la emoción del encuentro, entremos a esa refresquería, fíjate sólo anteayer le pregunté a fulano por ti, cómo es la vida, quién iba a pensar que te encontraría hoy, qué vas a tomar, sonrisas, miradas brillantes

Un limpiabotas espera junto a su silla que alguien se siente mientras silba una melodía de moda

Chiquillos pobrementemente vestidos vocean los diarios vespertinos

## INTENSOS BOMBARDEOS AL NORTE DEL PARALELO 17

¡Robo al Pueblo!  
PECULADO EN EL MUNICIPIO

## EL ENVIADO ESPECIAL NORTEAMERICANO FUE APEDREADO Y ESCUPIDO EN CARACAS

Un policía suena su silbato en una esquina para que los autos circulen más aprisa

Cuatro marineros franceses fotografían a un viejo tuerto que, parado sobre una caja de madera —frente a ésta hay una mesita con frascos encima y una lata con monedas dentro; un rótulo indica 25c— anuncia un medicamento esotérico, bueno para todos los males: evita la caída del pelo, restituye el vigor masculino, disuelve los cálculos biliares, abre el apetito, elimina las hemorroides, lo usaban los indios señores, combate las caries, tomen su frasco y echen el dinero en la lata, no desaprovechen, la fórmula es un secreto de los incas, no hay nada mejor para sentirse bien por las mañanas, compren, señores, compren que se acaba. Uno de los marineros toma un frasco y deja un dólar en la lata. Luego le pide a un muchacho que tome una foto de él y sus compañeros son-

DIMAS LIDIO PITY

rientes y abrazados, felices, mientras la gente los mira y también sonríe viéndolos contentos tan lejos de París, ¿no será alguno de Marsella?, en el otro lado del mundo, junto a un buhonero charlatán y cerca del almacén Estrella de la India. Ah, los franceses, los franceses.

## **PASA LA GENTE**

Luz dorada sobre los techos de Catedral y Santa Ana  
El cerro Ancón es una sombra verde que el crepúsculo oscurecerá hasta volverla negra  
sobre él radares  
torre de televisión  
faros  
cañones y banderas  
Un jet de la AIR FORCE deja una estela blanca en el cielo sin  
nubes  
En la calma lejana  
más allá de las islas  
un barco enciende sus luces de posición

## **PASA LA GENTE**

pasa  
en la tarde de ayer y de mañana.



**H**E COMIDO BIEN EN ESTE RESTAURANTE italiano, con música de violines y reproducciones de pinturas famosas, con vino y meseros atentos y pulcramente vestidos. He comido mientras el viejo Sartini, propietario, chef y sibarita deja la caja y viene a conversar conmigo del tiempo, de su nativa Italia ay lejana y de esa idea que tiene —ya sabes cómo es el asunto, habló de ello el día que estábamos con Fabio— para montar una cadena de restaurantes baratos, en los cuales el pueblo pueda comer platos italianos a precios módicos. He comido en silencio, tras de haber vuelto Sartini al puesto de mando, frente a una reproducción de La Gioconda tan enigmática como el original y la (¿el?) modelo de Leonardo. Luego he disfrutado con el café y la crema de cacao (obsequio de Sartini a un **amico** que comprende su nostalgia) y con las dos mujeres que en una mesa próxima comen y conversan en voz baja.

Las he visto mientras enrollan los spaghetti y sus bocas enrojecen con el vino. Ambas son blancas y atractivas, pero una es más clara y tiene el pelo castaño. La otra, de cabello negro, usa un vestido abierto en la espalda. Su piel invita a la caricia y fugazmente pienso que debe ser delicioso recorrerla con los labios o con la mano extendida, en la quieta claridad de una alcoba abierta a la luna. Sería maravilloso ver en un espejo esa piel vencida, sin nada cubriéndola, junto a mi cuerpo tostado, recién salido del mar; o bien, bañarla con ese vino del Piamonte que

ahora moja su boca y después tomar lenta, golosamente de su cuerpo el aroma de la uva, hasta que el paladar ya no evoque los viñedos sino que naufrague en la carne palpitante. Sería maravilloso, pienso en tanto levanta su copa y brinda con su amiga por algo que ignoro.

Enciendo un cigarrillo y las observo mientras la del pelo castaño mira atenta e intensamente a la otra. De pronto, una sensación confusa comienza a intrigarme. En la mirada de la mujer o en la forma en que toca el brazo de la amiga, creo haber advertido algo que no comprendo del todo. Aún turbado por esa especie de intuición imprecisa, mis ojos descienden y bajo la mesa vislumbro las piernas unidas en una caricia furtiva. Entonces algo se quiebra dentro de mí y me invade un sentimiento de frustración. Llamo al mesero y pido la cuenta.

El mozo acude sonriente y dice que Sartini desea hablarme antes de que me vaya, que espere un momento. El muchacho se aleja y vuelvo a mirar la mesa de las mujeres. La del pelo castaño ha terminado de comer y contempla arrobada a la otra, que parsimoniosamente enrolla los spaghetti y los lleva a la boca con delicadeza. De súbito, la del pelo castaño descubre que las observo y su mirada es un dardo. El mesero regresa con el cambio y veo que Sartini deja su puesto y camina despacio hacia mí. En tanto, disimuladamente observo que el contacto de las piernas bajo la mesa es más estrecho, aun cuando sobre ésta sólo hay dos amigas que disfrutan con la comida de Sartini, con la música de los violines (ahora interpretan una canción napolitana) y con las reproducciones de Renoir, Goya, Leonardo, Van Gogh, Botticelli, el Giotto y con **Las amigas** de..., que frente a ellas parecen sonreír y evocar los versos que Safo escribió una tarde sobre la piel de su discípula más amada.

Sartini me dice que pasado mañana preparará un plato especial —una mondongada como sólo él sabe hacerla— para los amigos, que no falte, vaya hombre, aquí pasaremos un rato como debe ser. ¿No quiere otra cosa, algo fuerte para empezar la no-

che? Lo que quieras hombre, lo que quieras. Pido un whisky **on the rocks** para no desairarlo. Llama al mesero y ordena **Chivas Regal** para el **amigo**. Luego continúa hablándome de la mondongada. Vendrán Horacio y Fabio y dos o tres más y después podremos ir a la nueva casa de Fabio, en Bethania, a escuchar un disco que él (Sartini) le regaló la semana pasada, un disco con las mejores canciones populares de Italia. Pruebo el frío ardiente del whisky y escucho la voz de Sartini desde adentro, como si la recordara, porque ahora sólo veo, oigo y siento el rostro de la mujer de cabello negro que ha volteado hacia nosotros. Es realmente bella y su mirada parece reflejar (¿o ese atributo se lo habré imaginado?) una especie de melancolía profunda. La miro directamente a los ojos y luego, en forma involuntaria, dirijo la mirada a las piernas unidas bajo la mesa. La siento estremecerse y quita la vista. La otra pide la cuenta, y cuando pasan cerca de nosotros, hacia la salida, me envía lo que indudablemente debe ser una injuria musitada. Al llegar a la puerta, cede el paso a la otra y sus gestos rotundos desaparecen en el crepúsculo. Mientras tanto, Sartini regresa a su puesto, el mozo retira la mesa que ocuparon las mujeres y siento que el whisky me deja en el paladar un sabor turbio en tanto recuerdo las bocas en las copas, los labios enrojecidos por el vino, las miradas intensas y la caricia bajo la mesa. Y, de pronto, al levantar la vista a través del humo blancuzco que exhalo, veo la Gioconda mirándome, y durante un momento creo haber descubierto el enigma de su sonrisa.

Termino el trago, me despido de Sartini y salgo a la luz violeta del crepúsculo muriente. Ya han sido encendidas las luces de la calle y la mezcla del mercurio con el último sol produce una sensación de irrealidad: los árboles no son completamente verdes o negros, sino morados en los sitios donde el día es más débil. Por la calle camina alguna gente, principalmente turistas (estamos en la zona de hoteles), conductores de taxis y empleados de los casinos que llegan al trabajo. No obstante, se advierte que es domingo por el tránsito escaso y por las tres criadas que

disfrutan su día libre y caminan delante de mí, entre risas y cuchicheos. Seguramente van al cine (se desviven por las películas mexicanas, sobre todo por ésas que tienen como protagonista a un charro aventurero que canta corridos y rancheras sin mayor pretexto, enamora a las mozas de todos los pueblos y le lleva serenatas a la novia que suspira detrás de una ventana enrejada. Viendo esas películas ¿recrearán su antigua vida de labriegas, sus sueños de montes y quebradas, los suspiros nocturnos al escuchar la saloma del hombre que canta para ellas por el camino del río?) o al baile típico, donde el acordeón enciende la sangre y donde los campesinos que viven en la ciudad buscan alegría y un efímero contacto con su antigua existencia. Las he visto presumir en esos bailes. Imitan los gestos de sus patronas —algunas llevan carteras y vestidos regalados por éstas— y ostentan sus modales ingenuamente refinados delante de los mozos que trabajan en las construcciones o en la reparación de calles; éstos, en tanto, miran golosamente deslumbrados esos rostros silvestres maquillados con torpeza, esas sonrisas picarescas que aún traslucen, pese al creyón y los cosméticos baratos, el aroma de la tierra y la frescura de los campos. Todo envuelto en la cadencia del acordeón, en los vapores del licor barato, en la euforia de la sangre agitada por la música y la noche.

Caminan delante de mí con mucho aspaviento. Una mira hacia atrás al sentir mis pasos, dice algo y las otras ríen. Seguramente creen que pienso abordarlas. Siempre riéndose, cruzan la Vía España y en la parada de buses una deja caer su cartera. Las otras me miran como sugiriéndome recogerla, pero no ando con ánimo para eso y me hago el desentendido. Mi actitud parece sorprenderlas o irritarlas porque dejan de reír.

—¿Vas a dejar tu cartera ahí tirada, Nereida? —pregunta una mientras me mira con ingenua coquetería.

No me doy por aludido, vuelven a reír y la llamada Nereida recoge la cartera. Entre risas y lanzándome miradas maliciosas, abordan el bus. Sonríó interiormente y sigo esperando un vehícu-

lo que me deje en Santa Ana. Allí espero encontrar con quien conversar y tomar un café hasta que sea la hora de meterme al cine. El Dorado presenta **Adorado John** y tengo ganas de verla otra vez. Es una de las películas más tiernas que recuerdo haber visto. Es el amor como debe ser, sin convencionalismos, libre y puro; es una de esas historias que todos anhelamos vivir alguna vez. Sobre todo quiero ver de nuevo esa escena junto al árbol, cuando la mujer se entrega al hombre y a la noche tranquila. Recuerdo su gemido y la expresión intensamente dulce de su rostro en un primer plano, luego el plano general de la pareja recostada al árbol y después la panorámica del litoral, con el agua gris-plata y el barco que pasa a lo lejos.

La luz de los faroles ha desplazado por completo a la del día cuando subo al bus. El chofer usa una gorra elástica y una argolla de oro en una oreja, como los antiguos piratas. Sonrío. Panamá... ¿En qué otra tierra tan chica del mundo pueden verse tantas cosas como aquí?



**M**ITÍA AÚN NO HABÍA REGRESADO Y YO pasaba los días recorriendo los alrededores de la casa en compañía de dos o tres amigos que me enseñaban los sitios en los cuales era posible conseguir mangos, papayas y grosellas. Donde más abundaban las frutas era en el huerto de una quinta abandonada en el límite del barrio, rodeada de montecillos y yerbazales, cerca de un arroyo de aguas turbias. Allí íbamos después del mediodía, porque era hora en que el cuidador —un viejo jamaicano medio rengo— dormía la siesta en algún cuarto de la casa ruinoso. Sin ruido subíamos a los árboles de mango y nos llevábamos cuantos podíamos meter entre el cuerpo y la camisa anudada en la cintura. Descendíamos como serpientes gordas y regresábamos a la casa con el abdomen monstruosamente deformado. Luego buscábamos un sitio tranquilo, en una de las escaleras o en un corredor, y comíamos mangos hasta saciarnos. A veces pasaba Jenny, la jamaicana bromista, y nos pedía uno; en otras ocasiones era Lupo quien se sentaba con nosotros y compartía el festín.

Precisamente fue Lupo quien una tarde nos contó la historia de la mansión abandonada. La casa había sido construida por un ingeniero o técnico alemán que había trabajado en la última etapa de la construcción del Canal. Primero, la había tenido para pasar los fines de semana, luego, al terminarse las obras del Canal, la había destinado a vivienda permanente y se dedicó al cultivo de frutales y a la cría de cerdos y pollos. El alemán era un hombre

maduro que apenas hablaba español, pero entendía lo necesario para poder dirigir a los cuatro trabajadores que mantenía en la quinta. Uno de éstos tenía una hija, mulata preciosa de veinte años, que a veces iba a llevarle la comida al padre en compañía de un hermanito. El alemán la vio un día y se enamoró de ella. Dijo que estaba dispuesto a todo menos a casarse porque, aunque separado desde hacía años de su esposa, seguía casado y la mujer era re-nuente al divorcio. El padre de la muchacha vio posibilidades de ganancia en el asunto y al cabo de un tiempo la mulata se trasladó a la casa del alemán.

Éste no vivía más que para su nueva mujer y apenas la dejaba salir de la casa por temor a que alguien siquiera la mirara. Después, ya no le permitía hablar ni con el padre. Finalmente se deshizo de las crías de animales, despidió a los trabajadores y únicamente dejó en la casa a una señora que limpiaba y cocinaba. Así pasó el tiempo, hasta que un día el alemán amaneció dando gritos, bebió durante toda la jornada y por la noche apuñaló treinta y dos veces a su mujer y después se colgó de una viga de la recámara.

Nunca se supo la causa de lo ocurrido. Quizá lo volvieron loco las fiebres —decían que había contraído la malaria— o los celos o la preocupación de morir —pasaba de los cincuenta años— y dejar viva a esa mujer que lo enloquecía en las noches calurosas, cuyo cuerpo parecía un pez vivo entre sus brazos, un infatigable pez de carne tibia. Bueno, nunca se supo, pero nadie más habitó la casa del alemán. Años más tarde, después de la Segunda Guerra, vino de Alemania un pariente del difunto y encargó de la propiedad al negro que ahora la vigila. Nosotros escuchábamos a Lupo sin dejar de comer, y aunque no decíamos nada, un frío estremecimiento interior nos agitaba. Sin embargo, el recelo que nos inspiraba la casa no impidió que fuéramos varias veces más a buscar frutas. Y hasta en una ocasión uno se cayó de un árbol porque los que estábamos abajo le gritamos: ¡baja, huye que allí viene el alemán!



Algunas tardes, una o dos muchachas vecinas se nos juntaban y hablábamos de películas y radionovelas como **Los tres Villalobos**, la cual era transmitida diariamente por una emisora y que cada día despertaba en nosotros ansias de aventuras en tierras lejanas. Cuando no conversábamos con las muchachas, jugábamos béisbol en un baldío vecino. Y tal vez por el béisbol fui amigo de Marta. Pienso eso, pues si no hubiera sido porque una de tantas tardes Jimmy lanzó una curva demasiado cerrada, que fui incapaz de esquivar y me dejó tendido en el suelo con una protuberancia azul en la frente, quizá no hubiera entrado en relación con Marta.

Me llevaron a la casa mareado, todo dándome vueltas. Marta estaba en la escalera y preguntó qué había ocurrido. Dijo que me llevaran a su cuarto, me tendieron en un sofá y ella me dio a oler alcohol y me puso árnica en el golpe y me retuvo allí hasta que me sentí mejor. Íntimamente estaba avergonzado de que me hubiera pasado eso, pero a la vez estaba contento de que una mujer tan bonita me atendiera. Cuando me repuse —los demás se habían ido— me preguntó quién era yo y dónde vivía. Respondí y agregué que era del interior, que había venido a terminar la escuela en la capital y me gustaba mucho la ciudad. Escuchaba mientras bebía una taza de café a pequeños sorbos y sus ojos —pardos claros, color miel— seguían mis gestos. Yo no soportaba mirarla de frente y sentía hormigas en la piel cuando ella me miraba. Era la primera vez que una mujer que no fuera de la familia me miraba con tanta atención. Yo observaba la habitación —había una cama grande, un comedor pequeño, el sofá ocupado por mí, un estante de madera y una imagen del Corazón de Jesús encima de la cabecera de la cama— y de pronto comencé a sentirme nervioso y dije que me iba.

—Espera un momento, todavía no —dijo sonriente.

Terminó el café y se me acercó con el frasco de árnica.

—Estos golpes pueden ser malos —murmuró para sí mientras me aplicaba la medicina.

Yo estaba sentado y ella inclinada tan cerca de mí, con un vestido tan escotado que podía ver gran parte de sus senos. Cerré los ojos porque no sabía qué hacer. Terminó de ponerme el árnica y dijo que ahora sí podía irme. No esperé más. Medio farfullé las gracias y bajé al departamento de mi tío, quien a esa hora se preparaba para ir al trabajo. El golpe me dolía mucho aún, pero ya no sentía mareos. Mi tío preguntó qué me había pasado. Le conté todo, se rió y me dijo que tuviera cuidado con Marta. No sé por qué me puse rojo cuando dijo eso. Sin embargo, no me atreví a preguntarle por qué debía cuidarme de Marta.

Esa noche tuve pesadillas y al día siguiente el golpe era una mancha azul-negra en un lado de la frente. No volví a ver a Marta sino dos días después. Era de tarde y yo estaba con Jimmy, el que me había golpeado, en la escalera. Marta salió de su cuarto y me llamó. ¿Ya estaba mejor del golpe, no había tenido más mareos, me dolía mucho? No, ya no me dolía mucho; gracias por el árnica. Bueno, quiero que me hagas el favor de comprarme algo en la tienda. ¿Podía? Claro, cómo no. Fui a donde el chino a comprarle café, pan, arroz, una libra de carne, yuca, ñame y otras cosas. También me encargó dos cervezas. Pero dile al chino que bien frías.

—No te vayas muy lejos —dijo cuando le entregué la bolsa con el mandado— para darte comida cuando esté lista.

Jimmy me había acompañado a la tienda y le dije que fuéramos a gastar los cinco centavos que me había dado Marta.

Compramos duros de nance y subimos a comerlos a un árbol que había cerca de la casa. Después Jimmy preguntó qué hacía yo en el interior y si sabía montar a caballo como los **cowboys**, sí sabía, y si mi familia tenía vacas, sí tenía, y si éramos ricos, éramos pobres, y si había montañas cerca de mi casa, sí había y un volcán muy grande, el más alto de Panamá, y si había ríos y luz eléctrica y cine y supermercado y si la escuela era como la de Río Abajo, no, de eso no había nada —ni luz ni cine ni supermercado ni escuela grande— pero sí había un río al

cual yo iba de pesca con un tío que sabía mucho de eso, un río que en verano era apenas más ancho que una quebrada, pero que en invierno ahogaba gente y animales, arrastraba árboles inmensos y nadie podía cruzarlo, y no había luz pero había luna y la luna era mejor que la luz porque iluminaba todo el pueblo y el llano y los cerros y uno podía ver en la noche muy lejos hasta el mar y sentarse afuera de la casa en la claridad blanca y escuchar las historias de un tío, que eran mejores que las películas porque eran verdaderas y él las había vivido. Sí, tal vez la luna fuera mejor, dijo Jimmy, y los cuentos del tío mejores que el cine, pero en la ciudad había muchas más casas y aviones y barcos, ¿no había ido nunca al Canal a ver pasar los barcos?, eran más grandes que una casa y tenían banderas, sí lo había cruzado y había visto un barco cerca de Miraflores y Lupo me había contado cómo eran los barcos por dentro y cómo vivían los marineros, pero también me había dicho que los barcos se hundían y los tiburones se comían a los marineros y no quedaba nada sino el mismo mar de siempre y los tiburones esperando que otro barco naufragara; no, yo prefería la tierra y los llanos y el gran volcán azul y las historias de tigres que tío Isidoro contaba a la familia reunida bajo la luna. Sí, yo prefería eso, aunque la ciudad me gustaba y tenía cosas muy bonitas. Terminamos los duros y una hermanita de Jimmy vino a decirle que la mamá lo llamaba. Yo seguí en el árbol hasta que vi a Marta salir de su cuarto y pararse en la escalera. Me bajé y caminé hacia ella.

—Ven para que comas —dijo al verme.

Había dos platos servidos en la mesa; me senté frente a uno y comí casi sin levantar la vista. Ella tomaba cerveza con la comida y me ofreció, pero no quise porque nunca había tomado y temía que me hiciera daño. Después me preguntó si quería hacerle siempre los mandados. Dije que sí. Cuando terminé de comer me pidió que llamara a la vecina del 7 para que le lavara los trastos porque ella tenía que irse. Llamé a la mujer, una señora ya vieja que planchaba ropa ajena, y después me senté en

la escalera. Al rato salió Marta con un vestido verde, los labios pintados de rojo vivo, y el perfume, que ya conocía, me produjo la misma sensación de la primera vez. Cuando pasó a mi lado dijo hasta luego, nos vemos, y se alejó con su andar sinuoso, que ninguna otra mujer tenía.

Al regreso de mi tía, Lupo habló con ella para que yo durmiera en su cuarto y se lo cuidara cuando le correspondiera la guardia nocturna en su trabajo. Ella consultó con el tío y aceptaron que Lupo me pagara dos dólares por semana. Después, un domingo en la tarde, Lupo me invitó a pasear por la Zona para que viera los barcos, dijo, y conociera el Canal.

Él era timonel de un remolcador y me llevó al muelle 18 de Balboa a conocer su nave, pero no pudimos verla porque en ese momento estaba en el mar y entonces tomamos un bus hasta Miraflores y nos sentamos frente a las esclusas, en el lugar de los visitantes, para ver cómo cruzaba un barco. El que atravesaba en ese instante era un buque japonés, el **Fuji Maru**, muy largo y muy alto y tan ancho que sus costados casi rozaban las paredes de la esclusa. A popa y a proa había marineros asomados, unos con binoculares y otros con cámaras, hablaban a gritos en su lengua y los veíamos reír y señalar cosas a lo lejos. Yo me asomé al ver cómo cuatro pequeñas mulas eléctricas eran capaces de mover un barco tan enorme —que tenía las máquinas apagadas, me dijo Lupo— a lo largo de la esclusa. Y también me sorprendió ver que miles de toneladas de agua llenaban una esclusa en pocos minutos. Pensé que algún día me gustaría trabajar allí para conocerlo todo y ser parte de ese mecanismo inmenso y complejo que comunicaba los mayores mares de la tierra con tanta facilidad, y para conocer gente de todas partes y, a lo mejor, tal vez fuera bueno un día irme por los mares del mundo y ver otras ciudades y otros pueblos desde la cubierta de un gran barco, como esos marineros del **Fuji Maru**. El buque llegó al final de la esclusa, las mulas retiraron los cables, se abrieron las compuertas y avanzó despacio —ahora sí impulsado por

sus máquinas— en las aguas del lago de Miraflores. A nuestro lado un grupo de turistas hacían preguntas al guía y éste daba fechas y cifras y los turistas decían ooohhh y volvían a preguntar mientras el sol desaparecía detrás de las colinas del oeste y la sombra del atardecer oscurecía las aguas. Absorto en el mirador, veía cómo el humo del **Fuji Maru**, que era una imponente mole gris-blanca alejándose en la placidez del lago, se perdía lentamente en lo alto del cielo claro.

Otro día le pedí a Lupo que me llevara a conocer el corte Culebra, el lugar más angosto del Canal y el que mayor dificultad había ofrecido a los ingenieros. Los farallones de roca viva aparecían cortados a pico y una profusa vegetación coronaba las elevadas márgenes rocosas. Cuando llegamos al sitio, no pasaba ningún barco, pero recordé que las naves se ven como indefensas y frágiles junto a las paredes de piedra.

Eso lo había visto en una fotografía que la maestra nos mostró una mañana. La foto presentaba al **Ancón**, el primer barco que cruzó el Canal. “El **Ancón** atraviesa el corte Culebra. Agosto de 1915”, decía el pie. Desde que vi la foto había querido conocer el lugar. Porque fue allí donde el Istmo opuso el mayor obstáculo a los hombres, donde las máquinas y la dinamita se unieron al sudor y la sangre para vencer la roca. Igual que cuando había cruzado la entrada del Canal en el ferry Roosevelt, la voz de la maestra siempre dulce y apacible, me revivió la proeza, los sacrificios y los miles de muertos. Porque allí en Culebra, y a lo largo de todo el Canal, miles de hombres habían muerto de 1882 a 1914, durante los trabajos de los franceses, primero, y de los gringos, después. Escuchándola, uno pensaba que el esfuerzo había sido prodigioso, pero ya frente a los cerros de piedra cortados, uno pensaba que en verdad el hombre era tan grande como Dios, o tan listo. Y nuevamente, como en el ferry Roosevelt, volví a pensar que no había nadie en el mundo más inteligente que los gringos. Entonces acosé a Lupo a preguntas y él respondió a todas y cuando me cansé de preguntar regresamos a Río

Abajo y esa noche soñé con travesías por mares enfurecidos y con explosiones y paredes de basalto.

Al día siguiente fui con Jimmy al cine y vimos **Shane el desconocido**. Me pareció fantástica la manera que tenía Jack Palance de ponerse los guantes antes de matar a un hombre. Era el máximo pistolero. Pero allí estaba Alan Ladd, el bueno, el vagabundo justiciero que ayudaba a los granjeros débiles y que era aún más rápido que Jack Palance con la pistola. Fue maravilloso el duelo final entre ambos y Jimmy y yo salimos del cine con pólvora en la sangre y con ganas de ser como Alan Ladd y disponer de la libertad que él tenía para ir de un lado a otro y dormir bajo las estrellas, en esas noches de cerros cubiertos de nieve. No había nada mejor en el mundo que ser un **cowboy** de pistola muy rápida para exterminar a los bandidos y favorecer a los agricultores desamparados que tenían una bella mujer, un hijo y una casa de troncos en la pradera.

Cuando regresamos a la casa, mi tía me dijo que Marta había estado buscándome no sabía para qué. Subí corriendo las escaleras y toqué en la puerta de malla metálica (todas las habitaciones eran protegidas de los insectos con una semejante). Podía ver luz en el cuarto a través de las cortinas, aunque no estaba encendido el foco del techo sino la lámpara que había cerca de la cama. Marta vino a abrir y sentí su aliento de cerveza.

—Te buscaba para que me compraras unas cervezas —dijo— pero ya las compré.

En el sofá estaba sentado un hombre rubio con un vaso de cerveza en la mano. Marta fue a la cabecera de la cama, tomó un monedero y sacó cinco centavos.

—Toma de todos modos —dijo— por la molestia.

Acepté la moneda, dije gracias y me quedé allí. El gringo murmuró algo que no entendí y Marta me dijo: bueno, nos vemos mañana, y cerró la puerta metálica. Yo seguí inmóvil, como atontado, golpeándome muy adentro la voz del hombre y las risas de Marta. Lentamente, todavía como atontado, caminé hacia la

escalera y me senté en un escalón, pero aun allí escuchaba la risa de Marta y de pronto me sentí ridículo, humillado y arrojé a la noche los cinco centavos.

Después de comer busqué a Jimmy para comentar la película, pero nada de cuanto decíamos tenía interés para mí; aun donde estábamos, alejados de la casa, debajo de un árbol de tamarindo, oía la risa de Marta y la voz ronca del hombre que estaba con ella. Experimentaba una confusión dolorosa, algo que hasta entonces no había sentido y por un momento tuve deseos de hablarle a Jimmy de eso, sin embargo, me abstuve: seguramente se burlaría.

—¿Por qué mejor no conversamos subidos en el mango que hay frente a la casa? —propuse de pronto.

—Bueno —aceptó Jimmy—. Vamos.

Desde allí veíamos gran parte de la calle, por la que venía una señora con paquetes del supermercado. También veíamos la ventana abierta del cuarto de Marta y, aunque había cortinas, percibíamos figuras en el sofá.

—Mira —dijo Jimmy repentinamente excitado, agarrándome el brazo— mira cómo la toca el hombre.

Sentí como si me clavaran agujas y no tuve ganas de seguir viendo, sino de cerrar los ojos y huir.

—Mejor nos bajamos —dije—. Alguien podría vernos.

—No —dijo Jimmy en voz baja—, no; vamos a ver qué hacen.

Contra mi voluntad, para que Jimmy no fuera a decir que yo era un marica, observé cómo el gringo la abrazaba, la besaba en el cuello, le abría el vestido y le metía la mano entre los senos mientras ella, cerrando los ojos, le acariciaba la cabeza. Luego ella se levantó, así con el vestido abierto hasta la cintura, quitó la sobrecama y apagó la luz. Ya no pudimos ver nada y Jimmy fue a ver para qué lo llamaba su madre. Yo me quedé un rato sentado en una rama, con ganas de llorar y con una sensación de tristeza y humillación que nunca había sentido.

El día siguiente lo pasé en el centro, con una amiga de mi tía; al otro día, Marta me buscó, pero yo no estaba, y el tercero aún no quería verla y pasó toda la semana. Jimmy a veces compraba duros con lo que ella le daba porque le hiciera los mandados.

—Marta me manda a mí porque no te ve a ti —dijo—. Pero es lo mismo —agregó riéndose— si da el dinero a ti o a mí: los duros saben igual.

El domingo, cerca del anochecer, estábamos sentados junto a la calle. En ese momento vimos que Marta caminaba hacia la casa. Traía un vestido rojo y se veía linda. Simulé no haberla visto, pero ella llegó a donde estábamos y me dijo:

—Hola, amiguito, ¿por qué no te dejas ver?

No supe qué contestar; sólo atinaba a mirarle las piernas y no me atrevía a levantar la vista.

—Ahora vas para que me compres unas cosas —agregó en tono cariñoso y se fue.

Seguí mirando el pavimento, en silencio y como aturdido, hasta que Jimmy dijo:

—Hoy es domingo y tengo que acompañar a mi mamá a la iglesia. Nos vemos después.

Fui a donde mi tía y le pregunté si tenía necesidad de comprar algo.

—No. ¿Por qué?

—Porque voy a la tienda a buscarle unas cosas a Marta.

—No, no tengo que comprar nada ahora —repitió mientras cosía el cuello de una camisa de mi tío.

Entré al baño y me lavé las manos, la cara y la boca untadas de duro. Me sentía inquieto y luego, cuando subía la escalera hacia donde Marta, iba recordando cómo ella abrazaba al gringo y cómo éste la apretaba y cómo los dos eran un solo cuerpo en el sofá. Con esa imagen fija en la mente, llamé a la puerta de su cuarto. Abrió y dijo:

—Pasa. Voy a hacerte una lista de lo que necesito. Hoy el chino cierra a las ocho, ¿verdad?



—Sí —respondí con voz neutra, en la cual vanamente intentaba transparentar un enojo frío.

Se puso a escribir en la mesa y yo, parado junto a la puerta, seguí mirando la cama y el sofá como si hubieran sido imantados por las figuras abrazadas que Jimmy y yo habíamos visto desde el mango. Marta se había quitado el vestido rojo y ahora su cabello negro ensombrecía una bata verde-celeste, escotada, que parecía seda. Terminó la lista y fue a la cabecera de la cama, tomó el monedero y me dio dos dólares y el papel con las anotaciones.

—Anda —dijo sonriente— que hoy, por ser domingo, te daré veinticinco centavos.

Salí con la misma expresión fría, que pretendía ser indiferente y dura, y llegué a la tienda con las figuras del sofá aún más dolorosamente claras en la mente. Le di al chino la lista y éste preparó el pedido. El total de la cuenta rebasaba en diez centavos los dos dólares.

—Estas cosas son para Marta —dije.

—Ah —el chino (flaco, con algunas canas en su pelo parado, de ojillos maliciosos y dientes disparejos y larguísimos) sonrió y me guiñó un ojo— entonces puedes traerme después los diez centavos, no importa.

Sin decir nada tomé la bolsa y caminé despacio hacia la casa. No se veía a nadie en la calle, únicamente un hombre venía de la parada de buses, aunque éste todavía estaba lejos. Entre la casa y la calle había un área de sombra acentuada por los mangos y el tamarindo; allí estuve un rato con el paquete en los brazos, sin decidirme a llegar, hasta que oí acercarse al hombre y reanudé la marcha hacia la escalera.

Marta abrió la puerta al sentir mis pasos en el pasillo. Estaba realmente linda en ese momento porque tenía el cabello suelto y se lo cepillaba lentamente mientras esperaba que yo entrara. Pasé casi rozándola y sentí el perfume que emanaba de su cuerpo. Puse la bolsa sobre la mesa y le dije que habían faltado diez centavos. Bueno, estaba bien; mañana podía llevarlos o ¿quería

llevarlos de una vez? No, dije, mañana estaba bien.

—**Okay**, siéntate —dijo en tanto dejaba el cepillo del cabello sobre la mesa y buscaba los veinticinco centavos para dármelos— que tengo ganas de conversar contigo. Dime, ¿por qué no habías venido en estos días?

En ese instante, al hacerme la pregunta, estaba de espaldas, pero aun así tuve miedo de que notara el rubor que me cubría de los pies a la cabeza. Estaba seguro de que si me veía se iba a dar cuenta de todo: iba a ver en mi cara, como en un espejo, su figura entrelazada con la del gringo, la ventana abierta y a Jimmy y a mí atisbando desde el árbol. Por eso, para que no se volviera, para que continuara de espaldas, respondí apresuradamente que casi todos los días había ido al centro por encargo de mi tía.

—Ah —dijo y finalmente se dio vuelta con la moneda en la mano—. Toma. Con esto hasta puedes llevar a tu novia al cine.

—No tengo novia —dije sonrojado.

—Con que no tienes novia. Cómo eres mentiroso. Una de estas tardes te vi hablando con una muchacha debajo del tamarindo.

—Esa es una prima de Jimmy que vino a visitarlo.

Encendió un cigarrillo, se sentó frente a mí y me miró atentamente.

—¿Nunca has tenido novia?

—No —respondí con la vista baja. Mis manos jugaban nerviosamente con la moneda.

—¿No te has enamorado nunca ni sabes nada de esas cosas?

Su voz, envuelta en el humo del cigarrillo, me llegó lejana, como del recuerdo o de otro mundo; y no era afable sino hiriente, y repetía burlona: “esas cosas, esas cosas”, señalándome las figuras del sofá. Y fue para responderle a esa voz desconocida y perversa que dije:

—Sólo lo que tú hiciste con el gringo en estos días.

Yo seguía con la cabeza inclinada y la bofetada restalló como un latigazo en la mejilla y la oreja. Una onda caliente me recorrió

de la cabeza a los pies y las lágrimas brotaron sin que pudiera contenerlas. Pero no eran provocadas por la bofetada, sino por lo que había visto la otra noche, por lo que había sufrido viendo a Marta abrazada a ese hombre, dejándose acariciar los senos al aire. Eso era lo que realmente me hacía llorar. Lo que no había llorado en la rama del mango, afligido por la humillación, lo lloraba frente a ella, frente a esta Marta —no la otra, la del gringo, la que lo abrazaba con el vestido abierto en el sofá— que era mi amiga, que era la mujer más linda de todas y caminaba como ninguna otra. No era ésta la que me hacía llorar, era la otra. No ésta que me hablaba cariñosamente y me acariciaba la cabeza y decía que uno no espiaba en las casas ajenas, que eso era feo, que un hombrecito como yo no debía hacer tales cosas; ésta que había dejado la silla y me daba el consuelo de una verdadera amiga; ésta que yo abrazaba por las caderas para ocultar mi llanto en su vientre tibio y que repetía *hombrecito, hombrecito*; ésta que ahora me había abierto la camisa, había apagado la luz y me acariciaba suavemente el pecho y la cabeza en el sofá; ésta que introducía su lengua en mi boca y me provocaba estremecimientos al pasarme la mano por los muslos, que me ofrecía sus senos cálidos y me había ayudado a desvestirme y se había quitado la bata; ésta que ahora estaba en la cama con un seno en mi boca, sus dedos recorriéndome la espalda, como gusanitos que suben y bajan lentamente; ésta que estaba debajo de mí, su suelto cabello en mi rostro, acariciándome los costados, de los hombros a las caderas, con las manos extendidas y cuyos muslos me apretaban contra su vientre de pétalo, de agua, contra todo su cuerpo y su ternura; ésta que ahora era más hermosa que nunca, que olía a flores y cuya lengua me recorría dulcemente la garganta. Esta no era la Marta del gringo, era la mía. Aquélla me había humillado y hecho llorar, ésta me daba algo que nadie me había dado. Por eso la amaba ahora con los ojos cerrados, totalmente entregado a ella, con una angustia muy grande en los huesos y una sensación de muerte en la sangre y un estremecimiento que me arrancaba la

vida y todo cuanto yo era. Esta era la Marta mía, la única del mundo, la que estaba a mi lado sudorosa y me acariciaba el pecho y me miraba en la penumbra con sus ojos de miel y me tomaba una mano y la ponía en su seno y decía acaríciame y respiraba delicadamente junto a mi cara. Esta era mi Marta, la de siempre, la que ya nunca podría olvidar. La otra no había existido; era mentira.

Por la ventana entraban la noche y la pálida claridad de la calle. Con cuidado, sin mover demasiado la cama, me levanté y comencé a vestirme. Estaba turbado, tenía miedo de mirarla y sentía fosforecer mi sonrojo en la oscuridad. Oí que Jimmy andaba buscándome a gritos por el lado de la escalera. Seguramente ya su madre había regresado de la iglesia. Terminé de vestirme y sin decir nada caminé hacia la puerta; entonces ella me llamó. Volví lentamente hasta el borde de la cama y esperé quieto. Me tomó una mano y la besó.

—Mañana vienes temprano —dijo en un susurro.

Asentí en silencio y salí a ver para qué me buscaba Jimmy.

## CRÓNICA 1514

**E**n este año de gracia, la Corona encomendó a Pascual de Andagoya la misión de explorar la parte más angosta de Tierra Firme —el istmo que los naturales llaman Panamá— en busca de una ruta apropiada para comunicar los dominios del Atlántico con los del Mar del Sur, descubierto este último y tomado en posesión para el Rey por Vasco Núñez de Balboa en 1513.

Andagoya cumplió la encomienda del Rey y un camino de herradura fue la primera vía transcontinental. Por ella, a lo largo de dos siglos, el oro de Perú y la plata de Bolivia pasaron para España. Y por ella también en 1671 —fecha aciaga—, mil doscientos piratas famélicos y resueltos buscaron el esplendor y la riqueza de la urbe más noble y opulenta del Pacífico. Por la misma senda, con 190 mulas cargadas de oro, regresó Henry Morgan a Portobelo, y de Portobelo al mar y a la historia.

De la ciudad, fundada en 1519 por don Pedro Arias Dávila —asesino y suegro de Balboa— sólo quedaron cenizas. Algunas versiones declaran que el gobernador, Pérez de Guzmán, dispuso darla al fuego para evitar el saqueo de los piratas, tras haber éstos derrotado y puesto en fuga a sus tropas; otras afirman que fue Morgan quien ordenó la destrucción de la plaza. Sea como fuere, del reciente y magnífico (ahora calcinado) esplendor, únicamente quedaron en pie la torre de la iglesia mayor y algunos edificios de piedra.

DIMAS LIDIO PITY

Entonces, en ese crepúsculo de ruinas, de lenta marea azulosa, alguien pensó que la nueva ciudad debía erigirse más cerca del cerro que había al oeste, el verde Ancón, eternamente rizado por la brisa marina y en el cual la caza era abundante.

**N**O HAY NINGÚN CONOCIDO EN EL CAFÉ. Ocupo una mesa próxima a una puerta y pido un tinto. Esperanza, amiga de todos, siempre servicial y sonriente, unas veces secretaria y otras consejera de los parroquianos, pregunta: ¿qué haces, cómo te va, dónde estabas metido que hacía días no te dejabas ver, qué es eso, hombre, andas enamorado? No, nada de eso, respondo, son las ocupaciones, Esperanza tú sabes cómo es la vida. Trae el café y un vaso de agua y pago inmediatamente para evitarle otro viaje. Debió ser muy bella Esperanza; su rostro maduro conserva algo de esa luz que tienen las jóvenes hermosas. Enfrente del café hay un bar y de él salen dos hombres gesticulando y hablando a gritos. Tomo un sorbo de café sin azúcar y observo a los ocupantes de las otras mesas. Hay poca gente, en verdad; únicamente están los habituales que pasan todo el día en el establecimiento y sólo lo abandonan de malas ganas cuando, en la madrugada, el griego Athanasiadis ordena a un mozo subir las sillas a las mesas y barrer el local con una manguera. Alguna vez he hablado con ellos; son divertidos y buena gente, pero ahora no tengo ánimo para escuchar los mismos chistes de Pepito o del ministro de turno, las mismas lucubraciones sobre negocios imaginarios. Me parecerían un disco rayado y desgastado por el uso. Algunos son jubilados; otros nadie sabe dónde trabajan. ¡Qué gente! Cada día enredan y desenredan la vida en el café. Ríe en silencio viéndolos gesticular y enfatizar sus palabras con golpes en la

mesa. En lo alto de un edificio distante, una mujer rubia semi-desnuda ofrece una marca de cerveza. La espuma se derrama de la copa rebozante. PARA EL CALOR Y PARA USTED NADA COMO YO. Años antes, durante una temporada en que estuve sin trabajo, acudí diariamente al café y como muchos flotaba horas y horas en un orbe de sobreentendidos, saludos, silencios y murmuraciones gratuitas. Recuerdo las charlas con José/poeta, Alberto/pintor influido por el muralismo mexicano, Clemente/político, Roberto/navegante-soñador-desocupado, Kausler/estudiante, Romualdo/obrero y fanático revolucionario que ignoraba todo de la revolución o con aquel dirigente sindical extremadamente politizado que rehusaba trabajar para no ser explotado por los cabrones capitalistas y con Florencio/vendedor-cobrador que jamás vendía ni cobraba nada pero que siempre ponía sobre la mesa un maletín repleto de papeles, facturas ilegibles y revistas ilustradas con desnudos. Ninguno está ahora porque el domingo no vienen al café. En la calle suena insistentemente una bocina. ¿Está Castillo?, preguntan desde el auto detenido en medio de la vía. No ha venido, contestan desde una mesa. Lucero, la que atiende el puesto de revistas y tabacos, me saluda con la mano, respondo igual y sonrío. Hace unos meses estuvo a punto de morir a causa de un parto prematuro. Es una buena mujer con mala suerte. El marido es un vago que vive de lo que ella gana. Antes intentó hacer carrera en el boxeo, pero en el primer round de su primera pelea lo noquearon y renegó para siempre de los rings. Ahora dicen que le propina golpizas tremendas a Lucero cuando ésta se niega a darle dinero. Algunas veces lo he visto luciendo en el parque su físico atlético y presumiéndole a los limpiabotas y vendedores de periódicos de ser un púgil retirado. Incluso camina como Sugar Ray Robinson cuando viene al café por la noche para acompañar a su mujer a la casa.

Pequeño mundo de miserias y sueños, el café tiene sus personajes y sus tragedias. Un auto de la policía pasa a poca velocidad y sus ocupantes escrutan con atención el interior del esta-



blecimiento. En la ventanilla posterior asoma el cañón de una metralleta. Del bar cercano llega la música de un porro. Miro el reloj, termino el café y aparto la taza.

El viejo Marco está sentado junto a una de las puertas que dan a la avenida. Tiene un café frío delante y ve con ojos encendidos a las muchachas que pasan. Cuando descubre alguna de catorce o quince años particularmente atractiva, abandona apresuradamente la mesa (casi siempre sin pagar, aunque cuando vuelve cancela la cuenta) y la sigue a distancia para saber dónde vive. Anota la dirección y luego hace que una mujer hable con ella y la induzca a ser afectuosa con un buen señor, así y así, que siente un gran cariño por ella y desea ayudarla. El sistema le dio resultado, dicen, hasta que murió la alcahueta, pues no pudo encontrar una sustituta adecuada. Desde entonces ha debido conformarse con ver pasar a las chicas, que cada día le parecen más sugestivas con esas faldas mini mini. En ocasiones hacemos chistes a su costa y en la última Navidad alguien le regaló anónimamente la novela **Lolita**. En cierto modo, da lástima verlo con su café frío, cada día más viejo, sus ojos cada vez más tristes y cansados, suspirando al paso de las ninfas inaccesibles.

Es mediodía. Atruenan las bocinas del tránsito atascado. Todas las mesas están ocupadas. Algunos comen riñones de res en la barra y el olor del guiso inunda el local. Entra un vendedor de baratijas. De mesa en mesa ofrece serpientes de hule, peinillas, espejos, plumas, pañolones de seda. Lucero vende cigarrillos a un turista de grandes bigotes. Parece europeo y transpira copiosamente. Afuera lo espera un grupo. Sí, **Camel**, por favor, dice en inglés. Miro el reloj. La mujer de la cerveza en lo alto del edificio sonrío, sonrío. Con una seña le pido a Esperanza otro café. Julián es historiador y ha recorrido todos los ríos, arroyos y quebradas del país, desde el nacimiento hasta el mar. Su cabeza cana y su cuerpo delgado y todavía vigoroso se estremecen cuando habla.

## MESA I

- A Entonces, ¿qué hiciste?  
B Pues le dije bien claro que la dejaba, que me iba, que ya estaba hastiado de sus exigencias y majaderías.

Toma un sorbo de café y busca en nosotros alguna reacción a sus palabras. Además, prosigue, ha descubierto en el archivo secreto del Vaticano comprometedores documentos relacionados con una conjura que don Vicente Icaza y Cisneros promovió contra el capitán don Antonio María Zulueta de Valledano, gobernador de Tierra Firme, en 1552. Claro, como no nos sería difícil suponer, la publicación de tales documentos obligaría a reescribir la historia. De ahí, que algunas fuerzas oscuras, que sospechan que él posee los susodichos documentos, propugnen su ruina y la destrucción de los manuscritos.

## MESA II

- C (Entre risas de sus acompañantes) Y la secretaria salió del despacho arreglándose el vestido, mientras la esposa entraba como un ciclón.

Por fastidiarlo, alguien aventura una objeción. Bueno, replica, que no creamos si no queremos, pero ya veremos, cuando aparezca su libro, si dice la verdad o no. Lo que pasa es que pertenecemos a una juventud descreída y cínica, sin ideales ni altura de miras. ¡Qué iba a ser del país con estas nuevas generaciones! ¡Ah, cuando él era joven! Reímos pero él no se molesta. Enciende un cigarrillo, lanza el humo por encima de las cabezas y retoma la palabra. Ahí estaba, simple ejemplo, su importantísima pero no revelada participación en el **affaire** del oro de Piedra de Candela. —¿Quién no sabía que un apátrida de origen húngaro afirmaba haber descubierto un tesoro fabuloso

en la inextricable selva chiricana, cerca de la frontera con Costa Rica?

### MESA III

- D Nada más necesitamos cien dólares para ganarnos quinientos. Es fácil. Un negocio muerto.
- E No puede ser.
- D Seguro, hombre. Te lo estoy diciendo.

Eran dos mil barras de oro con el sello de la Corona de España, con un peso aproximado de veinte libras cada una. Como prueba de su hallazgo, el aventurero trajo una de las barras y pidió ayuda al gobierno para rescatar el resto. Las autoridades dispusieron el envío de cinco camiones y veinte guardias al mando de un capitán para acompañar al húngaro. Éste condujo la expedición hasta un punto cercano a donde supuestamente estaba el tesoro. Allí les dijo que esperaran un momento y se adelantó solo. Instantes después, sus acompañantes escucharon un disparo y corrieron en la dirección tomada por el húngaro. Lo encontraron junto a la entrada de una cueva, muerto y con una pistola empuñada.

### MESA I

- A ¡Esperanza! Otros dos pintados y agua.

Los policías buscaron el oro hasta extenuarse, pero no hallaron ni rastro y dos días después salieron de la selva torturados por los mosquitos, con el fracaso en los huesos y con el cadáver del húngaro envuelto en una lona.

DIMAS LIDIO PITY

**MESA II**  
**(Continúan las risas)**

C Ustedes conocen la fama que siempre tuvo el tipo. Y ahora que es viceministro...

Ésa era la versión oficial difundida por los periódicos. Luego vinieron las especulaciones: el tesoro no existía; el húngaro tenía un socio y éste lo había matado; todo había sido una jugarreta del demonio para burlarse del apátrida, que negaba la existencia de Dios y del Diablo... Sin embargo, no eran más que habladurías. Ya se sabe cómo es la gente. La verdad es... (La voz del historiador baja y adquiere tonalidades de enigma) que el tesoro sí existía. Simplemente, el gobierno dispuso la eliminación del húngaro porque sospechaba que era agente de una potencia extranjera y hubiera sido tonto compartir con él una riqueza que pertenecía al Estado por derecho propio.

**MESA III**

D (Voz apenas audible) Esperanza, toma, cobra los cafés... Te quedamos debiendo la propina.

Así, eso de que el húngaro se había internado solo en el monte no era cierto. Sencillamente, cuando llegaron al oro, el capitán cumplió la orden que había recibido de matarlo. Claro, eso no podíamos saberlo nosotros. Pero él sí. Porque él (Julián) que simulaba ser un guardia más de la escolta y que conocía toda esa región como la palma de su mano, fue quien inventó la historia de la cueva y de la vana búsqueda del tesoro. En esa forma le había prestado un gran servicio al país.

En una mesa dos hombres se injurian. Otros intervienen para evitar la pelea. Uno sale y desde la calle grita que el otro es un desgraciado-infeliz-cabrón, que la próxima vez se las pagará.

Un policía lo amonesta y le dice que ya está bien, que se vaya si no quiere que lo arreste por escándalo en la vía pública.

Ahora las dos mil barras de oro (efectivamente, todas tenían el sello real) estaban depositadas en un banco de Inglaterra. No obstante, a cuarenta años del suceso, muchos seguían tejiendo conjeturas en torno al asunto.

El historiador tira la colilla al piso, la apaga con el tacón, bebe un trago de café y mira hacia la calle con la misma mirada serena y tranquila con que seguramente Herodoto miraba la Acrópolis en las tardes.

Esperanza trae el café. Acodada en el mostrador, Lucero hojea una revista. ¡Qué Julián! Era un caso el historiador. En el fondo era parecido al poeta que cada tarde llegaba con una nueva teoría para escribir poemas, pero quien nunca mostraba un verso propio. Sospechábamos que jamás había escrito ni escribiría nada y se lo decíamos. Él alegaba que su sentido de la autocritica era muy severo: mientras no tuviera la seguridad de que un poema suyo tenía una calidad extraordinaria, no lo mostraría a nadie: ya en el mundo había exceso de malos poemas.

Sus ocurrencias nos hacían mucha gracia y alguien lo apodó el Autocrítico. Dos años después lo mató una grúa mientras trabajaba como peón en un desagüe y lo enterramos junto con unos cuadernos repletos de versos que encontramos cuando fue abierta la casita donde había vivido los últimos años.

La vivienda estaba en la barriada bruja de Cabo Verde y ninguno de los vecinos parecía saber a quién nos referíamos cuando preguntábamos por el poeta Nepomuceno Valdivia. Hubo que describirlo para que finalmente uno con trazas de marihuano dijera: “ah, ustedes preguntan es por el Borreguero” y nos llevara a la que había sido morada del Autocrítico. El juez ordenó abrir y el mismo que nos había guiado metió la mano por una rendija y abrió la puerta.

La casita, techada con latones y pedazos de cartón embreado, era de una sola habitación y todo estaba revuelto en ésta. Ha-

bía ropa colgada de clavos en las paredes y en el catre de sábanas sucias estaba dormido un gato. Sobre una mesa hecha con cajones estaban los cuadernos de versos. Tomé el de encima. Comenzaba con una cita del monólogo de Segismundo; luego seguían poesías del Autocrítico. Una decía:

Como la vida soy,  
como la vida muero;  
muriendo estoy  
porque te quiero.

Enseguida había una acotación ilegible y no quise seguir leyendo para no contravenir la voluntad del autor. Se completó la diligencia y salimos. Más tarde, mientras vadeábamos los charcos y lodazales que había entre las casuchas, alguien propuso que enterráramos al Autocrítico con sus cuadernos. Sería el mejor modo de respetar su memoria. Estuvimos de acuerdo. Y también con sus libros, sugirió otro cuando regresamos a buscar los cuadernos. Así, agregamos a los versos los libros que había en la choza: un almanaque Bristol del año anterior, dos Selecciones del Readers Digest, el **Libro egipcio de los sueños**, en la versión no expurgada de Abdul Hassán Khady, y un tomo en rústica con las poesías completas de un poeta misógino colombiano.

Gente, tragedias. Pequeño mundo el café. Miro el reloj. Falta poco para que sea la hora de entrar al cine. Bebo agua y camino hacia la salida. En la mesa de los habituales prosigue la charla. Del bar cercano sale, en sordina, la música de una guaracha. Ha entrado una pareja de gitanos, hombre y mujer. Ocupan una mesa cerca del mostrador y piden algo de comer. Esperanza les pone servilletas y cubiertos y observa con curiosidad a la mujer de enaguas largas y floreadas, ajorcas de oro y mirada trashumante. El hombre se fija en la lista de precios que hay en la pared del fondo. ¿Cuál sería el origen y el destino de los gitanos? Cuando paso junto al puesto de revistas, Lucero me llama sonriente. Tie-

ne una rifa de un reloj en el primer premio, un radio de transistores en el segundo y un juego de mancuernas en el tercero. ¿Le quiero comprar un número? Claro, Lucero, claro. Le doy los cincuenta centavos y me anota el 25. Es mi fecha y me desea suerte. Me despido y salgo. Ella sigue esperando la hora de cierre y que su marido venga a buscarla.

Afuera del café todo está tranquilo. Apenas circulan automóviles y muy poca gente camina en la noche refrescada por el viento del mar. En el parque de Santa Ana, viejos grupos de tres o cuatro ocupan las bancas y conversan del tiempo. (Son los jubilados de siempre, los que hasta los domingos están allí porque no tienen otro lugar a donde ir ni otra cosa que hacer, sino esperar la muerte junto a la iglesia, sentados en las bancas de granito, viendo los mismos árboles que han visto desde niños. Alguno recuerda cuando lo obligaban a comulgar con expresión contrita delante de señores de gestos severos, bigotes enormes, largos bastones, traje blanco y sombrero de pajilla; de señoras con paraguas y abanico, dulces rostros de vírgenes distraídas y mirada beatífica, que detrás del abanico observaban disimuladamente al amante de cara hierática que asistía a la misa de pie, cerca de una entrada lateral, con el simulado recogimiento de una anacoreta que ha vencido todas las tentaciones de la carne. ¡Qué tiempos!) Cerca del quiosco central, algunas domésticas esperan a los amigos que las llevarán al baile típico. Más allá, los limpiabotas juegan mientras esperan clientes.

En la entrada del cine, cerca del cubículo donde una muchacha vende dulces, papas fritas, chicles y refrescos, un periodiquero vocea: “Identificaron al ahogado: era un soldado”. Compro la Extra. Aún faltan siete minutos para que comience la tanda; no ha comenzado a salir la gente. Deseo ver la película desde el principio porque no quiero perderme las gaviotas y la costa rocosa grisásea, ni los árboles desvaídos en el día neblinoso.

Mientras busco la información, recuerdo fugazmente la noti-

cia del diario matutino sobre el joven extraído de las aguas del Canal. Ahora viene la foto de un cadáver cubierto por una manta, con varios policías alrededor. El pie de grabado no revela quién es el muerto, más bien es ambiguo, pero el cuerpo de la noticia sí trae datos del suicida (la policía ha descartado toda mano criminal); y es entonces, por primera vez en el día, que comienzo a recordar a Billy como debía haberlo recordado desde la mañana. Porque el muerto es Billy Jones, veterano de Vietnam, miembro del XVII de Infantería con base en Illinois. Pero, bueno, me pregunto, ¿qué importancia tiene ya que lo recuerde, que piense en su inercia y sus palabras, en lo que dijo de Vietnam, de Filadelfia y de sí mismo? Por un momento, dolorosamente perplejo, no acepto que Billy sea ese bulto cubierto por la manta en la orilla del Canal. Sin embargo, no puede ser otro, aun cuando el diario no da ningún indicio sobre las posibles causas del suicidio. La policía investigará en sus pertenencias y entre sus conocidos para ver si encuentra alguna explicación. En tanto, el cadáver, previa realización de la autopsia de rigor, será enviado a Filadelfia, donde viven los padres del difunto. El soldado Jones había sido condecorado por su valor en el frente. Es todo. Doblo el periódico y salgo a la calle.

Después de haber visto esa imagen de Billy, mejor dicho de haberlo imaginado hinchado y yerto bajo la manta, no puedo sentarme tranquilamente a ver una película. Enciendo un cigarrillo y camino despacio por la avenida Central en dirección a Calidonia. En ocasiones me paro frente a los escaparates iluminados, rebozantes de mercancías traídas de todas partes del mundo, pero nada de lo exhibido en ellos me llama la atención; la imagen de Billy me ocupa por completo la mente. Tres cuadras adelante doblo hacia la avenida B y abordo un bus de Río Abajo. Si quiero comentar la muerte de Billy con alguien —y tengo que hacerlo; uno siempre debe ocuparse de la muerte de los amigos o conocidos— debo ver a Charlie. Es la única persona que, en cierto modo, ha sido testigo de nuestra fugaz amistad;



la única, fuera de mí, que tal vez escuchó algo de lo que Billy contó sobre su vida.

El bus gasta sólo veinte minutos en llegar frente al MORO-CO. La noche es clara y el aire se siente limpio cuando camino hacia la entrada del bar. Durante unos segundos me detengo ante el establecimiento y evoco la salida de Billy y yo de allí en la madrugada, después de muchas horas de lluvia, de incontables **gin and tonics** y de haber hablado hasta el cansancio de la guerra, de Panamá, de cine, de nosotros; de todo cuanto uno habla cuando está borracho o se pone sentimental.



**T**RASPUSIMOS LA ENTRADA DEL MURO que rodea la casa. Había dos automóviles en el estacionamiento destinado a los clientes y los árboles cercanos dejaban caer grandes gotas de agua al pavimento cuando la brisa los agitaba. En el frente del edificio, foquitos verdes, rojos, azules y blancos iluminaban el letrero que decía LA GRUTA AZUL en italiano, inglés, francés y español. Alcanzamos la puerta y vimos a dos hombres en una mesa y a tres en otra, todos acompañados por mujeres. Debían ser los ocupantes de los autos estacionados afuera. Algunas mujeres iban de un lado a otro o conversaban en la barra o en las mesas. Unas llevaban pantalones ceñidos, otras faldas muy cortas y abiertas en un costado. Avanzamos hacia una mesa y dos mujeres se nos aproximaron.

—¿Soldados? —preguntó una en inglés a Billy.

—No, hombres —respondió éste cómicamente serio—. Nada de soldados.

Reímos y nos sentamos con ellas. El mesero vino.

—**Gin and tonic** para nosotros —dije—. ¿Qué quieren ustedes? —pregunté a las mujeres.

—Lo de siempre —indicó una al mesero.

Era un compuesto sin alcohol. Yo lo sabía. Me lo había dicho una antigua amiga prostituta; incluso lo había probado una vez y tenía un sabor parecido al del té. Al cliente le cobran por ese trago el precio de un coñac y, a menos que él insista, las mujeres no beben otra cosa. Estuve tentado a decirles que to-

maran whisky o lo mismo que nosotros, pero luego pensó que no valía la pena mortificarlas. Que no bebieran si no querían, qué demonios. El mesero trajo lo pedido y la mujer que estaba con Billy solicitó monedas para la música. Yo observaba a las mujeres de la barra y de las otras mesas. Una me hizo un guiño malicioso y entreabrió lascivamente las piernas; correspondí con una sonrisa mientras la que había ido a poner música regresaba a la mesa. Ésta tenía el pelo teñido de rubio y su andar era felino. Cuando iba a sentarse, Billy le dio una nalgada y la atrajo hacia sus piernas. La mujer rió y le agarró la barbilla.

—Con que andas apurado, ¿eh?

Billy rió y bebió un trago. La mujer había puesto calypsos y le pedí a la que estaba conmigo que bailáramos. Billy siguió con la otra sentada en las piernas. De él parecía haberse esfumado ese velo de hastío que durante horas lo había cubierto como una segunda piel. Podía verlo mientras sentía contra mi pecho los senos de la mujer, mientras su vientre buscaba el mío como un animal hambriento. Me concentré en ella y olvidé a Billy y todo lo demás. El ritmo lento del calypso recorría nuestros cuerpos de los pies a la cabeza y apenas nos desplazábamos del sitio donde estábamos. En mi cuello sentía el aliento tibio de la mujer y, muy lejos, fuera de la música, en otra realidad, oía las voces y las risas de los ocupantes de las otras mesas. Pese al aletargamiento del alcohol, la proximidad de la mujer había logrado que comenzara a excitarme; sin embargo, la excitación era más bien reflejo que deseo auténtico, pues interiormente no tenía ganas de subir con ella, por lo menos no en ese momento; lo que realmente deseaba era que la pieza no acabara, para seguir allí, inmerso en la música, flotando en el ritmo como una agua soleada, sostenido por los senos y los muslos de esa mujer que acariciaba suavemente mi nuca con sus dedos. Terminó la pieza y regresamos a la mesa; no obstante, en mí, bulléndome en la sangre, persistía la cadencia del calypso. Era un ritmo endiabladamente bueno, una de las pocas buenas cosas de los últimos años.

—¿Cómo anda la cosa? —pregunté al sentarme.

—Bien —dijo Billy—. Mucho mejor que donde estábamos. ¿Quieres conocer a mi novia? Te la presento. —Con un movimiento rápido bajó el corpiño y dejó al descubierto el seno izquierdo de su acompañante. Ésta, primero sorprendida, luego confusa, finalmente rió a carcajadas. Aún con el seno al aire abrazó la cabeza de Billy.

—Gringo loco —decía—. Está más loco que un loco.

Mi compañera también reía y en los ojos de Billy era patente la satisfacción. Por primera vez desde que nos habíamos encontrado, esa luz triste, plomiza, había desaparecido de su mirada. Ahora tenía o comenzaba a tener la expresión que corresponde a un soldado de licencia en un país extranjero, en una ciudad con fama de lasciva. Sus manos recorrían las piernas de la mujer, enfundadas en mallas negras, bien torneadas y de carne todavía firme.

—Eh, Billy, ¿por qué no bailas? —dije.

—No. Prefiero estar aquí con mi novia.

Mi acompañante me abrazó y dijo que quería otra copa.

—Pero mejor deja de tomar esa porquería —dije—. Pide verdadero coñac. Así te pones más a tono con nosotros. ¿No te parece?

Una fugaz lucecita de enojo destelló en sus pupilas oscuras. ¿Le habría disgustado que revelara la superchería del trago arreglado? Bueno, si quería disgustarse, allá ella. Mujeres había de sobra. Llamó al mesero.

—Tráeme un Martell.

Éste la miró sorprendido.

—Lo que oíste. M-a-r-t-e-l-l —repitió.

El mesero vino con el trago y lo dejó frente a ella.

—Bebo porque tú lo quieres y porque ya es de madrugada —aclaró mirándome—. Ya no importa si me emborracho.

El destello de enojo había desaparecido de su mirada, que ahora sólo mostraba la sumisión transparente y antigua de la

prostituta frente al cliente. Súbitamente sentí ternura por ella, esa desconocida que me miraba desde lo hondo de su destino, que se sometía a mi capricho porque yo era el **cliente** y pagaba su sometimiento. Levanté el vaso y dije salud para no ponerme sentimental. Ella repitió salud y bebió un sorbo de coñac. Llamé al mesero y pedí otra ronda. En la mesa donde había tres hombres las mujeres celebraban algún chiste. Sus carcajadas llegaban hasta nosotros aunque del jukebox salía alta la música de una guaracha. Sí, verdaderamente ahora sí habíamos encontrado el ambiente adecuado. Mujeres, música, risas. Al diablo todo lo demás.

—¿Cómo te llamas? —pregunté a mi compañera, de repente eufórico

—Lena.

—Bueno, Lena, vamos a ser amigos, amigos de verdad, por esta noche y por todo el tiempo que tú quieras. ¿Sabes?, deseo que seamos amigos, de verdad amigos. Termina ese coñac y pide otro. Vamos a tomar como lo hacen los amigos.

Acabó su copa y llamé al mesero.

—Oye, Billy, dile a tu novia que tome lo mismo que mi amiga. ¿Pido coñac para tí? —pregunté a la mujer de Billy. Asintió con la cabeza.

—Dos coñacs —dije al mesero.

Billy brindó.

—Por mi novia Annabel Lee —dijo.

—Yo no me llamó así —aclaró la mujer.

—No importa —replicó Billy besándola—. Para mí eres Annabel Lee. ¿Lo oyes? Annabel Lee. No Liz, ni Jane, ni Mary: Annabel Lee.

Comenzó a recitar un fragmento del poema de Poe y por un momento pensé en el profesor Jones. Cuando estaba borracho recitaba a los clásicos. En el fondo, Billy era más parecido a su padre de lo que él mismo podía suponer. Me levanté para ir al baño mientras él terminaba el poema y Annabel aplaudía entusiasmada. Seguramente era la primera vez que un cliente, grin-

go sobre todo, le recitaba versos, pensé.

En el servicio había espejos y tres mingitorios se alineaban debajo de ellos; en el fondo, las puertecillas de los inodoros. Mis ojos enrojecidos me miraban como a un extraño desde el fondo de los espejos. Cerré los ojos mientras orinaba y puse la mente en blanco. Sentía las manos y los pies adormecidos, como extremidades ajenas, tal si en lugar de huesos, tejidos y nervios fueran de algodón o trapo. Acabé de orinar y me pasé la peinilla por el pelo revuelto. Eran las tres menos diez. Ya tenía casi doce horas de estar con Billy. Bueno, era sábado, qué demonios, y mañana no había trabajo. Terminé de peinarme y otra vez los ojos contemplaron indiferentes al tipo extraño que estaba frente a ellos, fruncía el ceño y escrutaba inquisitivamente a lo profundo del espejo, acaso en un íntimo afán de reconocerse o encontrarse, de fundirse con esa imagen fría que de algún modo, simultáneamente, lo afirmaba y lo negaba: lo afirmaba en la realidad de los mingitorios y los olores, de los lavabos y las paredes; lo negaba en el orbe de la luz y los ensueños, de las formas puras e intangibles, condenándolo a ser sólo un cuerpo, sudoroso y fatigado, que debía volver a la mesa donde los cuerpos de Billy, Lena y Annabel Lee lo esperaban para seguir bebiendo, tocándose y no sentirse sólo cuerpos en la noche del sábado. Me lavé las manos y salí. En el fondo de los espejos no quedaba nada.

Bebí un trago y encendí un cigarrillo. Lena recostó su cabeza en mi hombro. Olía a noche y a sudor. Rodeé sus hombros y le di un sorbo de coñac. Si fuera pintor, pensé, pintaría esta escena digna de Toulouse-Lautrec: Annabel Lee en las piernas de Billy, el seno izquierdo de ésta casi al descubierto, Lena apoyada en mi hombro, mi brazo rodeándola, y el humo de los cigarrillos, sobre nuestras cabezas. En la mesa, dos copas de coñac, dos **gin and tonics**, cigarrillos, un encendedor y la media luz en torno con destellos rojizos y verdosos. **Bebedores y mujeres.** Buen título para el cuadro. Pero no era pintor, Toulouse había muerto hacía mucho y no éramos propiamente bebedores sino pobres diablos

angustiados que habíamos establecido a través del alcohol un vínculo que la vida nos negaba. Bebí un trago y besé furiosamente a Lena.

—Oye, ¿qué te pasa? —dijo ésta separándose—. ¿Te has vuelto loco como el gringo?

—No —reí—. Solamente pensaba. No me hagas caso.

Me miró recelosa y tomó un cigarrillo. Se lo encendí. Billy acariciaba distraída, mecánicamente el hombro desnudo de Annabel Lee. Uno de los hombres de la mesa ocupada por tres pasó junto a nosotros con paso vacilante hacia el jukebox. Era un político oportunista y marrullero que se había enriquecido en el municipio. Yo lo conocía de vista porque a menudo salía en los noticieros de televisión. Una de sus acompañantes lo siguió hasta la caja de música y lo abrazó por detrás. Lo acusaban de introducir chinos de contrabando y otros afirmaban que estaba vinculado al negocio de las drogas. No era viejo pero mostraba el aspecto de un hombre cansado. Grandes bolsas violáceas colgaban debajo de sus ojos. ¿Sería cierto todo lo que decían de él? Al concluir su gestión en el municipio había recibido una medalla y un pergamino. Recordaba su cara radiante en los periódicos. ¿Cuánto hacía de eso? Introducía torpemente las monedas en la ranura del jukebox y su compañera escogía las piezas. Lo observé de reojo mientras regresaba a la mesa con la mujer abrazada a su cintura. ¿Quiénes estaban ahora en el municipio estarían también enriqueciéndose? Terminé el trago y llamé al mesero.

—Lo mismo para todos —dije.

Retiró mi vaso y la copa vacía de Lena y le pasó un trapo húmedo a la mesa. Era un gesto que había visto muchas veces: el mozo viene, quita los vasos y pasa el trapo. Y cuando los clientes se van, hay algo definitivo y consumado en ese acto de limpiar la mesa y dejarla inmaculada para los que vengan: tiene algo de ritmo funeral o de tragedia. Algunos vuelven a ocupar días después la misma mesa, otros no regresan nunca; sólo el



rito permanece aunque cambien los clientes, la mesa y el mesero. Igual ocurre, pensé, con todas las acciones de la vida: se repiten, sobreviven, así cambien o perezcan los actores. El mozo trajo las bebidas y respiré hondo antes de tomar el primer trago. Qué diablos, me estaba poniendo melancólico.

—Ven, Lena, vamos a bailar —dije y su olor a noche entró nuevamente en mi sangre con la música de un bolero. Terminó la pieza y seguimos bebiendo. Billy fue al baño y Annabel Lee me preguntó qué le pasaba a ese gringo loco. No quería bailar, no quería subir al cuarto. ¿Qué quería?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondí irritado—. Pero estamos pagando, ¿no? Así que síguele la corriente y quédate tranquila; no te metas en lo que no te importa.

Me miró dolida y disgustada y en el fondo, pese a estar borracho, me avergoncé de haberle hablado en esa forma.

—No te pongas así. Sólo era una pregunta, ¿no? —dijo con una voz en la cual era perceptible su enojo contenido.

—Está bien, Annabel Lee, no vamos a pelearnos, no estamos aquí para eso —dije conciliador—. ¡Salud! Deja que el mundo siga dando vueltas. ¿Te doy un beso y ya?

—También estás loco —rió y bebió un sorbo de coñac.

Billy regresó con la cara lavada. Parecía, tan fresco era su aspecto, que apenas hubiera comenzado a beber.

—Ven, vamos a bailar, Annabel —dijo tomándola de la mano.

Reí interiormente. Tenía razón ella al pensar que Billy estaba medio loco. Lena volvió a recostarse en mi hombro y observé a Billy bailar apretadamente, los ojos entornados y sus manos en las caderas de la mujer. ¿Cuántas veces por noche, semana, mes y año se repetía esa escena en Panamá: un gringo abrazado a una mujer en un bar o en un burdel? Ciudad puerto, ciudad de paso, ciudad fugaz. Eso había sido por siglos y eso seguía siendo. Era una ciudad de sudores y huellas, de sangres mezcladas, de tierra y mar en conjunción. Los viajeros llegaban y

partían dejándole su escoria y su fatiga, y ella permanecía allí, junto al Canal, entre el mar y los cerros, abierta a los viajeros y a los vientos. Era una historia de siglos. Una historia.

Billy y la mujer volvieron a sentarse, bebieron, se besaron, él encendió un cigarrillo y luego me preguntó qué pasaba. Qué pasaba por qué, pregunté a mi vez. Yo no parecía tan feliz como él, dijo. Qué pasaba.

—No pasa nada, Billy. Sólo estoy tranquilo, eso es todo, pero estoy contento. **I'm enjoying, Billy. Sure.** —recalqué en inglés, y para que viera que era cierto levanté mi vaso y brindé por él y por Annabel Lee. Sonrió y chocamos los vasos, luego besó largamente a la mujer. Cuando separó sus labios de los de ella, quedó con la cabeza inclinada y la boca entreabierta, indiferente a todo. Entonces comencé a darme cuenta de que, pese a su exterior fresco, Billy estaba realmente borracho, mucho más que en el puente; ahora era cuando el alcohol comenzaba a llenar su soledad y empezaba a olvidarse de sí mismo. Y también bebí un largo trago para olvidarme de mí mismo.

Es curioso: a medida que uno bebe los nervios van adormeciéndose, distendiéndose, hasta que llega un momento en que las percepciones se confunden con la fantasía y los recuerdos. Después, ya uno es incapaz de diferenciar la realidad inmediata o presente de la imaginaria o ficticia, incluso transita de una a otra como por una cinta de Moebius: percepciones-fantasías-recuerdos son lo mismo; todo se integra en una sola visión difusa, en un todo infinito y cerrado en sí mismo. No hay caos, sin embargo, ni desorden, sino continuidad, interpenetrabilidad y hasta mutaciones o metamorfosis de seres y cosas: una silla habla y camina, una mujer sirve para sentarse, los faroles son policías, en el cielo no hay estrellas sino calles y sembrados y la luna brilla en el pavimento. Y uno es ubicuo: soy Billy, beso a Annabel Lee, le acaricio los muslos y siento en mi boca su lengua larga y dulce; estoy en la GRUTA AZUL con Lena recostada en mi hombro y Marta me dice “mañana vienes temprano” mien-

tras la voz de Jimmy me busca en la penumbra. Ahora es la guerra. Pearl Harbor, Tobruck, Stalingrado. Los diarios informan de retiradas y de avances aliados. Trabajo en el Canal como piloto de remolcador. “Lupo —me gritan por el megáfono— dos grados a babor”. Cinco mil marinos y soldados llegan cada fin de semana a la ciudad. Es la guerra. El tío habla de los tigres, de sus perros muertos por las fieras y del viento frío que sopla todo el año en los contrafuertes de la sierra. La abuela mira la luna nueva y dice que anuncia lluvias para el mes. Lena me acaricia la pierna. Pídemle otro coñac, susurra al hombre que está con ella. No es gringo; ¿será puertorriqueño? Muchos soldados son puertorriqueños. A veces pelean con los gringos y hasta muertos ha habido en esas riñas. ¿Por qué no se quieren si todos son soldados?, pregunta una mujer. En el RITZ, en el HAPPY LAND los oficiales beben whisky y regalan billetes de diez dólares a las mujeres. Un negro imita a Bob Hope y baila en el escenario. Ahora... voz bilingüe, luces parpadeantes, batería en fortísimo ... señoras y señores, **ladies and gentlemen...** ¡SONIA! Una vedette de cuerpo prodigioso, con estrellitas plateadas en los pezones y un triángulo también plateado en el pubis, aparece sobre una tarima que semeja una roca en medio de una laguna. Está inmóvil, disecada en la luz de un reflector. Luego, sus caderas ondulan suavemente al golpe de un bongó; el movimiento se acelera gradualmente con el ritmo y finalmente su cuerpo es un torbellino de reflejos plateados; la luz la envuelve como un velo, su carne vibra, fallece y resucita en el sonido frenético. Un golpe seco la detiene y vuelve a quedar inmóvil, los brazos extendidos, las estrellitas y el triángulo desvaneciéndose en la luz que se apaga. **La diosa del lago.** Aplausos, silbidos. Es la guerra. Los soldados cantan en los bares hasta el amanecer. Recuerdo que hace dos semanas estuvo a punto de hundirnos un submarino japonés. ¿Que te cuente cómo fue, **darling?** Olvídalo mejor; tenía demasiado miedo para darme cuenta de cómo fue. Lena ríe con Billy y Annabel Lee. Contagiado, también comienzo a reír hasta las lágrimas, hasta que Lena

dice cálmate hombre, ya está bien, ya. Annabel Lee está parada desnuda sobre una mesa; lleva zapatos de tacones muy altos y empuña un látigo de seda; Billy (¿yo, quién?) está a sus pies, tendido, y la mira implorante como a una diosa terrible. Annabel Lee lo azota, lo pisa y luego se sienta a horcajadas sobre su cara; los soldados aplauden cuando el rostro vencido de Billy desaparece entre las piernas de ella. Luces blancas, luces rojas, luces verdes.

Aúllan las sirenas. OLEADAS DE BOMBARDEROS SOBRE BERLÍN. Las granadas antiaéreas motean el cielo. PROSIGUE LA OFENSIVA SOVIÉTICA EN EL FRENTE DEL ESTE. A la base de Rodman llegó ayer un crucero averiado por un kamikaze. Hierros retorcidos y chamuscados es cuanto queda de una sección de proa. Lena y Annabel Lee están en la cama. Cincuenta dólares a cada una ofreció un oficial. No, doscientos por todo, ciento cincuenta para ellas y cincuenta para mí, dijo el administrador. Está bien, aceptó Billy. Cada quien puso su cuota. Sentados en torno a la cama vemos a los cuerpos, desnudos y lustrosos por las cremas y las luces, buscarse en un excitante y vano intento de cópula. Manos y bocas se recorren lenta, mutua, febrilmente; Lena besa la garganta y los senos de Annabel Lee, ésta cierra los ojos, entreabre la boca y su mano acaricia las caderas y el vientre de Lena; ambas se sumergen en la luz negra y húmeda de sus cuerpos. Recuerdo haber visto algo parecido cuando estuve de licencia en Hong Kong. En Hawai cobran treinta dólares por ver a una mujer hacerlo con un perro. Es la guerra. Al atardecer, en calle L y calle M, las mujeres salen de los zaguanes como mariposas, entran a los bares, desaparecen en los callejones de San Miguel y el Marañón con los soldados, se detienen frente a los escaparates y miran de soslayo a los hombres que pasan. En la Zona no hay luces. Desde las 8 p.m., **lockout** general. Balboa, Clayton, Amador, Kobbé, Diablo, Paraíso son extensiones de sombra y durante el día los techos pintados de aceituna se confunden con la vegetación. En Panamá, en cambio, los techos son

rojos. En caso de ataque aéreo los pilotos sabrán que el sector rojo es una ciudad inerme. Ahora las luces siguen encendidas, por las calles caminan parejas abrazadas y los soldados cantan en los bares. En Parque Lesseps, muchachos de mirada lánguida ocupan las bancas solitarias y en la penumbra quieta de los cipreses y los higos suspiran al paso de los marineros. Algunos usan una ligera capa de maquillaje, apenas perceptible, como un rubor en sus mejillas imberbes; y todos hablan delicadamente, modulando las palabras, con gestos y sonrisas insinuantes. En ocasiones, alguno ha sido acuchillado en la alta noche por no se sabe quién y los diarios han hablado de crímenes turbios y ritos depravados. Sin embargo, pese a todo, uno siempre puede verlos allí al anochecer, en el aire de los cipreses, en la luz indecisa; a veces algún soldado o marinero se detiene, conversa con uno y luego se van los dos por un rumbo cualquiera de la sombra. Es la guerra. Billy pide, no oigo su voz pero veo su gesto, otra ronda y Annabel Lee va a poner música. Yalta,. Stalin, Roosevelt, Churchill. Sangre, sudor y lágrimas. De Gaulle entró en París; las mujeres le arrojaban flores a lo largo de los Campos Elíseos. ¿Qué ha quedado de la vesania nazi, del fulgor del Reich? Humo negro, espeso de piel y huesos, mancha los días de Auschwitz, Dachau y Bergen Belsen. Annabel Lee regresa bailando a la mesa. Sus ojos ya no son negros sino verdes y se mueven como hojas tiernas cuando parpadea. Es la guerra, mi Dios, es la guerra. Lena es Jenny. Lena-Jenny. ¿Recuerdas a Jenny, Bill? Claro, cómo no, no se ha muerto. Vivía en la casa de madera y a menudo contaba chistes. Ciertas noches se ponía un vestido blanco y un turbante morado y caminaba hasta el final de la calle, donde ya no hay luz, donde comienzan los terrenos del alemán, y era una sombra blanca en la luz negra de los montecillos, caminaba hasta debajo de un gran árbol de mango y allí había otras mujeres vestidas como ella, y hombres también, ¿cómo estaban vestidos los hombres, Jimmy?, luego formaban un corro y en el centro de todos un viejo vestido de colores invocaba a los espíritus con palabras extrañas; hay antorchas

¿o son velas? y el sonido de un bongó brota de la oscuridad, voz de los espíritus, voz radiante, voz secreta, voz de la tierra profunda, Lena-Jenny ¿cómo era, qué dice el bongó bajo el gran árbol?, voz oscura, voz de sangre, los cuerpos danzan bajo el cielo, danzan con los pies y con los ojos, danza antigua del aire, los rostros sudan y brillan en la luz de las antorchas, ¿los ves, Jimmy, observas los rostros de plata?, un gallo muere con el cuello cortado, su sangre mancha las túnicas blancas, voz del aire, voz del agua, voz del fuego, los ojos buscan en el cielo negro el signo del espíritu, ah ah ah, Lena-Jenny da vueltas en el centro del círculo con los brazos levantados, sus senos se agitan bajo el vestido como peces asustados, su carne vibra frenéticamente, abre las piernas, echa la cabeza hacia atrás, largos espasmos la recorren, ¿cómo era Lena-Jenny, cómo era?, cae al suelo, la túnica se abre y su cuerpo flota entre la luz y la sombra y el sonido del bongó entra en sus ojos y en su boca, penetra su piel, ¿ves, Billy, cómo las otras mujeres también se contorsionan, no sientes sus carnes temblorosas bajo la tela blanca, no sientes que el espíritu busca cómo entrar en ellas?, se retuerce en el suelo y el viejo vestido de colores va hacia ella y deja que la sangre del gallo caiga sobre Lena-Jenny poseída por el espíritu, después la sangre del animal también cae sobre otras mujeres penetradas por el espíritu, sus cuerpos sudados dan vueltas sobre la tierra, ¿recuerdas, Jimmy?, ocultos en el monte observamos cómo el viejo destripa al gallo y devora su corazón mientras sus manos trazan signos en las cuatro direcciones y el sonido del bongó se pierde en la noche, voz del aire, voz del agua, voz del fuego, voz de la tierra profunda, ah ah ah, el espíritu ha salido de los cuerpos exhaustos, calla el bongó, se apagan las antorchas y el silencio cubre los montecillos y el gran árbol, ah ah ah, voz del aire, voz del agua, voz del fuego, voz de la tierra profunda. Annabel Lee se sienta y Lena me pregunta si quiero bailar. Billy besa a Annabel Lee en un hombro. Lena-iguana, Lena-araña, Lena-lora, Lena-puta, ¿por qué no te sientas sobre un hormiguero? involuntariamente derramo mi bebida en

su regazo. El mesero limpia la mesa, repone el trago perdido y Lena quiere ir a secarse. No, mi boca bebe la ginebra de sus muslos. Lena-iguana, Lena-lora, Lena-Lena. Ella ríe con Billy y Annabel Lee; finalmente levanto la cabeza y también río con mi cara húmeda. En la mesa contigua, hasta entonces desocupada, veo de pronto los ojos de un escritor gringo homosexual que escribió rencorosamente sobre Panamá a un poeta paisano suyo y también homosexual. Veo su expresión triste y fastidiada. Ha estado enfermo. Fue a Darién en busca de una planta alucinógena y contrajo fiebre. Sobre la cama de su cuarto, —es un hotelucho miserable— hay **traveler checks** y una revista pornográfica. Por la ventana asoman los techos oxidados y sucios. “Debo añadir que en Panamá, lejos de correr la gran juerga, nunca he conseguido un muchacho. Siempre me pregunto cómo será un chico panameño”. Pobre tipo, probablemente no lo conoces, Billy, pensó encontrar aquí su paraíso. Su mirada triste ansía desesperadamente un poco de droga. Lena insiste en que bailemos. Todo da vueltas. El mundo es una cinta roja-verde-azul en torno nuestro.

Billy fue al baño; como pasaba el tiempo y no regresaba, fui a ver qué ocurría.

Estaba recostado a la pared, junto al lavamanos, intensamente pálido y con los ojos cerrados. Había vomitado y parecía estar muy mal. Regresé a la mesa y pregunté a las mujeres si tenían amoníaco. Lena trajo una bolsita y les expliqué que no era nada serio; simplemente, Billy estaba muy borracho. Volví al baño, le apliqué el amoníaco en la nariz y le dije que aspirara fuerte. Tras algunos minutos recobró parcialmente la lucidez y se echó agua en la nuca. Volvimos a la mesa y Annabel Lee le acarició riéndose la cabeza a Billy.

—Pareces un pollo mojado —decía. Él sonreía aunque sus ojos continuaban velados por una especie de niebla.

Los ocupantes de las otras mesas habían subido con las mujeres y ya los únicos clientes visibles éramos nosotros. Las muchachas desocupadas seguían en la barra o en las mesas, fuma-

ban distraídamente y algunas conversaban. Del exterior llegaba de vez en cuando ruido de automóviles. Lena pidió monedas para la música y cuando regresó del jukebox dijo que bailáramos, pero rehusé.

—Mejor toma coñac —dije—. Ya no tengo ganas de bailar. ¿Tú quieres bailar, Billy? Baila con Lena.

Billy movió negativamente la cabeza. Su cabello rubio mojado carecía de brillo y Annabel Lee se lo alisaba con la mano.

—Entonces, ¿quieres que subamos? —me preguntó Lena en un susurro. Asentí en silencio.

—Pero primero acabemos esto —bebí un trago y rodeé su cintura con un brazo. Ella volvió a poner su cabeza en mi hombro—. Realmente me gustas mucho, Lena —dije en su oído—. Mucho.

Me apretó la mano con que la rodeaba y se restregó contra mi mejilla, después me miró y sacó la punta de la lengua mientras guiñaba un ojo. En alguna parte de mi memoria guardaba un gesto similar. ¿Quién la hacía? ¿Cuándo? Sentí su mano tibia en mi muslo, cerca de la ingle. Terminó el trago y le di diez dólares para que pagara. Era regla de la casa que debía pagarse antes de subir. Billy me interrogó con la mirada al levantarse Lena para ir a la caja.

—Voy a subir con Lena —dije.

Comprendió y le dio dinero a Annabel Lee. Ella siguió acariciándole la cabeza un momento antes de ir a pagar. Lena agitó una llave cerca de la barra y me indicó que la siguiera.

—Vamos, Billy —dije.

Annabel Lee estaba ahora junto a Lena, al comienzo de la escalera, también con una llave en la mano. Llegamos hasta ellas y subimos abrazados, Billy con Annabel Lee en primer término. Los pasillos eran angostos y Billy rozaba las paredes mientras avanzaba con paso inseguro. Annabel Lee hizo un pícaro gesto de adiós en tanto cerraba la puerta de su cuarto.

—Que se diviertan —dijo—. Y nada de gritos.



Lena me llevó hasta la cama, me tendí boca arriba y el mundo me cayó encima. El cuarto comenzó a dar vueltas y el rostro de Lena giraba en el centro de la habitación; oía su voz cada vez más lejana y comprendí que estaba realmente borracho. Luego Lena desapareció y sólo el cuarto daba vueltas, giraba conmigo hacia un abismo sin fin. Cerré los ojos pero de nada sirvió: todo seguía dando vueltas y cayendo. Entonces me abandoné al vértigo hasta que un golpe de amoníaco me hizo abrir los ojos. El rostro de Lena estaba nuevamente junto al mío. A lo lejos oía voces y risas. Aspiré varias veces el amoníaco, recobré claridad en la visión y paulatinamente el cuarto dejó de girar. Fui al lavamanos y abrí la llave sobre mi cabeza. Lena me ayudó a secarme con una toalla y, ya de nuevo en la cama, me quitó los zapatos y la ropa y trató de excitarme, pero mi cuerpo no reaccionaba; era una madeja deshecha que sólo anhelaba la somnolencia. Lena se colocó encima y rodamos y dimos vueltas: me daba palmadas en la cara, me hacía cosquillas, me mordía las orejas... finalmente los nervios alestargados comenzaron a responder. Sin embargo, no estaba realmente excitado. No obstante estar desnudos, no sentía su cuerpo tan próximo ni tan enervante como cuando bailábamos; mi cerebro embotado apenas percibía los estímulos y lo que antes había sido senos y muslo ahora era simple piel pegada a la mía. Pese a todo, la madrugada acabó cubriéndose de sudor y, en la humedad de la sábana arrugada, en los murmullos de voces y en los ruidos que entraban por la ventana, reencontré el vientre cálido de Lena y un estremecimiento intenso y largo me devolvió a la vida.



## CIELO ABIERTO AZUL HIRIENTE

Colinas pardas cerros plumizos y hacia el sur el mar  
La vegetación reseca agoniza en el mediodía  
La brisa del norte sopla constantemente, la hierba y los montes  
    ondulan a su paso y en los senderos perdidos hombres y  
    animales caminan hacia los pueblos o hacia el agua  
La tierra agrietada y oscura es una piel de buey extendida entre  
    la sierra y el mar con estrías largas y sinuosas —cauces aho-  
    ra secos por el verano, torrenciales en invierno— y en algu-  
    nos puntos hay casas con paredes de varas y techos de paja  
    solitarias sin humo ni gente en los alrededores y entre los  
    montecillos de chumicos y arbustos espinosos aves y ani-  
    males esperan adormecidos que pase el calor  
En los llanos mortecinos esas chozas abandonadas evocan ver-  
    des días de risas, siembras, cosechas, aguaceros y viajes al  
    pueblo  
Ahora, sin embargo, sólo existen la brisa, día y noche la brisa, y  
    el calor que calcina la soledad  
Nereida, ¿ya le diste de comer a los pollos?  
Sí, mamá  
El viejo recuerda en el calor la voz, el paso alegre de la hija que  
    traía agua del manantial ahora seco, ahora sólo piedras  
    quemantes, polvo y arena; recuerda sus risas en la cocina  
    con la madre, Romelia, muerta hará tres años el mes en-  
    trante, Señor que en paz descanse, mientras él volvía del  
    arrozal con la fatiga del día en los huesos pero feliz viendo

el vuelo de los gallinazos y el crepúsculo dorado en las cimas de los cerros. Nereida. ¿Seis o siete años hace que se fue con aquel hombre que vendía géneros de pueblo en pueblo? ¿Por qué no habrá vuelto ni escrito nunca? Cuando Romelia iba a morir la llamaba. Era octubre y llovía mucho. Su hermana Eufemia estaba aquí, a veces también venía la mujer de Fabriciano, pero ella, pálida en la luz ceniza, apagada su voz por la agonía, sólo repetía Nereida hija, hija. Yo la escuchaba en el portal sin saber qué hacer o decir, pidiéndole a Dios, si hay Dios, el regreso de la hija para que la madre pudiera morir en paz, sin la pena de no haberla visto desde esa noche anterior a la madrugada en que se fue con el hombre de las telas. El cura dice que la fe hace los milagros y yo pedía con toda mi fe desesperada, Señor, que venga, aunque sea en el sueño que la vea. Pero no vino ni la vio en sueños porque siguió preguntando por ella hasta el último momento, hasta que dijo quiero agua y Eufemia le acercó un pocillo a los labios. Llovió toda esa semana y cuando por fin escampó Romelia se fue con la lluvia. Entonces quedé solo de nuevo, como si nunca hubieran existido ellas, mujer e hija mías, únicamente con el recuerdo de las dos dando vueltas por los rincones de la casa. La Semana Santa siguiente estuve en el pueblo y el hijo de don Porfirio, ése que maneja un camión, me dijo que había visto a Nereida en la capital, que trabaja con los gringos, que está bien. Quiera Dios que así sea, me dije. Y cuando fui a limpiar la tumba de Romelia le di con el pensamiento la noticia. Ella está bien, decía mientras arrancaba las hierbas de junto a la cruz, ella está bien, Romelia, no vino a vernos porque no pudo, dicen que trabaja con los gringos, debe ser feliz nuestra Nereida. No te preocupes, pues, por ella, no vino porque no pudo pero algún día vendrá, vive con los gringos y está bien

Un gavilán vuela muy alto hacia el este

ESTACIÓN DE NAVEGANTES

El mugido de una vaca va de loma en loma como un eco de muerte

Cielo azul desnudo

Campos secos de Coclé

La brisa forma remolinos en la tierra árida y los borrigueros  
buscan sombra debajo de las piedras

Casas abandonadas, montes muertos, caminos de piedra y polvo

Los hombres han huido

En algún lugar, en Bayano o en Darién, hay tierras sin sequía y  
ríos de aguas azules

En el portal el viejo piensa y mira la lejanía

Ni una nube entre la sierra y el mar

Sólo la brisa y el sol en la tierra calcinada.



**L**ENA Y ANNABEL LEE NOS DESPIDIERON en la puerta y salimos a la calle. De los árboles seguía cayendo agua cuando el viento movía las hojas, y el pavimento continuaba mojado. Me sentía cansado y le propuse a Billy que tomáramos un taxi.

—No —dijo— mejor esperamos un bus. Así hacemos tiempo. Todavía no tengo ganas de volver a la base.

Abordamos un bus. Fuera del chofer sólo lo ocupaba una pareja semidormida en uno de los últimos asientos. Nos sentamos en los puestos delanteros y pregunté al conductor si aún estarían abiertos los bares de calle K.

—Supongo que sí —respondió—. Algunos no cierran nunca. EL MOULIN ROUGE abre día y noche.

El vehículo corría a cincuenta millas por la vía solitaria y el aire de la madrugada entraba zumbando por las ventanillas. Aún faltaba mucho para que amaneciera pero ya comenzaba a olerse la proximidad del día. Era un olor a fósforo y a luz de mar, a palmeras, langostas y velas desplegadas, en la bahía.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió el chofer.

Le pasé el paquete y tomó dos.

—Para más tarde —aclaró sonriente mientras se ponía uno en la oreja y me devolvía el paquete.

En la entrada de San Francisco la pareja pidió parada. La mujer, de amplias caderas y busto prominente, caminaba con paso vacilante, apoyada en su compañero. Reanudamos la mar-

cha frente a casas dormidas, calles desiertas y árboles quietos, oscurecidos por el agua de lluvia. De vez en cuando pasaba un auto en sentido contrario. Billy miraba al frente, abstraído o adormilado. En los grandes hoteles de vía España había habitaciones con las luces encendidas y mujeres y turistas salían de los cabarets cercanos. Sobre los altos edificios de Bella Vista y La Cresta titilaban lucecitas rojas, también sobre la torre de la iglesia de Don Bosco; a lo lejos, en la cima del Ancón, luces parecidas horadaban la oscuridad. En Calidonia, escasos transeúntes iban por las aceras con paso lento o ebrio y en un zagúan una pareja discutía y gesticulaba. Era la madrugada, la hora más quieta de la ciudad, cuando la fatiga y el sueño dejan las calles desiertas.

En el bus ninguno hablaba. A derecha e izquierda, anuncios comerciales y rótulos de almacenes, llamativos y multicolores, se encendían y se apagaban intermitentemente.

—Aquí nos dejas, hermano —dije al chofer—. Baja, Billy.

Era la intersección de calle Estudiante y calle K. Esta también era zona de bares y mujeres. En una época había sido el área preferida por turistas, marineros y soldados. Era el período de la guerra, cuando los dólares circulaban en cantidades increíbles y se podía ganarlos fácilmente en la Zona o en cualquier parte. Entonces una mujer de calle K sacaba hasta cien o más dólares en una noche; ahora en cambio, calle K —bares y mujeres— sólo era un remedo deslustrado de esa época dorada. Los bares no habían sido pintados en mucho tiempo y las mujeres también mostraban los estragos de los años y ese aire extraño de la desventura. Era realidad, calle K había dejado de ser zona de mujeres; todavía podía considerarse área de bares, pero no de mujeres. No faltaban algunas, como igualmente las había en las cantinuchas del mercado, del Marañón y en otras partes de la ciudad, pero no era como había sido antes o como era ahora Río Abajo, donde las mujeres eran parte del aire toda la noche y todo el día.



EL HAWAI y otros dos bares estaban abiertos pero entramos al MOULIN ROUGE. Tres soldados negros bebían en la barra acompañados por dos mujeres de apariencia marchita. Buscamos una mesa y mientras nos servían le pregunté a Billy cómo se sentía. Yo estaba cansado. ¿No le pasaba lo mismo a él?

—No —dijo—. Estoy bien. Bien. Ya no me siento tan borracho.

Lo observé atentamente y, sí, ciertamente se veía más lúcido, aunque otra vez estaba en su rostro la máscara de hastío que había mostrado toda la tarde y gran parte de la noche. Nuevamente era Billy derrotado o desencantado que había hablado de Vietnam y de Filadelfia con angustia. Bebí un trago en silencio sin paladearlo, porque ya no tenía ganas de beber sino de irme. En la barra, los soldados jugaban cubilete, discutían de béisbol y reían con las mujeres. El bar carecía de aire acondicionado y un ventilador de aspas giraba fatigosamente encima de nosotros. Iban a ser la cinco de la mañana y el cansancio comenzaba a llegarme a los huesos.

—Bueno, Billy —dije cuando tuve el trago casi a la mitad— creo que es hora de que nos vayamos a dormir.

No dijo nada, bebió y encendió un cigarrillo. Llamé al mesero y pagué. Seguimos sin hablar, rodeados por las risas de las mujeres y de los soldados en la barra y por el ruido del ventilador, que era un moscardón monstruoso encima de nosotros. Después de un rato dejé el trago sin terminar y me levanté. Billy también se incorporó. En la calle me estrechó la mano.

—Nos vemos, amigo —dijo cansadamente y caminó hacia la avenida Central, en busca de un taxi que lo llevara a la Zona.

Lo vi alejarse con paso lento hasta que dobló la esquina y entre ambos no quedó sino el sonido de sus pasos apagándose. Luego también busqué un taxi en las calles solitarias. Después de todo, pensé mientras esperaba frente a un almacén, debajo de un enorme anuncio luminoso, la jornada había resultado mucho mejor de lo que había pensado al principio. Era un buen

DIMAS LIDIO PITY

tipo Billy Jones. Seguramente no volveríamos a encontrarnos nunca, pero era buen tipo. Subí al taxi. Sí, no había ninguna duda, era un buen tipo. Di la dirección al chofer y cerré los ojos.

**S**ÓLO HAY UN CLIENTE EN EL MOROCO y Charlie está al teléfono, cuando entro con el diario doblado y ocupo un puesto en la barra. Veo su ancha espalda, su camisa blanca-violeta y su grueso cuello oscuro rematado por una espesa masa de cabello ensortijado. El cliente está en el otro extremo de la barra ovalada y su pelo canoso brilla con reflejos grisáceos cuando mueve la cabeza. Charlie cuelga el teléfono y pone un cenicero delante del hombre. Luego, al darse vuelta, me ve y su sonrisa de labios abultados y dientes blanquísimos se abre como un abanico y camina hacia mí.

—Vaya, buena la cogiste, hombre —dice mientras me palmea el hombro—. ¿Vienes a curártela?

—No, ya me la curé —digo—. Vengo a verte.

Su sonrisa se esfuma y pregunta serio, el ceño arrugado:

—¿Te pasa algo?

—No. Ganas de verte. Sólo eso.

Pasa un trapo sobre una mancha húmeda que oscurece la madera de la barra. Sigo el movimiento de su mano hasta que la humedad desaparece.

—¿Te acuerdas del gringo que estaba conmigo ayer? —pregunto de pronto.

—Claro, cómo no lo voy a recordar, hombre, si estuvieron aquí toda la tarde y gran parte de la noche. ¿Qué pasa con él?

Guarda el trapo en alguna parte bajo el mostrador y todo su rostro es una interrogación.

—Está muerto, Charlie. Se mató. Mira el periódico.

Lo extiendo sobre la barra y Charlie busca en la luz violeta la información y el cuerpo bajo la manta del hombre que nada más unas horas antes le pedía **gin and tonic** con voz opaca y mirada de hastío.

—Se llamaba Billy Jones —digo por decir algo mientras comienza a leer—. Estaba de regreso de Vietnam.

Charlie termina de leer, dobla el periódico y me lo devuelve. Antes de que pueda decir algo suena el teléfono.

(“Sí, el Moroco. Sí, Charlie. No, no ha venido por aquí hoy. Cómo no, se lo diré si viene. De nada. Para servirle, señora”.)

—Así que se tiró del puente —dice, de nuevo junto a mí— Nadie hubiera pensado que se iba a matar. Cuando salió contigo iba borracho pero nada más. ¿Qué le pasaría?

—Quién sabe, Charlie. Nadie sabe en verdad por qué se mata la gente.

El hombre canoso pide otro **rum and cock** y Charlie va a llevárselo, luego echa el vaso vacío en una piletta con agua caliente. En tanto se seca las manos con un trapo, veo en su cara la misma perplejidad que yo experimenté al ver la fotografía de Billy bajo la manta. Seguramente Charlie no siente la muerte de ese hombre, uno de los tantos que cada día llegan al bar —y tal vez en el fondo yo tampoco la siento— pero, como a mí, no deja por lo menos de sorprenderlo. La expresión de su rostro así lo indica. ¿Cómo es que ha muerto ese muchacho? Pero si nada más ayer estaba en esa mesa contigo y lo veía hablar y comer o quedarse callado. Bueno, parece sentenciar finalmente una arruga más profunda en su ceño fruncido: con la gente todo es posible: uno nunca sabe a qué atenerse con ella.

—Dame algo de beber, Charlie —pido de pronto.

Arquea las cejas y estira los labios.

—Cualquier cosa.

—Para que acabes de curártela, nada como esto —dice y me pone delante un trago de ron añejo de Jamaica.

Charlie es descendiente de jamaicanos y recuerdo haberle oído alguna vez que su abuelo acostumbraba beberse diariamente una botella de ron añejo. El anciano decía que el ron lo conservaba saludable. Era un viejo portentoso, de casi dos metros, al que ni los años ni la muerte pudieron encoger. Un camión cisterna lo atropelló cuando tenía noventa y cuatro años, y Charlie recordaba que el anciano seguía siendo colosal mientras agonizaba sobre el pavimento. Sólo su rostro, surcado por arrugas profundas, y la cabeza de algodón revelaban la edad; y, allí en la calle, la sangre que manaba de su cráneo fracturado era el único signo de la muerte. Charlie hablaba de eso cuando estaba borracho. Parecía sumamente orgulloso de ese abuelo enorme que había venido de Jamaica como peón para las obras del Canal y había sobrevivido a la fiebre amarilla, a los derrumbes, a la mordedura de una víbora y a la brutalidad de los capataces, con una vitalidad que nadie comprendió nunca de dónde había sacado.

Tomo el vasito de ron y lo levanto en un brindis mudo, luego lo vació de un trago y dejo que el líquido me queme lentamente la garganta. Le pido a Charlie agua con hielo y en tanto la busca miro hacia la mesa que Billy y yo ocupamos el día anterior. Y de súbito ya no es la noche del domingo, sino la del sábado temprano y Billy todavía no está muy borracho y habla de Nueva York y de sus padres y de lo que ha vivido en los últimos años. Es sábado y lo escucho mientras Charlie se afana detrás de la barra y afuera continúa la lluvia.



## CRÓNICA

1823

La frase de James Monroe, dicha un día de lenta lluvia, resonó ominosamente en Europa —hubo reuniones en varias capitales— y en América Latina provocó inquietud. En las décadas siguientes, la ARMY NAVY frecuentó las rutas de Morgan y de Drake, disparó sus cañones en la noche y los buques grises amedrentaron a los peces y a los hombres de todo un continente. Inglaterra firmó el tratado Clyton-Bulwer y Colombia el Mallarino-Bidlack. Basado en éstos, el tío Sam velaba el sueño de los pueblos del Istmo y la gente salía de las casas en las noches de luna para ver los poderosos navíos de hierro en el horizonte iluminado. Si alguien olvidaba o ignoraba la presencia de los barcos, unas cuantas salvas de artillería o el desembarco de una compañía de **marines** bastaban para recordarle que el tío Sam era el custodio de las riquezas y las vidas del continente. Alguna vez, en la cubierta de la nave insignia, concluido el servicio religioso, el jefe de la flota explicaba a sus huestes que debían aceptar pacientemente cualquier sacrificio impuesto por la misión, porque habían venido a estas tierras inhóspitas y salvajes, habitadas por gente primitiva, en cumplimiento de lo dicho por un gran presidente. Por eso estaban aquí, para evitar que otra potencia saqueara el cobre, la plata o el petróleo de estos países atrasados y débiles. Era sabido que la pérfida Albión pretendía abrir un Canal en algún punto de este territorio para comunicar los océanos, implantar su hegemonía en el hemisferio y ejercer el control marítimo del mundo. Eso no po-

DIMAS LIDIO PITY

día permitirse y ellos estaban aquí para impedirlo. Había, pues, que estar dispuestos a morir, si era preciso, para que fuera realidad el postulado de ese gran presidente.

“¡AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS!”



**L**OS JONES DABAN CLASES CINCO DÍAS a la semana, luego el sábado el profesor se encerraba en su estudio a leer a Shakespeare, a Longfellow o a Emerson, de los cuales era devoto y por quienes sentía una veneración rayana en la idolatría. Pasaba el día entre libros y en la tarde recibía la visita de otros maestros y bebían cerveza y conversaban de los problemas de la escuela. A veces el señor Jones bebía más de lo debido y su cara se ponía roja y recitaba trozos del **Rey Lear** o de **Macbeth** con voz entusiasta y monótona. Eso era en el jardín, junto a los rosales que la señora Jones había plantado años antes, cuando se mudaron a esa casa de cinco habitaciones tras de haber sufrido incomodidades en un departamento del centro. En ocasiones la grave voz del profesor degeneraba en un murmullo ininteligible y ya nadie sabía si recitaba un fragmento de **Hamlet** o **Mi corazón está en los bosques**, de Burns, porque también tenía en mucho aprecio a los lakistas y a los poetas tempranos del romanticismo británico. Si yo escribiera, decía cuando aún no había bebido demasiado, si yo escribiera alguna vez resucitaría el espíritu romántico. Algún maestro de gafas parpadeaba detrás de los cristales empañados y asentía con la cabeza, condescendiente, acaso convencido de que el buen Jones jamás escribiría nada que no fueran los informes de fin de curso. Más tarde, cuando ya era imposible conversar o siquiera entender lo recitado por el profesor Jones, los visitantes se despedían de la señora Jones, que sólo bebía un vaso de cerveza “para no

desentonar”, y ella los acompañaba hasta la puerta de la calle. El profesor, indiferente a la marcha de los amigos y a la noche que caía, continuaba recitando junto a los rosales, rodeado de latas de cerveza vacías, roja la cara y su mirada celeste perdida en el infinito. Al día siguiente se levantaba temprano y maldecía la bebida. Era intolerable ese dolor de cabeza. Con aire contrito iba al jardín, recogía los botes de cerveza y los echaba en la basura. Después le decía a su esposa, su buena Bette, que le preparaba un desayuno ligero; y mientras ella afanaba en la cocina él se sentaba en el sol matinal a leer el periódico.

A las nueve, la señora Jones le preguntaba cuándo pensaba arreglarse para ir a la iglesia. Ya el niño y ella estaban listos; ¿era que no pensaba ir hoy?. El profesor se incorporaba desganadamente de la **chase longue** donde fumaba su pipa de maíz y con metódica calma se ponía un traje oscuro, una corbata discreta y se pasaba el cepillo por su cabello ralo y ligeramente canoso. Cuando finalmente estaba dispuesto, salía al porche y decían “listo, Bette”. Ella tornaba su libro de salmos, llamaba a Billy y los Jones salían al sol de las diez y caminaban hacia la iglesia, a tres cuerdas de distancia.

A veces el niño iba en medio de ellos, otras los seguía, pero no parecían advertirlo porque estaban más atentos a saludar a las personas que encontraban que a prestarle atención a los afanes del chico.

En el trayecto, el profesor tenía un gesto risueño y sonreía, como si la caminata y el sol le disiparan el dolor de cabeza. Pero cuando llegaban frente a la iglesia, rodeada de césped y árboles, y veía al pastor parado junto a la entrada, dándole la bienvenida a su rebaño, apretaba las mandíbulas y murmuraba algo en tanto saludaba con una inclinación de cabeza al religioso, quien le decía a la señora Jones “pasen, pasen”, con una sonrisa de fariseo que el profesor tan bien conocía. En el interior del templo, el señor Jones mantenía el ceño duro hasta que entonaban los salmos. Entonces volvía a ponerse risueño y su grave voz se sumaba a las

otras con entusiasmo. Era lo único que le gustaba del servicio, pues el sermón le parecía infame demagogia y aseguraba, cuando no estaba presente la señora Jones, que ese pastor era un atorrante y un infeliz que explotaba la fe del prójimo. Luego, en tanto las notas de **Oh Señor tu camino es la luz** salían del templo a la mañana luminosa, la señora Jones miraba dulcemente al profesor y al concluir el himno le apretaba cariñosamente la mano; también acariciaba la cabeza del niño, que a su lado seguía los cantos y las palabras del pastor con indiferencia angelical, pues para él nada de eso tenía sentido y lo único que le agradaba de la iglesia era la frescura de su interior, ese aire reposado que hacía olvidar el calor de afuera. Al salir, la señora Jones irradiaba satisfacción y su rostro era un arrebol; por su lado, el profesor tomaba al niño de la mano y buscaba la puerta con el ánimo estoico de quien ha satisfecho una desagradable necesidad fisiológica. Después, en el atrio, dejaba que el chico conversara con otros párvulos mientras él y su buena Bette saludaban a los Jameson, a los Laird, a los Holliday y a otros que también habían buscado la palabra de Dios.

Otras veces el profesor recordaba los años de guerra y lamentaba no haber obtenido una condecoración en los frentes del Pacífico o en Europa; deploraba haber estado en ambos teatros de lucha y no haber traído nada. En verdad, no había sido culpa suya si no había tenido oportunidad de ser un héroe, pero estaba seguro de que la buena Bette habría disfrutado mucho si él hubiera regresado con una medalla; eso habría completado su felicidad de haber quedado encinta apenas él volvió de la guerra. Recordaba cómo su cintura fue poniéndose más y más gruesa y su cabello rubio más brillante y en sus ojos había una expresión indefinible, un brillo nuevo que la hacía más hermosa, mucho más que cuando la había conocido en una reunión escolar. Ella nunca le había reprochado que no hubiera sido un héroe; claro, era demasiado delicada para hacer eso, pero advertía en ella cierta envidia por un lado y desilusión por otro cuando hablaba de una amiga suya, cuyo marido había vuelto con la medalla de Servicios Distinguidos.

Era sobre todo por eso que lamentaba no haber sido un héroe, porque la buena Bette no podía contar a sus amigas que él, Jones, había recibido un premio a su valor.

Algunas veces hubiera querido volver a ser joven, hubiera querido volver a vivir totalmente su vida para aprovechar las oportunidades de convertirse en héroe, para dejar de ser maestro de literatura y pasarse, en cambio, los días sentado en el porche con un vaso de whisky y la buena Bette a su lado mientras los vecinos saludan respetuosamente al capitán o al coronel Jones que regresó de la guerra convertido en leyenda y que se pasa los días mirando a los transeúntes desde la altura de su heroísmo, junto a la encantadora y dulce Bette, quien cultiva los mejores rosales del vecindario. Si volviera a vivir, aprovecharía las circunstancias, como hicieron otros. Como hizo aquel que barrió con un lanzallamas al grupo de soldados japoneses que salió de un blocao con las manos en alto tras haber agotado sus municiones. Ése recibió una mención de honor y una medalla por haber destruido “sin ayuda y con gran riesgo para su vida” un bastión enemigo defendido por quince hombres. No obstante, él, Jones, había visto que los japoneses abandonaron el fortín sin armas; sin embargo, aquel hombre era un héroe y él sólo un testigo lleno de remordimientos. Sí, tal vez si viviera de nuevo haría las cosas de otro modo. Porque si hubiera sido un héroe ahora no tendría que hablar de Longfellow y Shakespeare a mozalbetes distraídos o estúpidos que preferían pasarse horas oyendo a Elvis Presley o a Harry Belafonte, fumando marihuana o masturbándose en grupo. Era horrible pasarse cinco días a la semana rodeado por esa fauna insensible y degenerada. Algunas veces entraba a fumar al salón de profesores y maldecía en silencio el hallarse allí, con **Hamlet** bajo el brazo, entre gritos y miradas mortecinas de adolescentes drogadictos. Era un suplicio todo eso, cuando bien podría haber estado (era otoño) en algún sitio tranquilo, acaso en la orilla de un lago, viendo caer las hojas o diciéndole a Bette: mira Bette cómo los rayos del sol atraviesan el follaje y se pierden en el

agua. Era horrible. Sin embargo, ya no había posibilidades de ser un héroe; ya sólo le restaba esperar la jubilación y ahorrar para comprarse una casita en un paraje tranquilo, donde pudiera leer apaciblemente y donde Bette pudiera cultivar sus rosas. Bueno, pero si había guerra cuando el chico creciera, tal vez Bette tuviera oportunidad de poner una o dos medallas en una vitrina y hablarles a los visitantes del héroe de la casa, y quizás él mismo hablara con orgullo de ese niño que ahora correteaba por la casa y el jardín con plumas de indio en la cabeza y un tomahawk en la mano.

Billy recordaba que en ocasiones el profesor lo llamaba al estudio y le hablaba de la guerra en el Pacífico o en el frente de Italia y salpicaba sus relatos con citas de los clásicos. Entre otras, contaba la historia de un soldado medroso que había vencido al miedo. Afirmaba haberlo conocido en Okinawa o en las Gilbert; Billy no recordaba claramente dónde había sido, pero era un lugar del Pacífico. Después, sin embargo, cuando tuvo que leer a Stephen Crane, descubrió que el soldado citado por su padre era el protagonista de **La roja insignia del valor**. Entonces se preguntó si la participación del profesor en la guerra no sería también una mentira. No obstante, nunca se atrevió a mencionarle el asunto.

Entran una mujer y un hombre y Charlie los atiende. En la luz violeta veo la mirada resignada de ella y la impaciencia contenida del hombre. Es lo de siempre. Me desentiendo de ellos y vuelvo a pensar en lo dicho por Billy.

Con el tiempo descubrió que la historia del soldado no era la única mentira del profesor Jones. Su exterior severo y respetable encubría realmente una serie de inexactitudes y escamoteos, de ilusiones y sueños herrumbrados, todo lo cual formaba el gran equívoco que era su vida. También la afición de su madre por las rosas tenía un origen espurio. En realidad las cultivaba para olvidarse de sí misma y de ellos. Porque en el fondo no amaba al profesor ni a ese chico que la había obligado a casarse

apresurada y clandestinamente una calurosa tarde de junio.

Porque lo cierto era que ella había sido amiga, sólo amiga de Jones antes de que él se fuera a la guerra; y fue en calidad de tal que le escribió cartas dándole ánimo y recordándole que en la patria estaban orgullosos de los que defendían la libertad y la democracia en esas islas salvajes del Pacífico o en esos países degenerados de Europa. Le hablaba de las actividades realizadas por los clubes de muchachas para colectar dinero y enviar regalos a los soldados; le hablaba del entusiasmo y embeleso con que los estudiantes escuchaban las historias de los maestros sobre la guerra y sobre el extraordinario papel que su país desempeñaba en la contienda. De todo eso le escribía. Y a veces, cuando estaba de buen ánimo, respondía con afecto a las frases cariñosas que Jones deslizaba en sus cartas. Luego vino la paz y Jones regresó una mañana de mayo trayéndole un perfume francés y otros regalos.

Esa noche fueron a bailar y Jones le habló apasionada y tristemente de la guerra, de la soledad y el miedo de las noches en el frente, bajo la lluvia y los cañonazos enemigos, cuando en el lodo de las trincheras él, pobre y triste Jones, pensaba en las palabras escritas por ella y recordaba su voz y sus ojos y sentía temor de morir allí, destrozado por una granada de mortero o de cañón, sin haber vuelto a verla, sin haber visto de nuevo su cabello dorado, sin haberla oído reír como ahora reía. Ella se sintió el centro del mundo oyéndolo y dejó que la besara y murmurara en su oído Bette Bette querida y después fueron a ese lugar con pinos altísimos donde las parejas miran la luna y se olvidan de todo y allí Jones volvió a besarla hasta que ella sintió que todo su cuerpo era una llama, una llama que iluminaba el regreso del soldado. Y allí, entre los altos pinos y la luna, Jones depositó en ella, en su cuerpo encendido, la alegría del retorno y las miserias de la guerra.

Después, en muchas otras ocasiones, Jones murmuró en su oído Bette Bette querida y ella se acostumbró a sentirlo dentro

de sí como una fuerza que inyectaba en sus venas felicidad y ganas de vivir. Pero luego, cuando le dijo a Jones que estaba encinta, éste puso mala cara, pretextó un viaje a Nueva York y pasó más de un mes sin que volviera o tuviera noticias de él. A ella la atormentaban pesadillas horribles y despertaba sudorosa y agitada, con la sensación de que una alimaña monstruosa crecía en su vientre y le devoraba las entrañas. Entonces un día fue a Nueva York, buscó a Jones hasta encontrarlo y lo obligó a volver y se casaron la misma tarde del regreso en la oficina de un juez borracho, ante dos desconocidos que aceptaron ser testigos.

Luego fueron los meses de embarazo, largos y duros, con Jones gestionando su antigua plaza de maestro. Ella lo veía taciturno cuando regresaba de la escuela maldiciendo a la burocracia, que tardaba tanto en arreglarle su asunto. Muchos días estaba intratable y, en las noches lo sentía frío y distante y cuando ella buscaba el calor de su cuerpo, él se daba vuelta en la cama y se dormía. Ella lloraba durante horas, hasta que la fatiga la amodorraba. Cuando se levantaba para ir a la escuela, él seguía dormido; entonces ella odiaba ese cuerpo extendido bajo las sábanas, indiferente a todo, como un cadáver o un leño abandonado a la luz matinal.

Nació el chico y ella creyó ver en su mirada celeste sus propios ojos. Ese parecido, sin embargo, no era bastante para complacerla. Sentía que entre ambos siempre se interpondrían el desapego del padre, el terror de las pesadillas y la amorfa, indescriptible imagen del monstruo que le devoraba las entrañas. Jones había vuelto a su cátedra y se mostraba menos distante, tal si se hubiera resignado desganadamente a aceptar una situación que no había deseado pero que la vida le imponía. Ella, entre tanto, había cambiado. Ahora no experimentaba ese inefable ardor que había sentido entre los pinos cuando él, dos veces por semana, decía Bette Bette querida en la oscuridad de la recámara y la palpaba con manos ansiosas; simplemente no podía corresponderle, algo se había perdido; por eso nada más se sometía y dejaba que él la

usara como un objeto. Tampoco él tenía ya ese encanto triste, esa aureola de angustia que había traído del frente y que despertaba ternura y simpatía. Ahora sólo hablaba de libros y a menudo deploraba que ella no compartiera el interés de él por Shakespeare o Longfellow.

Entonces, una tarde del verano siguiente, mientras ella corregía pruebas de la escuela, Margaret, su única hermana, vino a visitarla y le trajo dos rosales japoneses. Los plantó frente a la casa y comenzó a interesarse en las rosas: compró libros, se suscribió a revistas especializadas, investigó en la biblioteca, ingreso a un club de floricultura y descubrió que las flores eran criaturas maravillosas, capaces de retribuir el afecto que se les dispense. Después conoció al pastor en casa de una colega, se hicieron amigos y adquirió la costumbre de llevarle un ramo de rosas una vez a la semana y pasar dos o tres horas con él, hablando de los problemas de la escuela, de la vida y de lo difícil que resulta para un hombre o una mujer perseverar en la senda correcta y lograr la salvación. El pastor era su refugio; con él olvidaba sus insatisfacciones y desdichas. A veces, cuando regresaba a la casa pensaba que en las flores y en él encontraba el estímulo necesario para seguir viviendo. ¿Qué sería de ella si no tuviera sus rosales ni pudiera conversar con el pastor?



**A** LOS TRECE AÑOS NADIE SABE, POR MÁS que imagine o fantasee, por más que se empeñe en interrogar al futuro, qué será de su vida cuando tenga veinticinco o más. Esa tarde de fines de abril, muy soleada y con algo de brisa en el aire, mi tío y yo ayudábamos a subir cosas al camión estacionado frente a la puerta del departamento. Dejábamos la vieja casa de madera para mudarnos a San Felipe, el añoso barrio junto al mar. La casa donde viviríamos quedaba cerca de la catedral y desde el balcón se podía ver el mar y los barcos que atracaban en el muelle del mercado cargados de madera y plátanos del Darién. La mañana anterior había ido a conocerla y a limpiarla con mi tío y me había impresionado mucho tener la bahía tan próxima, casi metiéndose la luz y el azul del agua por las ventanas. Ahora, mientras sacaba cajas, ropas y muebles, me preguntaba cómo iría a ser la vida en el nuevo barrio y una vaga congoja se mezclaba en mi interior con la emoción de la mudanza. Allá no estaría Marta, ni jugaría béisbol, ni podría ir a buscar mangos con Jimmy, ni habría un Lupo que me pagara dos dólares a la semana. Tendría que adaptarme al paisaje de pizarra de los techos, a la ausencia de terrenos baldíos y de montecillos donde uno podía divertirse con caminatas y exploraciones; tendría que acostumbrarme al olor y la presencia del mar.

En verdad, me afligía dejar la casa de madera. Desde sus escaleras y pasillos había comenzado a conocer la ciudad y, en cierto modo, la vida; en ella, en esa casa de dos plantas con once cuartos y departamentos, quedaban los restos de mi infancia y mis pri-

meras vivencias de hombre. La mudanza a San Felipe, a ese departamento de un segundo piso, cuyo balcón de hierro forjado se asomaba al mar, sería un nuevo comienzo, parecido a cuando había venido de la casa de los abuelos, suspendida en la placidez de los llanos y la luz de los cerros, a Río Abajo, a este viejo cascarón donde los recuerdos se metían en las rendijas de la madera y soportaban sin enmohecerse las sucesivas mudanzas y los años, donde el inglés de los negros y el español de los mestizos eran una sola lengua de pobreza, pasiones, risas y pequeños disgustos de vecinos. Sería un nuevo comienzo, sí, aunque distinto. Porque a Río Abajo había llegado solamente con ilusiones y sueños, y a San Felipe iba ya con algunas experiencias adultas, con la huella de otra carne unida a la mía, con la sensación de unas manos acariciándome en la oscuridad, con el sonido de palabras tiernas en la sangre. Por todo eso sentía en el estómago el peso de una vaga congoja y apenas hablaba.

Jimmy llegó cuando faltaban pocas cosas por subir al camión; se veía nervioso y triste. Estaba seguro de que él lamentaba tanto como yo nuestra partida, pues en seis meses nos habíamos hecho realmente amigos. Subí al camión un balde con trastos y cuando pasé a su lado preguntó con voz ronca:

—¿Vendrás de vez en cuando?

—Sí —dije—. Claro. Vendré los sábados o los domingos a jugar béisbol o para que vayamos a buscar mangos.

Sonrió desganadamente y se puso a ayudarnos a sacar cosas. Yo lo veía trajinar y sentí remordimiento por haberle prometido que vendría. Estaba convencido de que mi tía me impediría regresar solo a Río Abajo. Estaba demasiado lejos y ella pensaba que era un barrio de muchos maleantes; luego, no era conveniente que un muchacho de mi edad se aventurara solo por esas calles.

Terminamos de subir las cosas, revisamos para ver si se olvidaba algo y mis tíos subieron con su hijo a la cabina del chofer; el ayudante del conductor y yo subimos al vagón. Al-

gunos vecinos salieron a despedirnos agitando las manos. Buena suerte, no se olviden de por acá, decían las voces. Jimmy estaba parado junto a la entrada del departamento y nos vio partir en silencio. En su rostro moreno, casi siempre sonriente, a floraba ahora la indefinida tristeza de las despedidas. En mi garganta sentía un sabor salado, como de lágrimas, aunque no lloraba. La ventana del cuarto de Marta estaba cerrada y una leve brisa movía las hojas del mango desde el cual la había visto abrazada al gringo. Tal vez me sentía más deprimido porque no había podido despedirme de ella. Tres veces había ido a su cuarto y todas encontré la puerta cerrada con candado. El día anterior le había dicho que nos mudábamos y me había hecho prometerle que no me iría sin despedirme de ella. Sin embargo, en todo el día no había llegado a su cuarto. Ahora, mientras el camión aceleraba, sentía que algo mío se quedaba para siempre detrás de esa ventana cerrada; y también algo se quedaba en la expresión afligida de Jimmy, todavía parado junto a la puerta del departamento vacío.

Mientras el camión corría por la avenida pensé en los seis meses que había vivido en la vieja casa de madera. Habían sido los más intensos de mi vida. Por primera vez, gente que no era de mi familia o de mi pueblo, personas verdaderamente desconocidas, me había ofrecido amistad. Todos los vecinos me habían tratado bien, pero sobre todo Marta, Lupo y Jimmy serían inolvidables. De Lupo tampoco había podido despedirme porque ahora estaba asignado al turno de día. Y Marta... ¿qué le había pasado? Al día siguiente vería en el periódico que estaba detenida por haber herido a un gringo con una botella. El juez le había impuesto treinta días de prisión. Mi tío fue quien llevó el periódico a la casa y dijo:

—Vean lo que le pasó a Marta.

No venía foto pero sí detalles del incidente. Un soldado borracho la había abofeteado porque ella no quiso bailar con él y ella respondió rompiéndole una botella de cerveza en la cabeza.

Había sido en un bar de calle K, en la madrugada. Terminé de leer la noticia y no comenté nada. Simplemente, en ese instante me sentí impotente y desolado; lamenté amargamente no ser todavía un hombre de verdad para sacarla de la cárcel.

Sin embargo, ahora que aún desconocía el hecho y el camión dejaba rápidamente atrás Río Abajo, mientras iba sentado sobre una caja oyendo al ayudante del chofer silbar un mambo de Pérez Prado, viendo los automóviles que pasaban a nuestro lado, las casas y los árboles de Parque Lefevre y la dorada luz de la tarde en el cielo sin nubes, no pensaba en Marta, sino en mí, en lo que era mi vida en la capital. Río Abajo había sido una etapa. ¿Qué vendría después?

**H**A ENTRADO MÁS GENTE AL MOROCO y Charlie va de un extremo a otro de la barra. Apenas se da abasto para atender a los clientes y aún no llegan los dos muchachos que lo ayudan. Recuerdo haberlos visto la noche anterior; eran ellos quienes atendían las mesas después de las nueve. Pero ahora Charlie está solo y son los propios clientes quienes buscan las bebidas y las llevan a sus mesas. Charlie atiende sonriente y tranquilo, con esa eficaz parsimonia que siempre le he conocido. Aprovecha una pausa en su trabajo para preguntarme si quiero otro trago de ron. No, mejor un **gin and tonic**. Ya está bueno de ron; si voy a beber unos tragos, quiero algo de mi gusto. En silencio pone tres cubos de hielo en un vaso, echa una medida y media de **Beefeater**, el contenido de una botellita de quina y zumo de limón. Luego agrega dos cáscaras de la misma fruta.

—Ahí está el sabor —dice sonriente mientras acude al llamado del hombre canoso.

Agito el trago y lo pruebo. Sabe igual que los de la noche anterior. Es un mago Charlie. ¿Tendría algún secreto para preparar las bebidas? Un día que estemos de humor le preguntaré cómo hace. En la mesa que ocupé con Billy, dos hombres hablan del Perú, del viaje que uno de ellos hizo a Lima hace poco para traer prendas de oro y venderlas a plazos a las empleadas públicas y a las maestras. Es un buen negocio, afirma. Ganancia de 100 o más por ciento en tres meses. Y todo legal. Sin problemas.

El que habla ocupa el sitio donde yo estuve. Es un hombre grueso y moreno, de mirada vivaz. De pronto él y su compañero desaparecen, Billy y yo estamos en la mesa y éste dice: ¿sabes? pienso que de tanto oír a mi padre hablar de los clásicos y recitarlos, concebí la ilusión de ser escritor. Porque no había día que no hablara de ellos. Lo suyo era un culto, fanático. Yo jugaba solo o con chicos de las casas vecinas y siempre proponía juegos donde intervinieran los personajes que mi padre mencionaba a menudo. Así, David Cooperfield alternaba con Blancanieves y los enanos y con Gulliver y los gigantes, y una tarde Robinson Crusoe discutió problemas de navegación con uno de los caballeros del rey Arturo. Robinson era un vecino y yo era Galahad. Sin embargo, cuando éramos indios y soldados o cowboys y bandidos o gambusinos de California, yo no participaba en las refriegas porque era Samuel Clemens o Bret Harte y tenía que ser testigo y verlo todo para contárselo a los lectores de mis crónicas del Far West en Nueva York o en la propia Filadelfia. Tenía diez o doce años, no sé, y me parece que ya entonces deseaba ser escritor, aunque no se lo decía a nadie; menos a mi padre, a quien me daba miedo hablarle de esas cosas.

Yo lo escuchaba en silencio y también pensaba en mi infancia y en lo que había hecho a esa edad. A los diez años escuchaba los relatos de la maestra en las mañanas azules y frescas, con la brisa del volcán metiéndose en la escuela, con los naranjos cubiertos de flores blancas, con la extensión verdi-azul de las llanuras extendidas entre los cerros y el mar. Por el camino próximo pasaban hombres a caballo, a veces con vacas, y otros a pie, con el machete colgado del hombro en una vaina de cuero. La maestra hablaba de Brasil y sus selvas vírgenes y misteriosas, de los glaciares de Alaska, de los milenios gastados por el agua y el viento para excavar el cañón del Colorado, de las exploraciones en África en la segunda mitad del siglo diecinueve. El mundo y la historia adquirirían en su voz apacible y cálida una majestad de epopeya que encendía la imaginación de los alumnos. Y de pronto, oyén-

dola, yo no estaba en el salón de una vieja casa de madera, en un pueblo a mil metros sobre el nivel del mar, un pueblo de cultivadores de naranjos y caña de azúcar, de potreros y maizales desperdigados en la vastedad de los montes, sino a bordo de un barco que recorría las costas de Borneo o de Australia o guiando un trineo en las ásperas soledades de Columbia Británica. Otras veces no estaba en la escuela sino con el tío Isidoro, en un río de Corrientes veloces, encajonado entre farallones altísimos, atento a que picaran los peces; o bien, a prima noche, quietos y silenciosos en la sombra, esperando que llegaran los conejos a comerse las yucas y las ahuyamas que les habíamos preparado.

A los doce años había cruzado el Canal y había visto hombres de muchos tipos en las calles de Panamá —chinos, hindostanos, negros, judíos, franceses, alemanes, filipinos, rusos, árabes y millares de gringos—; había visto la gran Ciudad y estaba deslumbrado por lo que veía. Y antes de cumplir los trece años (¿o ya los había cumplido?) Marta me había revelado otra dimensión de la vida. Recordaba que a veces dormía conmigo en el cuarto de Lupo y aunque éste me había dicho qué hacía ella, en qué trabajaba por las noches, a mí no me importaba: su piel tibia y su olor sólo eran míos. Por más que pagaran, los demás no podían tener sus ojos de miel en las mañanas claras, cuando despertaba antes que los vecinos y salía discretamente del cuarto y me dejaba allí, abrazado al recuerdo de la noche, sumergido en el calor dejado por su cuerpo entre las sábanas, con mi propio cuerpo impregnado del aroma de su carne. No, la Marta mía no podía ser de nadie más por mucho que le pagaran. Lo nuestro era otra cosa.

Así, pensé, mientras el profesor Jones recitaba los clásicos junto a los rosales de su buena Bette, Jimmy y yo robábamos mangos en la huerta del alemán o jugábamos béisbol o comíamos duros de nance trepados en un árbol o simplemente sentados en una escalera de esa casa antigua y ruidosa, palpitante de vecinos, en la quietud de los atardeceres luminosos. Filadelfia y Río Abajo eran mundos demasiados distantes y distintos. Sin embargo,

¡cómo eran las cosas!: después de tantos años, Billy y yo estábamos hablando en el MOROCO de lo que habían sido nuestras vidas en aquel tiempo. ¿Era el destino? No, era el Canal. Sin saberlo nosotros, sin haberlo siquiera supuesto, la historia nos había reunido. En la atmósfera, violeta del MOROCO nuestras palabras y nuestros recuerdos eran la prolongación de un mismo hecho o de una misma fatalidad. Porque en el rostro de Billy había algo de fatal, como si sus ojos azules contuvieran o expresaran una culpa antigua; y en mí estaba (aunque no se viera) el rencor de una tierra agredida. Pero ni esa culpa ni ese rencor afloraban; se reducían a gestos y simples evocaciones. Así, aun cuando evitáramos alusiones al asunto (acaso eran innecesarias) entre ambos se interponía una franja de agua y cuanto ésta significaba. Por más cerca que estuviéramos, por más que algunas preocupaciones y gustos pudieran aproximarnos, jamás habría una identificación completa: siempre nos separaría la vía de agua. Entre nosotros, como una herida incurable, estaba el Canal, esa zanja que había convertido a Estados Unidos en amo de los mares y a Panamá en vértice de rutas y destinos. Era una paradoja: nos separaba y enfrentaba la misma historia que nos unía.

Había dejado de llover y el aire lavado entraba cuando alguien abría la puerta. La atmósfera cargada de humo y sudores, caldeada por el calor de los cuerpos, escocía los ojos y nos rodeaba como una agua turbia; y en esa agua viscosa Billy bebía en silencio, aferrado a su destino o a su culpa, y yo también levantaba mi vaso unido a mi rencor. Era un momento después de la lluvia, en Río Abajo, en un tiempo que ignorábamos a dónde nos llevaría.



Cabesera de Agua Grande 7 de abril de 1965.

mi estimado sobrino

le escribo esta carta para contestarle esa carta tan apresiable que me mando y ala vez deseando que al recibir esta se encuentre bien de salud les mando muchas saludes rogando a Dios que Gladis siga vien que no sufra mas como usted tambien el dia 5 de abril fui a donde Epifania y me mostro la carta que le mandó los 25 balboas los resivio vien y le querian comprar un pedazo de tierra aca en la montaña y llo le dije que eso es de ella como las cosas de las tierras están bastante estrictas que aih que titular que la cuestión de la reforma agraria los terrenos los esta asiendo titular que no es que ella quiera bender pero llo le digo que esa montaña es de ella si ella quiere bender ella sabe que para mi esta bien o si quiere aguardar que usted le compre o don Nico esta vien porque sino tenemos titulos los quitan para repartillos entre las personas que no tienen y los animales se terminaron quando papá estaba enfermo aora no hai y de los muchacho Sipriano me da pena clarle esa contesta a usted pero asi es le contare lo sigiente llo de Sipriano no le puedo contar mucho porque ase mas de año que no los hablamos porque el y la mujer que Luis tenia fueron qulpables de que los ijos de mi hijo quedaran sufriendo sin madre pero alla riba esta Dios que ese aregla todo pero lla gracias a Dios que lla las dos niñas encontramos quien las cuide una esta en las Lajas donde una maestra que no tiene niños lla esta en la esuela y la otra esta en

David esta donde Lusía esta tambien en la esquila la tienen en quinder y el niño que lo quida Epifania todos los domingos llo le llebo las cosas, y ese es el compañero, de ella y de noche tambien uno de Pancho que esta en la esquila la acompaña pero Sipriano lla esta solo se fue el año pasado para Bugaba disgustado con Epifania y aora ase poco bino pidiendole posada le esplico todo eso pero, nunca le de a saber a Epifania que llo le dije eso despues le dire porqué y ella lla no viene aca porque la agua le queda mas lejos los ofisios que ase aora son pocos lo que dise usted que me prometio mandar despreocupese que eso no es nada si alla problema para mandarlos y el dia que resivi su carta me vi con la señora Beatri la de Jose Montero pregunto por usted me dijo que le diera saludes y los ijos tambien mandan saludes Epifania si se llebaba bien con Melida pues llo estoi mas serca que usted de Caña Blanca y llo me di de cuenta de la muerte de Melida fua a los tres dias por aqui no a llobido todavia y estoy esperando que llueva para sembrar el mais porque devo desirle que tumve monte para sesenta libras en la montaña y el caballo ballo se me murio picado de qulebra el mes pasado tambien le dire que el corejidor queria multarme porque no le dava paso para sus animales por mi serco de faragua pero el compadre Flor abló con el y el asunto se areglo quando vendra usted por aca lla van a ser dos años que no biene.

Bueno le contesto su carta con mucho cariño pero tiene que perdonar todo lo malo.

Se despide de usted su tio

Isidoro.

**C**HARLIE TIENE MUCHO TRABAJO Y APENAS puede atenderme. Es una lástima porque he venido precisamente con el propósito de hablar con él; siento una casi imperiosa necesidad de contar a alguien algo de Billy, de ese soldado abatido por la vida. En realidad, pienso, su muerte vigoriza mi apreciación temprana de que él no tenía nada en común con los “zonians”. El mismo hecho de haberse suicidado parece una confirmación. Porque tiene que haber un resto de humanidad y conciencia en una persona (si no es desesperación o locura) para que se arroje al agua desde el puente de las Américas. Hasta ahora ningún residente de la Zona lo ha hecho y difícilmente lo hará alguno en el futuro. ¿Cómo van a renunciar a sus casas refrigeradas, a sus yates, a sus comisariatos libres de impuestos, a todas sus prerrogativas de consentidos del **american way of life**? Es utópico imaginar siquiera que un individuo de esos vaya a suicidarse. Viéndolos pasear por los campos de césped, bajo la sombra de los árboles, o sentados en las cafeterías al aire libre de Balboa o en los salones de diversión de Curundú y Diablo Heights, uno duda de que en ellos pueda haber otra cosa que células y sensaciones; dan la impresión, cuando pasan en sus convertibles relucientes, de que son un vegetal más de la vastísima flora tropical. Uno los imagina muertos de apoplejía, de diabetes, devastados por el cáncer; los ve hinchados hasta reventar a causa de la cirrosis o la hidropesía, pero jamás, de eso está uno convencido, los verá con la yugular abierta por su propia mano o con la sien

perforada por un balazo. Tales gestos definitivos no corresponden a su sicología de la satisfacción, del goce primitivo y directo (el **hot dog** y la cerveza fría en el calor de las tres, el whisky con soda más tarde, la película de gangster o la TV por la noche, la partida de póker con los amigos y luego el sueño compartido con la esposa en la recámara de aire acondicionado y sábanas asépticas; esa misma alcoba donde la mujer trata en vano de que su compañero reaccione, deje de roncar y la haga olvidar el aburrimiento que le produce vigilar a la criada, jugar canasta con las amigas o ir a las tiendas de Panamá en las tardes a comprar adornos orientales para los parientes y amigos de Alabama). A ellos los mata la vida: la comodidad, el whisky, las digestiones, las cocacolas y los pasteles: mueren porque el exceso de grasa hace estallar sus corazones o porque sus cerebros se licúan en el sopor de las siestas y los coitos apresurados. En su mayoría proceden del Sur, donde los antiguos plantadores se batían a espada o a pistola y violaban a las jóvenes esclavas en la luna de los algodones; provienen de una sangre cruel y violenta, sí, pero sus intestinos se han vuelto demasiado gruesos y pesados; han perdido brutalidad y vigor.

Por eso han sustituido la violencia de la esclavitud por la explotación asalariada y la crueldad del látigo por la discriminación legal. Acaso el trópico los ha convertido en orugas flatulentas, en gordos insectos de apariencia inofensiva que toman cocacola en las horas tórridas y responden con gesto benévolo al saludo de los trabajadores que pasan sudorosos y dicen “Hello, míster James, hello mistress Park” mientras a lo lejos suena la sirena de un barco y una ráfaga de aire marino disipa momentáneamente el calor de la tarde. Seguramente, como opinan algunos, sí son el espíritu del viejo Sur, pero abotagados por el clima y la grasa, ya incapaces de otra cosa que no sea vegetar como lombrices en la Zona del Canal.

De ellos le había hablado a Billy y habíamos coincidido en que esa gente era una vergüenza. Pero la Zona no era el único lugar donde uno podía encontrarla, dijo. También en los propios

Estados Unidos había tipos así, satisfechos, pudriéndose en la comodidad. En Nueva York, en Filadelfia, en cualquier ciudad era fácil encontrarlos. Claro, no todo el mundo era así, aunque había muchos de esa condición. Durante su estancia en Nueva York los veía en los restaurantes, rubicundos y alegres con su cocacola y su hamburguer, o en el **subway**, inmersos en la corriente humana, con apariencia de peces enlatados, el periódico bajo el brazo, acaso inquietos porque la esposa aún no ha podido conseguir ese perrito de aguas que tanto desea.

—Sí, de acuerdo, esa gente no es el pueblo norteamericano; eso no tienes que decírmelo, ya lo sé —dije—. Pero, fríjate, no hay ninguna comparación entre éstos y éstos que dices. Éstos son peores. Tú no los conoces. Son verdaderamente repugnantes. Para que aunque sea los veas, visita si puedes antes de irte la **American Legion**. ¿Sabes dónde está?

—No exactamente, pero puedo encontrarla.

—Bueno, anda y ya verás. No creo que puedas ver mucho, pero por lo menos tendrás una idea.

Mejor si vas por la tarde, pensé mientras lo veía encender un cigarrillo, a eso de las tres y media o cuatro. Pides una cerveza y te sientas en un sitio desde el cual domines todo el local. Verás hombres de distintas edades, la mayoría mayor de cincuenta años, con un whisky o una cerveza delante, algunos con puros otros con pipas, los más con cigarrillos. En algunos brazos veras tatuajes escamosos, azules y rojos, y puede que descubras una cicatriz en este rostro o la falta de tres dedos en aquella mano. Si escuchas con atención oirás sus voces acompasadas, muchas enronquecidas por el humo y el alcohol, refiriéndose a sucesos triviales como el precio de las zanahorias, el kilometraje que da por galón el nuevo modelo Ford o ese programa de televisión que presenta a una familia de monstruos o ese otro, “extraordinario, Jerry, ¿verdad?”, protagonizado por un agente secreto de USA, invencible y seductor, que hace el amor con seis mujeres esplendorosas y desbarata una organización de espionaje enemiga en

cada capítulo. También podrás oír cómo algunos hablan de sus achaques y de lo mal que se sienten cuando llueve demasiado o cuando hay excesivo calor. Cerca de allí, a la derecha, queda el Yacht Club de Balboa. Verás que algunos de los concurrentes apenas hablan: sólo beben, fuman, escuchan a los otros y miran pensativamente los botes fondeados cerca del atracadero del club. Sus miradas mortecinas van de un bote a otro y siguen el lento cabeceo de las embarcaciones movidas por las olas tranquilas. A veces cierran los ojos por un momento y suspiran, sin que ellos mismos sepan por qué. Otros se sientan todas las tardes en la terraza exterior, donde hay mesas con parasoles, a respirar el aire marino y a ver los barcos que entran o salen del Canal. También contemplan, acaso íntimamente orgullosos de la técnica de sus ingenieros, el puente, el gran barco blanco a ciento cincuenta pies de altura por el cual pasan los automóviles, y el conjunto de la imponente estructura metálica iluminada por el sol; miran cómo los autos ascienden por un lado y descienden por el otro y se pierden finalmente en la orilla occidental, entre la vegetación y la luz, a sesenta millas por hora, con la tarde reflejada en las carreteras. Debajo del puente está el agua azul-gris con pequeñas olas levantadas por la brisa que vienen a morir cerca de la terraza, en las rocas negras donde caracoles y crustáceos caminan torpemente sin destino preciso. Pero en la zona cubierta por la sombra del puente el agua no es azul-gris sino verdinegra, vegetal; es una oscura franja ondulada, de tonalidades aceitosas, que une ambas orillas. En dirección al mar, la entrada del Canal se ensancha hacia los roquedales de Farfán, a la derecha, y hacia el terraplén, a la izquierda, que une la tierra firme con las islas de Perico, Naos y Flamenco. Más allá están las islas de Taboguilla y Otoque y, en la lejanía occidental, colgado del cielo o flotando sobre el mar, el cerro Tigre altera la simetría del horizonte. Los hombres ven este mismo paisaje cada día, sin aburrirse, como si la misión de sus vidas fuera contemplar esa sucesión de crepúsculos frente a un vaso de whisky. A veces observan los buques de la ARMY

NAVY amarrados a los muelles de Rodman y en la placidez de la tarde, mientras el sol desaparece detrás de cerro Venado, acaso rememoran los años pasados a bordo de un destructor o el estruendo de los cañones en el Mar de Coral una tarde también luminosa como ésta y también apacible antes de la batalla. En ocasiones van mujeres al lugar y sus risas se mezclan con las voces roncas y celebran con grititos y exclamaciones los chistes de los hombres. Casi siempre son mujeres maduras, de piel correosa, voz agria y cuerpo reumático, que beben whisky como un hombre y hablan de naipes y de bingo con énfasis autoritario. Alguna puede ser viuda y de vez en cuando alude a su difunto esposo, caído en Iwojima o en Tarawa o muerto en el **Gorgas hospital**, víctima de un virus desconocido o de ciriosis. Alguna vez, tras de haber bebido varios whiskies y reído hasta las lágrimas, le dice a alguien con expresión evocativa y húmeda la mirada: “Oh, usted me recuerda a mi Tony. Tenía la calva como usted y también fumaba pipa, y la usaba en el mismo lado de la boca. Oh, de veras, viéndolo a usted me parece que Tony ha resucitado”. El aludido ríe forzosamente y dice: “Oh... bien... eh... ¡Salud!” y en sus ojos uno cree percibir el rechazo de esa inoportuna comparación con el difunto.

Billy exhaló una bocanada de humo y bebió un trago. Chasqueó los labios y aspiró nuevamente el cigarrillo.

—Sería bueno, Billy —recalqué— sería bueno que fueras a la **American Legion**. Tal vez encuentres —agregué irónico— una imagen anticipada de lo que serás dentro de treinta o cuarenta años, cuando te reúnas a tomar cerveza y a recordar el pasado con viejos compañeros de armas. Verías a los gloriosos veteranos consumiéndose en las tardes, contemplando los barcos o el puente o rascándose recuerdos de empolvados combates que nadie más recuerda, combates que no tuvieran nada de extraordinarios o de gloriosos pero que en sus memorias reblandecidas por el calor y el whisky son inmarcesibles.

Billy estaba concentrado en agitar el vaso cuando terminé de

hablar. Parecía no haberme escuchado. Sin embargo, lo que hacía era pensar en mi descripción del club de veteranos. Tal vez la encontraba exagerada o infiel; acaso para él los veteranos, por el solo hecho de serlo, eran merecedores de alabanza o privilegios; a lo mejor consideraba que todos eran héroes. Yo pensaba en lo que posiblemente estuviera pensando él mientras agitaba su vaso.

—No —dijo finalmente— nunca seré como esos tipos. Aunque no lo creas, nunca seré un “glorioso veterano”, como dices.

Bebí un trago y él hizo una pausa. Se pasó la lengua por los labios y sus ojos semejaron lanzar destellos celestes, como si en su interior algo hubiera comenzado a arder. Luego agregó con voz sin inflexiones —había advertido que cuando quería enfatizar algo su voz fluía con una tonalidad neutra, uniforme, todo lo contrario del común de la gente, y hablaba despacio como para que el oyente anotara cuanto decía— y mirándome fijamente:

—Mira, para mí la guerra nunca fue una gran cosa. Incluso cuando el ejército me llamó dudé en presentarme. Entonces yo estaba en Nueva York, como te dije, y quería convertirme en escritor. Poco antes había leído **Sin novedad en el frente** y además había visto la película. Como puedes suponer, mi ánimo no era el mejor para ingresar a filas. Durante un día o dos estuve dándole vueltas al asunto y discutí con algunos amigos que me aconsejaron evadirme. Podía irme a Canadá o a Suiza. Podía irme a Argelia. Podía irme a muchos sitios para eludir el servicio. Pero no me fui. En verdad, no tenía nada claro. Y una noche estuve en una fiesta, bebí hasta perder el sentido y al amanecer, todavía con la cabeza dándome vueltas, me presenté en la oficina de reclutamiento. Dos días después estaba en Illinois y comenzó el entrenamiento. Seis meses más tarde me mandaron al frente. Por todo eso te digo que la guerra no ha sido nada agradable para mí: antes no quería ir, ahora lamento haber estado en ella. Cada vez que pienso en los años pasados allí, me pregunto si no hubiera sido mejor hacer caso a los amigos y haberme



## ESTACIÓN DE NAVEGANTES

marchado al Canadá. Tal vez ya sería un escritor; o aunque no fuera un escritor, no sería lo que soy: un pobre diablo que vuelve a casa con una medalla.

Bebió un trago y apagó la colilla en el piso. Yo lo observaba en tanto pensaba en lo que había dicho y me pareció un hombre sumido en la confusión. Sí, probablemente, acepté, Billy no sería nunca un “glorioso veterano”. Podía ser cualquier cosa, menos un hombre ufano de sus crímenes.

## AUMENTA EL NÚMERO DE DESERTORES EN LAS FUERZAS ARMADAS ESTADOUNIDENSES

## PROTESTAS EN NUEVA YORK Y EN SAN FRANCISCO CONTRA LA GUERRA

## PANAMÁ MARAVILLOSA TIERRA DE SOL PUEDE VISITARLA TODO EL AÑO

Por razones de viaje vendo  
un automóvil Ford Galaxie  
500 del año. Llamar al  
teléfono 52619, Balboa



**E**N LA CIUDAD UNO ES COMO UNA PLANTA: aquí crece rodeado de pasto; allá, entre hortigas; en otro lado, circuido por helechos. Uno se muda de un barrio a otro y aprende a distinguir los distintos ambientes y se adapta a las condiciones de vida imperantes. Yo había comenzado en Río Abajo, después había estado en San Felipe, luego en Carrasquilla; y cada lugar me había enseñado algo.

En Carrasquilla vivía gente de toda clase: obreros, oficinistas, campesinos, que trabajaban como peones en las obras públicas, policías, prostitutas, chulos, maestros, buhoneros. Sin embargo, nadie se daba por enterado de lo que hacían los demás; sólo en caso de riña era puesta de relieve la particular condición de alguno: chulo de mierda, mantenido, ¿de qué puedes presumir?; putona, quemas a tu marido por gusto porque ni siquiera cobras; qué policía ni qué carajo, si él mismo robó en el supermercado. El resto del tiempo cada quien sufría su vida sin meterse con los demás.

El barrio no estaba totalmente urbanizado, en algunos lugares había parcelas de monte y una quebrada o zanja de aguas turbias y jabonosas corría de norte a sur; también había una cantera abandonada donde tiraban carros viejos y en el centro de la cual los años habían formado una laguna de hondura desconocida. Allí íbamos algunos muchachos con Frenchí, un mecánico mal hablado, de habilidad legendaria, que había perdido facultades por el alcohol. Nos juntábamos, dos, tres, a veces cinco, y lo acompa-

ñábamos a buscar hierro viejo para venderlo a un polaco tuerto y de piel escamosa, comerciante en chatarra. Después de cobrar, Frenchí sacaba cuentas, nos daba un dólar a cada uno, él se embolsaba el resto del producto de la venta y desaparecía de su casa por tres o cuatro días. Cuando regresaba tenía la mirada hundida, parecía haber envejecido veinte años, mezclaba maldiciones con frases sin sentido que él llamaba filosofías y estaba sin un centavo. Entonces iba a la bodega y le rogaba a la dueña que le fiara una cerveza para el malestar, para los temblores, Marieta, no seas malita.

Antes, cuando éramos demasiado chicos o aún no teníamos suficiente confianza con Frenchí como para acompañarlo a buscar hierro, formábamos una horda de rapaces que chapoteaba en la quebrada, molestaba a las muchachas que iban a comprar a la tienda, seguía atentamente los resultados de las carreras de caballos —un muchacho del barrio era aprendiz de **jockey** y subía como la espuma— jugaba trompo en la calle sin pavimento, lodosa en invierno, y gritaba obscenidades a las parejas que rochaban al anochecer en una loma próxima a la cantera. Entonces habitaban una casa recién construida tres prostitutas apodadas las Cotorras, quienes por las noches, en ocasiones en pleno día, llevaban clientes a su casa. Nosotros rondábamos por allí para hacer mandados o buscar en la basura de ellas tapas de cerveza; éstas las cambiábamos luego en la tienda del chino por golosinas y cupones para la rifa de una casa. Era una manera fácil de conseguir golosinas o sodas porque en la casa propia ninguno recibía más de un **nickel** o un **dime** de vez en cuando.

Un día, mientras buscábamos platillos en la basura de las Cotorras, el mayor de los tres hermanos Thompson —sus edades iban de los 12 a los 16 años— encontró un condón usado. Parecía un globito lleno de agua.

—Ya se qué voy a hacer con esto —dijo en tanto lo sostenía con dos dedos—. Se lo venderé a Luchita.

—¿Para qué? —preguntó alguien—. ¿Qué puede hacer ella con esa vaina usada?

—Mira cómo eres güevón... Pues dárselo o vendérselo a alguno que se la vaya a coger.

Lo lavó, lo secó al sol y, luego de enrollarlo y de ponerle una capita de talco para que pareciera nuevo, se lo llevó a Luchita, la prostituta ya madura y casi enana que vivía sola en una casa de tablas y hojalata en las faldas de la loma. A ésa le decían la Iguana y sus clientes eran carretilleros, peones y menores de edad. La Iguana compró el condón en diez centavos y le dijo a Thompson que cuando consiguiera más se los llevara.

Comprendimos que los condones podían ser un buen negocio y nos propusimos hacer lo mismo que Thompson. Días después revolvíamos la basura y el menor de los Thompson halló otro condón, pero Tambor insistió en que él lo había visto primero y trató de quitárselo. La discusión degeneró en golpes, intervino el mediano de los Thompson, y Tambor, que era más amigo mío que los hermanos, gritó:

—¡Coño! ¡No dejes que me peguen en pandilla estos vergajos!

El mediano sujetaba a Tambor por la espalda para que el otro lo golpeará. Empujé al pequeño. En montón no se vale, pendejos, peleen limpio. Le di una patada al otro y soltó a Tambor, pero entonces, quién sabe de dónde, apareció el mayor y de un solo golpe me dejó boca arriba y sin aire sobre la basura. Me había, además, roto la boca y sangraba como un sapo degollado. Ahí terminó la pelea y la disputa porque el condón se había roto en el forcejeo.

Tambor tenía las manos manchadas de semen y fuimos a lavarnos, él las manos y yo la cara ensangrentada.

—Esos Thompson son unos desgraciados-chucha-de-su-madre. Yo vi primero el condón —masculló mientras se restregaba bajo el chorro de agua de una llave pública.

—A mí me sacó el aire el cabrón ése —dije. Sentía como una punzada profunda en el estómago o en la espalda, no sabía bien dónde; y en la saliva sentía desleírse un sabor ferroso.

Al día siguiente le conté lo sucedido a Pancho, el velador de la escuela cercana, y le pregunté qué debía hacer, porque eso no

se podía quedar así. Examinó mi boca amoratada, el labio superior parecía un riñón, y después de sentenciar que la vida a veces es muy dura, mi hermano, un hombre debe pasar por muchas cosas, sacó una hoja de acero incrustada en un mango de madera.

—¿Ves esto? —Agitaba el cuchillo delante de mis ojos—. Es lo mejor que hay en el mundo para los negros. Así que consíguete un filo y úsalo; no seas pendejo. Ráyale el culo a uno de esos cabrones y verás que ninguno te vuelve a pegar.

Su aindiado, impenetrable rostro de Veraguas mostraba una inexpresividad de siglos mientras hablaba, pero su mano armada expresaba cuanto no decía su cara.

—¿Por qué crees que los maleantes no vienen a robar en la escuela, ah? Porque saben que yo sí uso el cuchillo sin asco. Así que no te agüeves y consigue tu filo.

Esa tarde compré en un **nickel** una cuchilla vieja, de cachas oxidadas, le pedí a Pancho que me la afilara y esperé mi oportunidad. Sin embargo, no tuve necesidad de usarla porque los Thompson se mudaron esa misma semana para otro barrio y cuando, casi un año después, los vi en la entrada del cine de Vista Hermosa, la pelea del condón era sólo un recuerdo sepultado entre muchos otros.

**T**ERMINO EL GIN AND TONIC Y LE PIDO otro a Charlie. Éste sigue atareado porque ha entrado más gente y, aunque ya han llegado sus asistentes, apenas alcanza a despachar los pedidos. Mientras espero el trago miro los desnudos y recuerdo que Billy dijo algo de la muchacha reclinada bajo el árbol y también recuerdo que al salir tuve la impresión de que ella nos sonreía. Ahora, sin embargo, su rostro inerte no expresa nada, fuera de la incitación que su postura encarna. Charlie me da el trago y toma el vasito de ron que conserva junto al espejo. Salud, dice y bebe.

—Ya ves que no podemos conversar —agrega con un gesto de resignación y se aleja.

Enciendo un cigarrillo y vuelvo a ver la foto del periódico. El cadáver había sido extraído del agua con un garfio (A los cadáveres siempre los sacan del agua con garfios. En una ocasión un carguero noruego embistió a una lancha de cabotaje en la entrada del Canal y murieron los nueve ocupantes de la lancha, incluido un chico de trece años, de quien nadie supo qué hacía a bordo, porque evidentemente no era tripulante y en esas embarcaciones no aceptan pasajeros. Una patrulla naval llegó al escenario de la colisión y rescató con garfios ocho cadáveres; el noveno, el del capitán, desapareció, presumiblemente devorado por los tiburones. Eso me lo contó Lupo, cuyo remolcador condujo el barco noruego al muelle de Balboa. Era impresionante, decía, ver a la policía naval pescar cadáveres a la luz de los reflectores. A veces

el garfio no sólo enganchaba y rasgaba las ropas sino también la carne; luego el muerto era izado y en la luz amarillenta era un extraño pez que nadie comería) y lo habían depositado sobre la hierba de la orilla, cerca del Yacht Club. (Eso no lo dice el periódico, pero en el fondo de la foto aparece el club). Después habían buscado en sus bolsillos alguna identificación. En tanto, la policía mantenía alejados a los curiosos y los fotógrafos sacaban placas desde todos los ángulos y algunos además fotografiaban el puente, desde el cual era casi seguro se había arrojado el muerto.

Ahora veo claramente a Billy tendido en la luz del amanecer, sobre la hierba de Amador, rodeado por policías y fotógrafos, su cuerpo amoratado y en partes azuloso por el golpe del agua. De pronto pienso que mientras él yace boca arriba, insensible al calor creciente de la mañana, ajeno a la morbosidad de la gente, mantenida a distancia por la policía, indiferente al petrolero de la Shell que en ese momento sale del Canal y pasa bajo el puente, ciego al agua y al cielo azules o tal vez dorados por el alba, yo duermo —sumido en los vapores del alcohol, también indiferente a todo, ajeno a cuanto en ese instante acontece fuera del sueño. Y mientras él está allí y yo duermo, el barco de la Shell dejó atrás el puente y se aleja con lentitud inexorable —desde cubierta los marineros ven a la gente y a los policías y quizá se preguntan qué ha pasado— y su sirena suena más allá de las boyas que marcan el límite del Canal y el sonido se pierde en la extensión azul y en las colinas verdes del oeste.

En Balboa la gente desayuna para irse después de pesca, a jugar golf o simplemente a tomar el sol en la playa de Farfán. En Panamá algunos abordan el auto y se van a Santa Clara o a Nueva Gorgona a pasar el día tomando cerveza y comiendo mariscos; o se van a Cerro Azul, donde hay cabañas para los fines de semana y botes para remar en el lago artificial. Simultáneamente en los barrios pobres, en esas casas de madera donde diez o más personas comparten la miseria de un solo cuarto —por la noche los adultos hacen el amor junto a los niños dor-



midos y junto a los ancianos de tos profunda desvelados por el calor, los cuales evocan su juventud oyendo suspiros, los quejidos y los murmullos de la hija o el hijo en la oscuridad sudorosa— las familias salen a la luz naciente y esperan que las mujeres preparen el café o el té y el pedazo de pan para el desayuno. Mientras, los niños juegan en los patios comunales y las viejas casas se pueblan de ruidos y de radios a todo volumen.

—Junior —grita desde una ventana una mujer despeinada al hijo que conversa con otros chicos— ven para que vayas a comprar el pan. Pero apúrate —agrega irritada— que tu papá tiene que irse.

Más allá, un anciano achacoso saca una mecedora de su cuarto y se sienta en el balcón a tomar el sol y a ver el vuelo de las moscas que suben de los desagües del patio a los cuartos del segundo piso, se paran en las mesas, en los vasos y hasta en bocas y ojos, si no se las espanta.

Todo eso está allí, es una presencia cotidiana y dolorosa, pero ahora existe en otra dimensión, fuera del sueño o de la muerte, muy lejos de Billy y de mí. Porque ambos, él en la muerte, yo en el sueño, estamos fuera de la vida, distantes de los ancianos asmáticos o tísicos, de los chiquillos que juegan o riñen en los patios comunales de Calidonia, El Marañón, Santa Ana o El Chorrillo. Somos ajenos a los pescadores que vuelven a tierra en sus viejos botes de remos, encallecidas las manos por el arpón y las redes, con el rostro cuarteado por el salitre y los vientos del Golfo; esos pescadores que observan con ojos enrojecidos las olas doradas y el perfil claro de la ciudad en el alba y el lomo oscuro de los cerros lejanos. Somos indiferentes a los autobuses que aceleran en las calles solitarias y dejan detrás el olor de la gasolina quemada; extraños a esos hombres que van al mercado y examinan atentamente los mariscos y las carnes, discuten por el precio de las verduras y finalmente regresan a la casa con una bolsa repleta de comestibles y con una sensación de gozo anticipado al pensar en el pescado horneado o frito que

sus esposas, madres o hijas prepararán para el almuerzo.

No vemos a los ricos despertarse perezosamente en Bella Vista o el Cangrejo: toman el desayuno en la cama, piden el periódico y se buscan en la Sección Social porque anoche asistieron a la fiesta que los Montoro ofrecieron al capitán Cavendish, prometido de la hija menor del matrimonio, y sería imperdonable que el fotógrafo no hubiera captado la elegancia de ella, ahora desmadejada sobre la almohada, o la prestancia de él, ahora sin bisoñé, con sus tres pelos canosos como lombrices muertas sobre el cráneo. Pero, claro, ahí están, como tenía que ser:

—Fíjate, Mimí, en la mirada de borracho del tal Vásquez. ¿Te fijas?

—Sí, papi; tiene cara de idiota. Y mira el gesto de bruja de Estela. ¿Sabes que está loca por el cantante ese que actúa en el **Maxim**?

—¿Cómo? Y el marido, ¿qué?

—Parece que no le importa. Tú sabes que él se casó por conveniencia. Además, tiene una querida en San Francisco. Dicen que es una mulata.

—Ah, mira la cara del prometido. Da la impresión de que lo han atrapado.

—No creo eso. Tú sabes que Paty estudió en Italia. Bien pudo conseguirse un conde.

—Tal vez. Pero el padre no busca títulos sino dinero.

—Cómo eres. Fíjate qué bien me veo de perfil.

No vemos a esas mujeres de piel tersa, húmeda de sueño, salir desnudas de la cama, sus senos saltando como conejos en la luz matinal, darse una ducha, ir a misa y luego extraviarse en el ocio dominguero. Ni Billy ni yo podemos ver nada. En el amanecer del domingo ambos, cada uno en su esfera de distinta sombra, cada quien aferrado a su muerte o a su sueño, estamos al margen de la vida.

## CRÓNICA

**A** sí, universalmente admirado por la proeza de Suez, Fernando de Lesseps viajó a Panamá en 1882, dispuesto a reeditar su triunfo. El viejo sueño de unir los mayores océanos mediante un canal iba a ser realizado por los franceses. Miles y miles de hombres acudieron de todas partes del mundo a sumar su fatiga al esfuerzo de Lesseps. Muchos eran técnicos, pero la mayoría era gente simple, apta sólo para manejar el pico y la pala.

Los trabajos comenzaron en la Costa Atlántica, en medio de fiestas y gran entusiasmo, pero al cabo de unos cuantos años millares de hombres habían sido sepultados en la selva, víctimas de alimañas o de fiebres, y las excavaciones se paralizaron cerca del corte Culebra, donde la piedra formidable resistía los barrenos y la dinamita, donde peones venidos de la lejana China amanecían colgados de los árboles por su larga trenza, su piel aún más pálida en el alba tropical.

Entonces, agobiado por las intrigas y las pérdidas, abrumado por el fracaso, Lesseps desistió y retornó a Europa a morir, entre las ruinas de la Compañía Francesa del Canal y las lágrimas de los inversionistas y contribuyentes. Un grabado lo retrata en sus últimos días, alucinado por las visiones superpuestas de una franja de agua en medio de las ardientes arenas de Egipto, con camellos y palmeras en las márgenes, y una zanja inconclusa, llena de víboras y sangre, con cadáveres insepultos en las orillas y vegetaciones feroces persiguiendo a los hombres.

De ese modo, la gloria de Francia quedó allí, en la intemperie tropical, acosada por las lluvias y la herrumbre, calcinada por soles inclementes, pudriéndose junto a los despojos de hombres venidos de toda la Tierra. Hundidos en los lodazales de esa selva atroz quedaron la maquinaria y el ingenio de París; y también el recuerdo de Gauguin —peón eventual en las excavaciones— quien una noche fue arrestado en las calles de Panamá por haber orinado en la vía pública.

Sí, la vieja y grandiosa Francia quedó allí, empantanada; y su fracaso fue sumergido por las aguas cuando, veintidós años después, Wodrow Wilson detonó a control remoto una carga de TNT y la vía interoceánica se abrió a las banderas del mundo.

Anónimo. Fecha confusa.

**L**OS RECLUTAS LLEGARON A LA BASE en autobuses y, apenas bajados de los vehículos, un sargento gigantesco, de mirada pétrea, tatuado en el brazo derecho y con una cicatriz en la mandíbula inferior, les ordenó formar en el patio. La formación tardó en completarse porque todos se confundían al buscar su sitio por orden de estatura. El sol caía a plomo sobre el asfalto y pequeñas gotas de sudor comenzaron a brillar en los rostros de los muchachos. Algunos sentían sed y se pasaban la lengua por los labios reseco mientras la mirada nerviosa permanecía fija al frente, sin ver nada sino, como en un trasfondo brumoso, los bosquecillos y las faldas de los promontorios lejanos.

El sargento iba y venía a lo largo de la fila, escrutándola con ojos de pescado en hielo, sin decir nada. Después de un rato se retiró unos pasos y miró detenidamente a cada uno durante segundos que parecían eternos, en el transcurso de los cuales el observado ni siquiera parpadeaba, inmovilizado por la luz helada de esos ojos grisáceos. Concluido ese examen individual, los conminó con voz tronante a olvidar sus hábitos civiles y a comprender, a meterse bien en la mollera, que allí sólo se atendía la voz de mando. Nada de pretextos, nada de objeciones, nada de escrúpulos. En el U.S. ARMY no había tiempo ni sitio para esas cosas. Ellos estaban allí para ser soldados y servir al Tío Sam y el Tío Sam sólo aceptaba obediencia. **Obediencia obediencia.** La palabra producía ecos en la mañana clara, con pinos y colinas a lo

lejos, y penetraba incisivamente en cada quien. Billy sentía que le desollaba las entrañas. La palabra se le antojaba una bola metálica con puntas salientes recorriéndole los intestinos.

El sargento iba y venía de nuevo a lo largo de la fila mientras hablaba. Uno de los reclutas abandonó distraídamente la posición de firme y el sargento se aproximó a él sin dejar de hablar y lo golpeó con la fusta en una pierna. Billy recordaba el chasquido de la fusta y la queja entrecortada del muchacho. La charla duró otros diez minutos, quince a lo sumo, pero para todos fue un tormento prolongado: las palabras y el sol refractado en el asfalto los sentían como agujas clavadas en el cuerpo. Finalmente dijo que tuvieran siempre presente cuanto les había dicho; así se evitarían dificultades y todo iría bien para todos. Porque no debían olvidar que habían sido enviados allí para ser soldados; y él los iba a convertir en soldados, lo quisieran o no. Que no lo olvidaran. Luego les ordenó marchar hacia el baño.

Eran treinta y dos en el grupo, formados en fila doble. El sargento marcaba el paso con sonidos guturales mientras cruzaban el patio. Entraron al baño y, todavía formados, se desvistieron. Billy recordaba al chico de nombre Henry que se ruborizaba de vergüenza en tanto se desnudaba en silencio; recordaba su expresión cohibida y medrosa. Su cuerpo delgado y esbelto parecía de muchacha. El sargento estaba detrás de ellos, en la entrada del baño, y les ordenó ponerse de uno en fondo; luego dijo que avanzaran hasta las regaderas y se mantuvieran firmes frente a ellas. Después caminó una y otra vez a lo largo de la fila. Billy recordaba sus pasos pesados y los golpes acompasados de la fusta en una de las piernas del suboficial. Henry estaba a la izquierda de Billy, ¿O era a la derecha?, no, a la izquierda, y a pesar de los años transcurridos aún sentía al sargento detenerse detrás de Henry y golpearle suavemente las nalgas con la fusta mientras decía “tú serás mi ordenanza”. Recordaba el rostro enrojecido de Henry, su expresión de azoro y su voz confusa y delgada al responder: “sí, señor”. Luego el sargento salió del

baño golpeándose una mano con la fusta tras haberles ordenado que se bañaran rápidamente.

Después, semanas de entrenamiento. Correr, saltar, escalar muros con sogas, marchas de treinta millas diarias con todo el equipo a cuestas y descansos de diez minutos cada hora, atravesar pantanos con el agua al cuello y conservar seca el arma. Henry jadeaba en las carreras de obstáculos y su cuerpo parecía doblarse bajo el peso del equipo y temblaba como un animal acorralado cuando le ordenaban arrojar una granada. Por cualquier motivo el miedo asomaba en sus ojos transparentes. Era evidente que no había nacido para soldado. Lo suyo estaba en otra cosa. Cualquiera podía darse cuenta de eso. Incluso un día le había dicho a un compañero que pensaba ser actor cuando volviera a la vida civil.

En la noche, los músculos doloridos, nublada la mente por el cansancio, cada quién pensaba en su antigua vida —novia, madre, hermanos, paseos en automóvil, cine, bailes— y maldecía al Tío Sam en sueños. Al día siguiente, el toque de diana los enfrentaba de nuevo con la voz del sargento, inflexible y dura con todos, amable y cariñosa con Henry. Sí, Billy no había podido olvidar la forma en que el sargento trataba a ese muchacho. Había risitas y cuchicheos cuando el suboficial llamaba a Henry a su cuarto y el recluta pasaba horas allí para luego regresar con la mirada baja y una expresión de vergüenza en todo su cuerpo. Billy recordaba eso y los sollozos apagados de Henry mientras los demás dormían.

Tampoco olvidaba la tarde en que se ejercitaban con la bayoneta calada en una colina boscosa y oyeron un disparo en el flanco derecho. Recordaba los denuestos del sargento contra el imbécil que había estropeado el simulacro de ataque por sorpresa. Lo voy a desollar vivo, decía. Y recordaba el rostro exánime de Henry en la luz verdosa del bosque y la mancha negruzca que se extendía inconteniblemente por su pecho. Recordaba las expresiones estupefactas de los reclutas que veían por vez primera

la muerte; y la cara desencajada del sargento, quien miraba el cuerpo agonizante de Henry con gesto de sorpresa y tal vez de velado reproche. Todo eso lo recordaba: Henry desangrándose sobre las hojas muertas, los reclutas mirándolo en silencio, el sargento diciendo: “vamos, hay que llevarlo a donde pueda recogerlo la ambulancia” y el viento enredado entre los pinos. Esa escena se había grabado para siempre en alguna parte de él. Jamás podría olvidarla. Aunque, había sido algo extraño, en las semanas siguientes fue disolviéndose en la fatiga de los ejercicios; pero luego había vuelto a recordarla y estaba seguro de que nunca la olvidaría. Era uno de esos recuerdos que duran hasta la muerte.

Concluido el entrenamiento, fueron enviados a San Francisco y allí, junto con otros contingentes venidos de distintos puntos del país, embarcados para Indochina. Pero lo de allá era otra historia.

Bebió lo que restaba en su vaso y pidió otro trago. Fui al baño y mientras orinaba y luego mientras me peinaba pensé en ese chico Henry y en su triste fin en esa boscosa colina de Illinois. Había algo lamentablemente turbio en todo eso.

Cuando volví a la mesa, Billy estaba recostado a la pared con los ojos cerrados y la música del calypso **Diana** ascendía cadenciosamente con el humo de su cigarrillo. Abrió los ojos al sentir que me sentaba.

—Como te decía, para mí la guerra y todo lo relacionado con ella no ha sido muy agradable que digamos.

—Ya veo. Comprendo —dije, aunque no era eso exactamente lo que hubiera querido decir, pero en el momento no se me ocurrió ningún otro comentario.

—Hay otras cosas que tampoco tienen nada que ver con lo presentado en esas películas en las cuales un actor de rostro añinado hace de héroe invulnerable. Hay mucha porquería en todo el asunto. Pero, claro, ¿qué puede hacer uno?

Terminó su cigarrillo en silencio y después fue a pedirle a



## ESTACIÓN DE NAVEGANTES

Charlie monedas para la música. Lo vi alejarse hacia el jukebox y mientras marcaba piezas llegué a la conclusión de que no me había equivocado: Billy era bien distinto a esos “zonians” hijos de perra que desde hacía medio siglo ocupaban el centro del país.



**C**ARRASQUILLA QUEDA LEJOS DEL MAR, no obstante, en las vacaciones algunos amigos íbamos, —en autobús si había dinero, en bicicleta o a pie casi siempre— a bañarnos en las playas de San Francisco o de Paitilla; y pasábamos horas allí, a veces hasta el atardecer, cuando el sol muriente ponía reflejos dorados en las olas, en las rocas, en los árboles y hasta en los cuerpos exhaustos. En ocasiones nos acompañaban muchachas y con ellas, tras de habernos cansado nadando o jugando pelota, buscábamos lugares discretos entre la vegetación o los peñascos para darnos besos y soñar. En el atardecer los labios tenían un sabor salado y era excitante unir las bocas en una caricia interminable, abandonarse a la sensación de esa ola, generada en la sangre y la carne tibia, que lo envolvía a uno como una agua mansa. Luego, con la última luz, cada quien montaba a su amiga en el caballo de la bicicleta y pedaleábamos de regreso, vencida la fatiga del esfuerzo por el enervante roce de unas caderas mórbidas y dulces contra nuestros muslos.

En cambio, cuando no iban muchachas, corríamos, nadábamos y boxeábamos hasta extenuarnos. Después nos poníamos a fumar y conversar en los arrecifes. La escuela, los profesores, las novias, las lecturas, los carnavales, Rocky Marciano, Willie Mays, Dillinger... todo era tema y motivo de atención. Y fue de esa manera, en forma un tanto involuntaria o casual, como algunos comenzamos a interesarnos en los problemas del país y

en la cuestión del Canal. ¿Recordábamos al tipo ese que en la última asamblea de estudiantes en el aula máxima había atacado a los gringos? ¡Que bárbaro! A lo mejor lo castigaban por eso. ¿No habíamos visto cómo ese profesor de inglés que estudió en Chicago tomaba nota de cuanto Floyd decía? Ese profesor había ido a Chicago con una beca del USIS y estaba agradecido-agradecido-agradecido. ¿No lo decía siempre? ¿Y una noche no lo habían encontrado bañándose desnudo con un gringo en la playa de Farfán? Sí, posiblemente castigaran a Floyd por lo que había dicho. ¡Qué bárbaro! Pero estaba bien, que carajo, el tipo tenía huevos. Y el mulatito ese de la Bocatown, ¿recordábamos? En una oportunidad le habían impedido, por ser negro, entrar a una refresquería de Balboa. Él insistió: su padre trabajaba en la Zona, sólo quería un helado, no hacía nada malo y el policía casi lo golpea. Y la hermana de **Cuchillo**, ¿quién no lo sabía?, había estado una semana en el hospital porque unos gringos borrachos la golpearon y la violaron cuando iba a tomar el bus por el lado de Pueblo Nuevo. Además, el año anterior todos habíamos leído **Luna verde**, esa novela que presenta la discriminación racial en la Zona. Y “Pergamino”, el profesor de Historia, nos había explicado las intervenciones norteamericanas. Era odioso y triste todo eso, ¿verdad?

Una tarde hablábamos de eso en Playa Chiquita, Paitilla y alguien recordó el cuadro sinéptico que “Pergamino” había hecho en el tablero para ilustrarnos lo que él llamaba esa “historia de vergüenzas”. El grupo lo escuchó en silencio (tenía fama de enérgico y en su clase no toleraba desórdenes) pero apenas sí alguno concedió trascendencia a las iniquidades que contaba. ¡Qué importaba el pasado! De momento interesaba mucho más saber si Mickey Mantle había bateado jonrón contra los Tigres de Detroit o si Mañe Icaza montaría a “Don Gabino”, el mejor tresañero en el clásico Independencia. Además esa noche había que ir a ver a Audie Murphy en **Regreso del Infierno**. Era la historia de su participación en la guerra, en la cual había resul-

tado ser el soldado estadounidense más condecorado. Había que ver, cómo no, a ese chaparrito casi imberbe, de aspecto frágil, abatir con una Thompson enemigos como moscas. ¡Quién iba a perderse esa película! “Cállate ya, Pergamino”, musitaba cada quien para sí, “lo que dices pasó hace tiempo, déjanos salir ¿no?, otro día nos sigues contando”.

No obstante nuestro desinterés o insensibilidad, esa voz recia y pausada debió grabarse en alguna parte de nosotros, porque esos mismos hechos, que entonces nos dejaban indiferentes, adquirieron con el tiempo otra dimensión, parejamente magna y dolorosa, en nuestra conciencia. Sin embargo, esa tarde en Paitilla aún tomábamos el asunto poco en serio y “Porky”, el burlón del grupo, imitó la voz de “Pergamino” y trazó en la arena un remedo del cuadro del tablero:

## SIGLO XIX

1856 —Un año después de haber sido inaugurado el ferrocarril transístmico, una discusión entre un vendedor de frutas y un estadounidense por el pago de una tajada de sandía (5 centavos de dólar) origina una trifulca. En ella participan norteamericanos, panameños y latinoamericanos que apoyan a los segundos. El saldo es de 17 muertos y decenas de heridos. Estados Unidos exige al gobierno (entonces en Bogotá) indemnizaciones exorbitantes. Finalmente, tras de amenazas de Washington y protestas de Bogotá, la Nueva Granada tiene que pagar 412 mil dólares en oro.

Ninguno recuerda bien las otras intervenciones del siglo XIX. “Porky” carraspea inseguro y, al fin, sin saber cómo seguir, pregunta: “¿Quién de la clase sabe qué otros incidentes hubo?” Silencio. “Bueno, tendré esto en cuenta a la hora de tomar la lección”. Su imitación es tan buena que todos reímos, incluido

el propio “Porky” De nuevo serio, prosigue: “Entonces, jóvenes, en este siglo tenemos...”

## SIGLO XX

1918 —Fuerzas estadounidenses ocupan la provincia de Chiriquí con el pretexto de que durante unas elecciones se ha alterado el orden público. La ocupación dura dos años.

Un camaronero dobla Punta Paitilla con cientos de aves siguiéndolo. Todos miramos el espectáculo y nos desentendemos de “Porky”. En la proa de la embarcación, un marinero sin camisa nos grita algo. Por si acaso, riéndonos, le hacemos señas obscenas con las manos. “Porky” se enfada: “Jóvenes, ¿es más interesante para ustedes lo que ocurre fuera del salón que lo que explica el profesor? El que no quiera escuchar, que salga de una vez”.

1925 —El presidente panameño Chiari pide a Washington tropas para sofocar un movimiento inquilinario que propugna la rebaja de los alquileres en las ciudades de Panamá y Colón. (Fotos de la época muestran soldados con la bayoneta calada —mirada torva, expresión de hiena— caballos y tiendas de campaña en el parque de Santa Ana).

“Copien el cuadro y estúdienlo. No tanto porque su contenido pueda figurar en el examen sino porque todos deben conocer bien estas cosas”. La voz de “Porky/Pergamino” se pierde junto con el dibujo, borrado por la marea. “Porky” nos mira severo y aplaudimos cuando dice: “La clase ha terminado”.

Entonces, en Paitilla, bromeábamos con el recuerdo de “Pergamino”. Pero años después, ya sin bromas ni risas, más bien

con una gratitud confusa, yo pensaba en las enseñanzas de “Pergamino” y en su final heroico.

Había muerto a consecuencia de un balazo recibido durante los enfrentamientos entre manifestantes panameños y el ejército yanqui, en enero del 64. Cuando estaba en el hospital, algunos amigos y exalumnos fuimos a visitarlo y nos conmovió verlo sereno, en apariencia indiferente al dolor y a la muerte que pronto lo abatiría. No mostraba enojo por su herida; más bien tuvimos la impresión de que íntimamente lo enorgullecía. Ya era un hombre maduro, usaba anteojos y se había dejado un bigote entrecano, pero su mirada seguía siendo juvenil y resuelta. Agradeció mucho nuestra visita y aseguró que pronto regresaría al trabajo. Lo suyo no era nada, dijo. Lo más importante estaba por venir; había que mantenerse firmes y seguir adelante. Lo acontecido era apenas un incidente en un largo, muy largo proceso. Nos despedimos y tres días después “Pergamino” había muerto en esa misma cama donde lo habíamos visto por última vez sus amigos y exalumnos.

“Pergamino” está muerto y el tiempo ha pasado, pero no he olvidado su voz pausada y firme, ni la pasión que ponía al enseñar la Historia, como si viviera y sufriera cada acontecimiento. Y su nombre, Ariosto Prado Soler, es uno de esos que se graban como cicatrices en la vida de uno. Su nombre apareció en los periódicos, junto a los de los otros mártires, y al verlo me sentí conmovido. Él, un humanista educado en Europa, ¡había caído al lado de estudiantes y albañiles y gente sencilla en defensa de su país! Entonces comencé a comprender quién había sido “Pergamino” en realidad. Y luego, cuando ciento cincuenta mil personas lo llevaron al cementerio y cuando lo exaltaron en los panegíricos y cuando la multitud dejó las tumbas cubiertas de flores y de lágrimas, sentí que había desaparecido un hombre admirable, un maestro y patriota auténtico; y supe —en ese momento me percaté definitivamente de ello— que “Pergamino” había sido

mucho más amigo mío de lo que él supuso y de lo que yo había podido comprender.

EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO ES EL MÁS FERROZ ENEMIGO DE LOS PUEBLOS DEL MUNDO, AFIRMA MAO

TOKIO, 13 de enero (AP).— China lanzó hoy una serie de declaraciones oficiales calificando a Estados Unidos de “agresor” y asegurando su apoyo a Panamá en la disputa entre ese país y Estados Unidos por la Zona del Canal.

Mao Tse Tung, presidente del Consejo de Ministros, dijo que “el pueblo chino está firmemente del lado del pueblo panameño y apoya plenamente su justa acción al oponerse a los agresores norteamericanos y procurar recuperar su soberanía sobre la Zona del Canal”.

Su declaración, difundida por Radio Pekín, añadió: “Los planes agresivos del imperialismo norteamericano para dominar al mundo entero siguen una línea continúa desde Truman, a través de Eisenhower y Kennedy, hasta Johnson”.

La radio dijo que el presidente Liu Shao Chi y el primer ministro Chou En-lai cablegrafiaron un mensaje conjunto al presidente de Panamá, expresándole su “más fuerte indignación ante las agresivas atrocidades norteamericanas al burlar la soberanía nacional de Panamá y masacrar al pueblo panameño”.

Un mensaje similar fue enviado por Chu Teh, presidente del Comité Permanente del Congreso, a Jorge Rubén Rosas, presidente de la Asamblea Nacional Panameña, añadió la declaración.

Mao afirmó que “el imperialismo norteamericano es el más feroz enemigo del pueblo del mundo” en Asia, Latinoamérica y África, y que aún amenaza a la Unión Soviética y a los otros países socialistas.

Continuó: “Hallando oposición en todas partes, el imperia-



lismo norteamericano se ha colocado en la posición de enemigo del pueblo de todo el mundo y se ha aislado cada vez más.

“Las bombas atómicas y de hidrógeno en manos de los imperialistas norteamericanos, nunca podrán amedrentar a los pueblos que no están dispuestos a ser esclavos”.

LA CRISIS CANALERA PONE EN PELIGRO  
LA SEGURIDAD DEL MUNDO, AFIRMAN  
EN EUROPA

MÁS PAÍSES LATINOAMERICANOS  
APOYAN LA POSICIÓN DE PANAMÁ

CIUDADANOS NORTEAMERICANOS  
SE IDENTIFICAN CON PANAMÁ

MANIFESTACIONES DE SOLIDARIDAD CON  
PANAMÁ EN VARIAS CAPITALES DEL ORBE

LA PRENSA SOVIÉTICA DEPLORA  
EL TERROR SANGRIENTO

MOSCÚ, 11 de enero.— El sangriento terror ha reforzado cien veces más la decisión del pueblo panameño de que se le devuelva la Zona del Canal, dice hoy el **Konsomolskaya Pravda**.

ADVERTENCIAS TURBIAS Y  
AGORERAS EN NUEVA YORK

NUEVA YORK, 16 de enero.— “El sentido común se afirma en Panamá”, dice hoy aquí el **Herald Tribune**, pero se debe esperar sorpresas aun en el caso de que ambas partes trabajen con buena fe, porque “los comunistas

castristas y otros extremistas tratarán de hacer estallar nuevas explosiones, con la esperanza de destruir la actual tendencia hacia un arreglo”.

Ahora, aquí en EL MOROCO, pienso en lo que le conté a Billy de esos días. Pienso en “Pergamino” y en otras muertes. En el 64 recibimos solidaridad de todo el mundo; fue algo muy hermoso: dentro de la impotencia y el dolor, nos confortó. Pero en realidad, a pesar de lo ocurrido entonces, casi nada ha cambiado; todo sigue siendo más o menos lamentable. De toda esa vergüenza que es nuestra historia, únicamente algunos muertos aparecen sin mácula. Pareciera que para nosotros la inmólación y la sangre fuesen la única alternativa. Eso o algo parecido le dije a Billy. Y ¿qué respondió él? ¿Qué respondió?

¿Y lo que no dije, lo que callé, contenido por una vaga prudencia? Porque en un momento me dije que Billy podía ser cualquier cosa. Ese descontento suyo bien podía ser una careta. ¿Cuántos ultraradicales no son agentes de la CIA? Vociferan en los cafés, gritan más que nadie en los mítines y luego, en alguna oficina de apariencia inofensiva, acaso dedicada a la venta de **souvenirs** o a importar ropa de señoras, dan nombres y pistas, anticipan planes, delatan acciones. Hay muchos así. Algunos fingen ser periodistas y con ese pretexto acuden a las reuniones y aviesamente incitan a los estudiantes (todo el mundo conocerá lo que digas, trabajo para una emisora que tiene intercambio noticioso con la agencia tal, habla sin miedo hombre, ¿qué piensan hacer ustedes cuando venga míster Koll el secretario de Estado, apedrearán la embajada?, habla hombre, habla para que el pueblo sepa qué piensan hacer ustedes y pueda apoyarlos), graban las declaraciones y después las venden nadie sabe dónde. Uno no está seguro de quién es quién. Es una cloaca esto, llena de ratas y de sapos.

Por eso no le hablé a Billy del modo en que había comenzado a ver la patria, como una herida o un dolor, y a sus paisanos

como perfectos hijos de puta. Él parecía un buen chico, sí, —y tal vez lo fuera— pero para qué decirle que cuando yo tenía quince años Ángelo Moreno me había prestado algunos libros y me había explicado ciertos aspectos del mundo; que a los dieciséis era dirigente estudiantil y participaba en manifestaciones patrióticas; que a los dieciocho soñaba con organizar un movimiento armado en compañía de otros soñadores hastiados de ver a nuestro pueblo sojuzgado y en la miseria; que a los veinte ya había estado cinco veces preso por un total de siete meses; que una noche había visto morir destrozado a un amigo, mientras preparaba un petardo en el garaje de su casa —tenía diecinueve años, idolatraba a Sandino y su gran ilusión particular era ser oficial de un buque ballenero—. Todo eso había sido mi vida, pero algunas cosas no son para andarlas contando; menos si uno no está bien seguro de quién es el oyente.

Y ¿qué es mi vida ahora, después de todo? La mezquina, ínfima satisfacción de tener un trabajo, de escribir esporádicamente algunos versos y de contar con una mujer de vez en cuando. Un blando conformismo unido a una blanda insatisfacción. Porque estoy solo, aislado, y es tonto pensar que en el aislamiento nadie pueda ser revolucionario; si acaso será un rebelde, un disconforme atrincherado en ideas digeridas con entusiasmo en el pasado, en biografías heroicas y en citas de Lenin. Estoy solo y sufro esa apatía o desencanto de los ilusos que en la adolescencia imaginan la revolución como algo puro, distinto o separado de la vida, del trabajo diario, del dolor de muelas, de las medicinas para la madre enferma, de la leche para el bebé; me embarga ese pesimismo que surge cuando se descubre que la revolución no es susceptible de ser realizada por el deseo de un soñador, sino que es un paciente y laborioso esfuerzo colectivo, un proceso, en fin, resultante de la adición de pequeñas acciones, no la hazaña de un exaltado ni el delirio de un joven con un libro húmedo de impaciencia bajo el brazo. Quizá lo mío sea falta de consistencia o debilidad pequeñoburguesa; pueden ser muchas cosas. Uno nun-

ca sabe a ciencia cierta por qué es lo que es y no lo que quiso llegar a ser. Es una vaina el egoísmo. Son lindas las palabras, pero si falta la voluntad todo se va al carajo. De todos modos, uno guarda apariencias; aunque sea para los demás, conserva un mínimo decoro, rehusa aceptar su desilusión o su vergüenza. En verdad, no soy lo que se podría llamar un auténtico revolucionario; soy demasiado dubitativo, débil o egoísta para serlo, pero sí tengo, he adquirido, por lo menos, conciencia de algunas cosas. Por otro lado, sé que hay verdaderos, genuinos revolucionarios en este país; gente que brega sin desmayo para salir adelante, y que saldrá adelante aunque algunos como yo quedemos rezagados. ¡Ah, las dudas, las pendejadas! Callé muchas cosas, es cierto, pero de todos modos le conté a Billy lo suficiente —sin precisar detalles, claro— para que no fuera a llevarse la impresión de que aquí todos tenemos mentalidad de cipayos o de putas.

—Dame otro, Charlie —pido en voz alta.

Charlie sirve a un cliente una copa de anís y viene a recoger mi vaso vacío.

—Por lo que veo, quieres cogerla de nuevo —dice.

—No, no lo creas. Mañana tengo que trabajar. Es que me hacen falta unos tragos. Tú mismo me has dicho que cuando uno está jodido no hay nada mejor que un trago, ¿no? Ahora ando así, apachurrado. Fíjate que no he podido dejar de pensar en el gringo. Opino que era buena gente, ¿sabes?

—¿Cómo así?

—Bueno, tú bien sabes cómo son los gringos. Este era distinto. No parecía gringo.

Seca la barra y pone el trago frente a mí.

—Ah, ya —asiente—. Sí, a veces pasa que uno tiene la suerte de encontrarse con uno así.

Un cliente pide una cerveza. Charlie abre la nevera con hielito donde las guarda y saca una del fondo. Agito el trago, lo pruebo y recorro con la vista la concurrencia. El local no está lleno, mas como algunos hablan en voz alta parece que hubiera mucha

más gente de la que hay. La noche anterior, en cambio, hacia la una de la madrugada no había un solo puesto desocupado. Pero, claro, era sábado. Ese día mucha gente sale a tomar con los amigos. El domingo no hay que trabajar y todo el mundo puede levantarse tarde.

Es el caso, por ejemplo, de los compañeros del ministerio. Rara vez entran a una cantina durante la semana, pero el sábado algunos comienzan a beber temprano y no llegan a su casa sino el domingo en la tarde. Lo suyo es una compensación a la rutina y las fatigas de la semana. En la cantina —con los amigos, la música y las mujeres— olvidan el sueldo mísero, el horario inflexible, las montañas de papeles que, lentamente, como una niebla maléfica, agobian a los empleados y les absorben la salud y los años. Por unas horas son libres, personas, no piezas de un engranaje sujeto a oficios y numeraciones y órdenes y miradas odiosas del jefe. Pueden olvidar que deben marcar su tarjeta de asistencia, que deben comer de prisa y luego subir a un autobús atestado y caluroso, en el cual hombres y mujeres sudan, tosen, empujan y maldicen para poder llegar a tiempo, pues descuentan medio día de salario por cada tres tardanzas. Durante unas horas pueden reír, quitarse la corbata y externar opiniones sobre boxeo, béisbol, mujeres, cine, lotería, caballos, política, etc., sin el temor de que el jefe les interrumpa la plática para preguntar con su odioso retintín: “Fulano, ¿ya tiene listo el informe sobre los ingresos del municipio de Dolega que le pedí ayer?” Es un tiempo fuera del tiempo. Otra vida. No existe la oficina, esa jaula llena de escritorios, archivos y calculadoras, en la cual jamás entra el sol; donde los rostros adquieren un color enfermizo por la luz fluorescente; donde las hileras de números son infinitas; donde nadie puede distraerse un momento porque un guarismo mal escrito trastorna el balance final y entonces hay que revisar nuevamente desde el principio todo ese cúmulo de hojas y hojas y columnas y columnas de cifras; donde no es posible pensar en la playa ni en un río ni en un paseo por el campo,

porque se sabe —es lo más triste— que el sueldo no alcanza sino para pagar la casa, la comida y comprarse una camisa. En cierto modo, la cantina es la aventura, la otra cara de la vida, un sitio en el cual es posible sentirse hombre humano por un rato. Hoy domingo, en cambio, sólo turistas, prostitutas, chulos y artistas de la farándula permanecen en los bares hasta la madrugada; o si no, periodistas, noctámbulos adinerados y gente que puede levantarse tarde.

Bebo un trago y respondo “no” cuando Charlie pregunta si quiero maní salado.

—¿Prefieres salchichitas picantes?

—No, ahora no tengo ganas de comer nada, Charlie. Tal vez más tarde.

Uno de los ayudantes pide una botella de **Johnnie Walker** para una de las mesas. Mientras Charlie pone vasos, hielo y sodas en una bandeja, veo que el ocupante del sitio donde estuve anoche se levanta y camina hacia el jukebox. Y nuevamente no es domingo sino sábado y quien va hacia la caja de música no es un desconocido sino yo; Billy, en tanto, queda en la mesa, prendido a sus recuerdos y a su mirada de hastío. Entonces, de pronto pienso en las curiosidades de la vida: mientras echaba monedas en el jukebox no imaginaba que hoy estaría recordando ese momento y a Billy —no muerto: amoratado por el agua, mordido por los peces, pálido en la claridad del amanecer— rodeado por la atmósfera turbia y las voces ebrias del MOROCO.

**M**IENTRAS CAMINO A LO LARGO DEL MALECÓN, expuesta la cabeza al sol, la camisa abierta para que me refresque la brisa, dejo que la mente discorra de la marea creciente a las palmeras y los altos edificios del centro; del olor del mar a los recuerdos; de la memoria a la luz hiriente del mediodía. En las piernas, en cada paso que doy, siento la energía acumulada, un casi salvaje deseo de correr hasta extenuarme, hasta que esas mismas piernas, ahora elásticas y fibrosas, apenas puedan arrastrarse como miembros lisiados. Es un ímpetu loco de perderme en la luminosidad ardiente de la hora. Sin embargo, reprimo el impulso y continúo caminando pausadamente.

Todavía las olas de la marea creciente no rompen contra el muro, aunque van aproximándose inexorablemente, incluso la espuma de las mayores lame ya la base del malecón. Los barcos pesqueros fondeados en la bahía cabecean perezosamente y en algunos asoman hombres oscuros, requemados por el sol del golfo y curtidos por las noches de tormenta. Hacia la izquierda, en dirección a Paitilla, dos lanchas de paseo navegan mar afuera. Sus estelas dividen las aguas azules y en los timones pueden verse figuritas rígidas, empotradas a las embarcaciones por la velocidad y el vértigo del mar.

Junto al muelle fiscal, varios botes de madera, deslustrados por el salitre, afligidos por la intemperie, ondulan con pelícanos y gallinazos parados en las bordas. Algunos tienen nombres pinta-

dos en la proa, otros un número, y varios simplemente muestran la madera anónima. En esos botes, lo he visto algunas veces, hombres de El Marañón —ese barrio de viejas casas de madera habitadas por familias humildes y prolíficas— regresan de la noche con camarones y pescados, fatigados por los remos y las redes, con la mirada serena y profunda de los hombres del mar. Y en la marea alta, acodada la clientela vociferante en el borde del malecón, ofrecen las sierras, las corvinas y los pargos con voz ronca. Las mujeres, con chiquillos desnudos agarrados a las faldas, regatean a gritos los precios, sus voces agudas clavándose y hundiéndose en las aguas verdosas, con basuras y detritus de los desagües flotando junto a los botes. En el aire destellan las escamas de los pescados mientras, simultáneamente, restallan las voces y las olas. Luego cesa la algarabía y las mujeres y los pescadores cruzan la avenida Balboa y caminan hacia las viejas casas de madera, aquéllas con la compra en una mano y el hijo en la otra, éstos con sus aparejos y el pescado para la familia; y el conjunto se pierde en los callejones y zaguanes, desaparece en esa colmena de paredes antiguas, eternamente sumida en olor del mar y en la periódica pestilencia de los desagües.

Pero ahora, en el calor del mediodía, sólo gallinazos y pelícanos ocupan los botes y en el malecón no hay nadie. Respirando a pleno pulmón el aire marino, me detengo a observar las aves. Algunas dormitan con las alas extendidas, otras simplemente parecen reponerse de interminables horas de vuelo al acecho de sardinas (los pelícanos) o de carroña (los gallinazos). Ahora las olas llegan hasta la base del muro y es entretenido ver sus lomos redondos, lustrosos por la luz, aproximarse como delfines al concreto carcomido y a los hierros oxidados. Su recurrencia incesante habla de eternidad, de vida secreta, de idilios y naufragios en horas aciagas o felices.

Junto al malecón el agua es turbia, pero, más allá tiene reflejos verdosos y, más lejos, azules y celestes. En los pilares del muelle —recubiertos de salitre y pequeños crustáceos— oscure-



cidos por los años sometidos a la acción del agua, el mar refleja el mediodía. Los reflejos de luz suben y bajan según ascienda o descienda el nivel del agua. Y en el extremo del muelle está amarrado el **Tucutí**, barco de pasajeros y carga que hace un viaje semanal a Darién, deteniéndose en cada poblado para dejar o recoger gente, petróleo, madera, plátanos, azúcar, medicinas, cartas, etc., y el cual algunas veces llega hasta los caseríos costeros de Colombia. Ahora el **Tucutí** yace escorado a estribor, hundido en el fondo lodoso, indiferente a las pequeñas olas que lamen sus costados. Semeja un barco desahuciado o abandonado por la tripulación ante un inminente naufragio; sin embargo, antes de media hora, cuando la marea haya subido lo suficiente, habrá recobrado su verticalidad y se podrá verlo cabecear y distender las amarras al vaivén de las olas.

Un marinero sale a cubierta sin camisa, descalzo y con un cigarrillo en la boca. Lo observo durante un momento y luego, sin razón, quizá sólo para compartir con alguien el bienestar que siento, para sentir que alguien más que las aves, el mar y yo estamos vivos, le grito:

—¡Hey! ¿Cuándo salen?

—¿Qué? —su voz salitrosa suena ronca en el viento.

—¿Que cuándo se van?

Nuestros gritos resbalan sobre el agua iluminada.

—Esta tarde —responde—. Cuando suba la marea.

Agarrado a un cable, sigue fumando en la cubierta inclinada y no digo más nada, pero permanezco otro rato allí, hasta que el **Tucutí** comienza a ser movido por las olas.

Luego camino hacia el terraplén donde descargan los camiones que vienen del interior. Ese sitio nunca está solo; hasta en días feriados es visible en él algún carretillero o negociante de frutas y legumbres. Allí, el olor de los repollos y las naranjas se mezcla con el del mar y con el sudor de los hombres. Ahora, en el calor húmedo, un grupo —viejos la mayoría— conversan en el malecón y de vez en cuando alguno escupe al agua donde hay

varios botes, en uno de los cuales un viejo come en un plato de aluminio. Me detengo a unos cuantos metros de ellos y dirijo la vista al mar. A mi derecha, los de tierra conversan con el viejo del bote.

—A las cinco sale el **Chucunaque**. Quiero las lechugas antes de esa hora, Lorenzo —dice el viejo con la boca llena.

Lorenzo asiente con la cabeza y explica:

—Apenas llegue Fabriciano te las doy. Ya debía estar aquí. Quién sabe qué le ha pasado.

El viejo pone a un lado el plato y toma con la mano un trozo de pescado frito. Termina de comerse el pescado, escupe una espina, bebe varios tragos de agua de una vasija metálica y luego enjuaga el plato en el mar. Desde donde estoy puedo ver cómo las sardinas se disputan los granos de arroz entre dos aguas. El viejo se recuesta en la popa y enciende la pipa. Sus pies callosos y tostados, grisáceos de sol y sal, oscilan como peces muertos con el movimiento del bote, mientras el humo de su pipa se desvanece en espirales lentas.

Más allá, al final de la calle, está el mercado, un edificio maloliente y antiguo, donde es posible adquirir desde los más exquisitos mariscos hasta la más esotérica hierba usada por los curanderos; y donde también es posible ver a la esposa de un millonario (su exclusivo vestido de París impregnado de olor a langosta, una escama añadida a su peinado griego) discutiendo el precio de los camarones con un vendedor semidesnudo, mientras detrás de ella la criada sujeta la bolsa de las compras y observa disimuladamente a un carnicero, de rostro moreno y tórax atlético, que poco antes le ha hecho un guiño malicioso.

En la acera, antes del mercado, están los puestos de compra y venta, ahora cerrados por ser domingo. En ellos, ancianos desaliñados y achacosos venden multitud de objetos usados, tabaco en hojas, baratijas y, en época de Navidad, juguetes baratos. Precisamente en uno de éstos conocí a Plinio. (Plinio: desaparecido, acaso muerto un día del cual no tengo memoria, pues

dejé de verlo durante meses y cuando volví a buscarlo no estaba; en su lugar, un jamaicano alcohólico me ofreció botas militares y un cuchillo de paracaidista y al preguntarle por Plinio respondió: “No sé de quién me hablas, muchacho. No sé. Este puesto se lo compré hace un mes a un chino medio loco”). Yo vivía con mis tíos en San Felipe, cerca de la catedral, en una casa de esa calle cuyo comienzo es visible desde aquí. Entonces acostumbraba venir al mercado por las tardes a ver la descarga de los camiones — algunos venían de Chiriquí y percibía en las frutas y legumbres, en los sacos de arroz o maíz, el distante olor de mi pueblo—; a ver los barcos y las grúas que sacaban madera de las bodegas; los botes que evolucionaban junto a la rampa; los chinos que discutían con los campesinos el precio de un hacha o de un rollo de alambre de púas; los marineros que comían arroz, pescado, lentejas y plátanos por veinticinco centavos en las fondas cercanas y luego entraban en las cantinas hablando a gritos de mujeres y borrascas; las prostitutas que deambulaban por allí, sus cuerpos marchitos, cubiertos con telas llamativas, y que desde los zaguanes llamaban a los transeúntes y en la penumbra acariciaban hábilmente a los hombres con las manos y los ojos, para luego irse con ellos a las posadas del rumbo por un dólar y al rato volver a los zaguanes a esperar nuevos transeúntes. A veces pasaba horas en la azotea del mercado de aves, embriagado con el tráfago marino, adormecido en el olor a brea y a petróleo de las embarcaciones, inundado por la luz celeste de la tarde, viendo las velas de las balandras desplegadas en el viento suave de la bahía y las gaviotas que sobrevolaban el muelle, el mercado y los mástiles. Luego, la tarde muriente doraba las edificaciones del barrio antiguo, y los balcones de fierro forjado y el cal y canto de las paredes evocaban el pasado esplendor del San Felipe colonial: los viejos crepúsculos de golondrinas y paseantes, el sosiego del ángelus y las primeras estrellas en la sombra naciente de las calles y las aguas. Una de esas tardes Plinio me ofreció su mercancía. Su cuerpo pequeño y delgado, su canosa cabeza cubierta por

una gorra de soldado, sus viejos y deslustrados zapatos, su ropa remendada y manchada de polvo y sudor, su mirada serena... todo él era una imploración en esa tarde luminosa de febrero. No le compré nada. Mi asignación diaria era de diez centavos; ¿qué podía comprarse con eso? Sin embargo, conversamos un rato y nos hicimos amigos. En ocasiones, incluso le ayudaba a ofrecer su mercancía usada a los campesinos y a la gente que pasaba. Cuando le iba bien me invitaba a una coca-cola o a un raspado y, si estaba de buen ánimo, me contaba sus andanzas: primero como vaporino en un barco que costeara el Pacífico hasta Costa Rica, después en un mercante holandés que lo llevó a Singapur y a otros puertos fabulosos. Con una mujer de Sumatra había tenido un hijo, según supo años después, pero una dolencia lo había alejado del mar, lo había esterilizado y le había impedido regresar junto a esa mujer cuyo rostro no recordaba y cuyo hijo se le antojaba inexistente—. Después había trabajado como peón en los muelles del Canal, había sido ayudante de mecánico y pintor de brocha gorda en Panamá. Finalmente, lo que es la vida, muchacho, a veces lo lleva uno a donde nunca ha pensado ir, había acabado probando suerte en el comercio. Y allí seguía, en ese puesto de compra y venta que muchos días apenas le daba para comer un plato de arroz con lentejas y pescado. Sin embargo, no se lamentaba: era libre de hacer lo que se le antojara y estaba cerca del mar, al cual no podía volver pero del cual no podía separarse. En ocasiones, muy raras, añoraba el lugar donde había nacido junto a un río, cerca de una montaña. De su familia no quedaba nadie allí, salvo algunos primos que tal vez ya no lo recordaban; no obstante, algunas veces —sobre todo ciertas noches en que, aunque abriera la ventana de su pequeño cuarto, el calor no lo dejaba dormir, mataba las horas repasando las vueltas de su vida— sentía deseos de regresar a esa tierra junto al río. Sabía que estaba demasiado viejo y habituado a la vida urbana para establecerse allí de nuevo, mas en esos momentos sentía muy honda la necesidad de mirar, aunque fuese una

sola vez, el sitio donde había nacido, ese valle cuya imagen había en cierto modo extraviado en las rutas del mar.

Ahora, mientras el viejo fuma reclinado en la popa del bote y los otros conversan en el malecón, me pregunto qué habrá sido de Plinio y si la muerte —si es que ha muerto— le permitió ver nuevamente su tierra junto al río.

La marea ha alcanzado a cubrir por completo la base del muro. El viejo sacude en la borda del bote las cenizas de la pipa y la guarda en un bolsillo. En las axilas y en el pecho siento cómo me baja el sudor. De vez en cuando ráfagas de viento marino refrescan el terraplén calcinado. El viejo escupe y su saliva forma pétalos en el agua. Empuña los remos y dice:

—Voy a echar un sueñecito a la sombra. No te olvides de las lechugas, Lorenzo.

Luego rema pausadamente hacia el muelle. Los golpes de remo forman remolinos en el agua y algunas basuras desaparecen en éstos y luego reaparecen más allá, agitándose como peces en la superficie iluminada. El viejo conduce el bote por entre los pilotes del muelle, lo detiene donde la sombra es más densa y se acuesta en el fondo.

En el malecón, uno de los hombres dice:

—¿Por qué no nos tomamos una cerveza mientras llega Fabriciano?

—Sí, estaría bien para el calor —aceptó otro—. Vayamos al **Terraplén.**

Cruzan la calle y entran a la cantina. El malecón queda solitario. Un perro dormita debajo de una carretilla. A lo lejos el mar es intensamente azul y en el horizonte, más allá de las islas, un gran barco se aleja con su penacho oscuro extendiéndose en el día.

Como si los años no hubieran pasado, camino despacio hacia el mercado, atravieso sus naves desiertas y frescas —los puestos vacíos de mercaderías aparecen pulidos en la claridad difusa y el piso ha sido barrido con mangueras— y salgo a la

rampa de la capitanía del puerto. Junto a ella hay más botes y otro barco amarrado al muellecito. En las inmediaciones, hombres y mujeres con maletas y bultos esperan la orden de abordar la nave. La mayoría suda copiosamente aunque el viento del mar evapora el sudor.

En ese mismo muelle, una de tantas tardes vi cómo dos policías desembarcaban a empujones a un negro colombiano acusado de hechicero. ¿Salió en los periódicos? Tal vez sí. Había llegado a Yaviza como llegan muchos en busca de trabajo. Ni las autoridades ni los vecinos le prestaron mayor atención y durante meses pasó inadvertido. Luego, un día una mujer falleció a causa de un aborto provocado y la consiguiente investigación reveló que el colombiano le había proporcionado la pócima fatal. Se descubrió, además, que ese no había sido el único aborto provocado por él; y en todos los casos, era lo más curioso, él mismo había causado los embarazos. A base de oraciones y bebedizos seducía a las mujeres; aunque éstas alegaban que no, que había sido su mirada magnética y profunda, como de serpiente, sí como de serpiente, la que les había anulado la voluntad y trabado la lengua, la que les había insuflado fuego en la carne y hecho sucumbir una y otra vez a los requerimientos del negro. Luego él las inducía al aborto para que esos niños no sufrieran ni aumentaran la miseria del mundo. Era bueno y cariñoso, no le deseaba mal a nadie y su mirada poderosa producía escalofríos y desvanecimientos; sí, escalofríos provocaba cuando la miraba a una como desde las mismas honduras de la noche. Esa tarde, sin embargo, mientras era empujado del barco al muelle y de éste al autopatrulla, su mirada no era enigmática y profunda ni de serpiente, sino la de un hombre vencido y acosado.

La marea ha subido lo suficiente para que el barco pueda zarpar y un individuo con trazas de empleado naviero —pantalón oscuro, camisa blanca, corbata del mismo color del pantalón y gafas negras— indica a los pasajeros que aborden el buque. Una mujer levanta nerviosamente del suelo una bolsa de papel y ésta

se desfonda y el contenido se esparce por el pavimento; su acompañante, un hombre fornido, de manos enormes y mirada huidiza, la increpa y en voz baja maldice mientras la ayuda a recoger paquetes de café, confites, jabones, y trozos de bacalao. En tanto, la voz del empleado apremia monótonamente desde la rampa: “Apúrense señores que nos vamos con la marea”.

Desde la azotea del mercado de aves se domina gran parte de la bahía. Como antes, he vuelto a este sitio para ver zarpar el barco. El sol cae a plomo y el calor del día se suma al del pavimento. El aire es un cristal hasta donde alcanza la vista, hasta donde el agua levanta espumarajos al chocar con los arrecifes de Punta Paitilla, hasta donde, muchas millas más allá, los cerros azulosos cierran el horizonte.

A bordo del buque se oyen estridentes voces de maniobra y luego el rr r rr asmático de las máquinas, que paulatinamente se regulariza hasta convertirse en un rrrrr uniforme que revuelve y agita las aguas en olas simétricas. Sueltan las amarras y la nave se aleja lentamente del muelle, da vuelta y enfila la entrada de la bahía. En cubierta trajinan marineros con el torso desnudo y en la banda de estribor una mujer agita la mano. Sobre el barco, sobre los techos y el agua, las gaviotas atraviesan la luz radiante.





## VIENTO DEL MAR

últimas estrellas  
olores del matadero próximo  
Casuchas de tablas de cartón y láminas oxidadas esperan el  
amanecer entre los pajonales  
Cuando la luz venga sobre el mar verá hombres de mirada hun-  
dida partir hacia la ciudad en busca de trabajo o simple-  
mente de algo para comer hoy  
verá perros famélicos echados junto a las puertas espantando  
moscas con la cola  
niños de piernas flacas y vientres abultados por las lombrices  
que juegan y gritan en las calles sin pavimento  
mujeres embarazadas de paso mortecino que lavan ropas re-  
mendadas en baldes de zinc o conversan y esperan el regre-  
so del marido con algo para cocinar  
Una mujer con venas varicosas llama a una chica de diez años  
—Anda a buscar un poco de agua hija  
La niña toma un cubo y camina hacia la llave pública donde una  
larga cola de chicos de ambos sexos y de mujeres espera  
turno para llenar vasijas  
la chiquilla deja el cubo lleno sobre una mesa de tablas sin  
pulir y su cuerpo delgado y pálido por el esfuerzo se re-  
cuesta en la puerta mientras la mujer con sus venas hincha-  
das doliéndole le dice que cuidado no cuida al hermanito  
que qué hace ahí como abismada y no va a ver si algo le ha  
pasado

VIENTO DEL MAR

Doscientas casuchas entre los pajonales  
calles de lodo en invierno de polvo en verano  
camas de tablas sin colchón  
sueños de niños y de adultos revueltos en una sola  
habitación calurosa  
chinches  
cucarachas  
ratas que entran y salen de las casas mientras todos  
duermen

Bajo un almendro un perro toma el sol boca arriba  
como muerto  
a su lado  
en una silla de tres patas recostada al tronco del árbol  
una vieja tose y mira el mar más allá de los arrecifes  
sus ojos opacos guardan la visión de una tierra sin  
mar y borrosas escenas, de su niñez en los montes  
un hijo tres nietos y una nuera enferma es cuanto tiene aquí  
y allá  
allá imágenes de angustia  
el recuerdo de su esposo Casimiro muerto por una  
víbora ese invierno anterior al verano en que Ruperto  
dijo  
—Nos vamos a la capital mamá  
estas tierras no dan nada y allá puedo conseguir trabajo  
dicen que en el Canal corre la plata  
nos vamos mamá

Ahora, el mar es un espejo celeste enmarcado por rocas negras  
y la brisa mueve las hojas del almendro. el perro se levanta  
olfatea los pies descalzos de la anciana y agita la cola mien-  
tras un boeing atruena el cielo hacia el aeropuerto

VIENTO DEL MAR

La policía busca al Tuerto  
al Tuerto

La voz va de casa en casa  
y los uniformes preguntan con mirada dura

—¿Nadie ha visto al Tuerto?

Sabemos que está aquí  
le vieron huir hacia acá

—¿Qué hizo señor? pregunta, una mujer desgredada con un niño  
en brazos ¿Algo malo señor?

—Estaba fumando marihuana y le robó la cartera a una turista  
¿Dónde vive?

—Nadie sabe señor por aquí sólo viene de vez en cuando

La mujer con el niño desaparece dentro de una casa y enciende  
una vela a medio consumir frente a una estampa de San  
Antonio

El auto de la policía vuelve frustrado a la carretera

La brisa del atardecer riza los pajonales

En la bahía un yate blanco surca las aguas verdes.



**¿E**N QUÉ INSTANTE DE LA TARDE O DE LA NOCHE Billy contó lo de su herida? Mientras Charlie deja frente a mí otro **gin** pienso en ese momento, ya entonces lejano para Billy, próximo sólo en su memoria y en sus palabras, que salían de su boca maculadas por el sufrimiento y la sangre. Recuerdo que mientras hablaba golpeaba el cigarrillo en el cenicero y yo convertía en imágenes su relato, como en el cine. El era ese narrador invisible, buscado en vano por los niños en la pantalla, y mi mente la cámara que ilustraba la narración: él trazaba el marco de los acontecimientos; yo ponía el color, la lluvia, el horizonte, los animales, los hombres avanzando entre la maleza fangosa, contraídos los rostros por la tensión y el esfuerzo.

**BILLY:** Los helicópteros nos dejaron en el borde de un arrozal, como a media milla del lugar donde el día anterior había sido emboscada una patrulla.

**CÁMARA:** La lluvia difumina el perfil de las montañas. Más allá del arrozal, al otro lado del monte, hay un río; por él huyeron los guerrilleros tras de haberle hecho nueve bajas a la patrulla. En medio de la lluvia, los helicópteros recogieron a los heridos y a los muertos. Los sobre-

vivientes subían a los aparatos con el miedo coagulado en sus pupilas azules. Ahora los hombres avanzan desplegados en tanto los helicópteros se remontan en dirección al río. En sus frentes asoman las ametralladoras, calibre. 50.

**BILLY:** Caminábamos con las armas listas, atentos a posibles trampas disimuladas en la maleza o a cualquier movimiento sospechoso. Porque sabíamos que ellos estaban ahí y que podían aparecer en cualquier momento. Ya habíamos aprendido que cada árbol, cada arbusto podía ser un tirador camuflado. Con muchas precauciones dejamos el arrozal y comenzamos a adentrarnos en la maleza.

**CÁMARA:** La vegetación no es muy tupida. Los hombres avanzan en silencio, fijándose en dónde pisan. (PLANO FIJO: Un soldado grita mientras es atravesado por los bambúes afilados de una trampa que él mismo ha accionado al pisar un tronco podrido). La llovizna entorpece la visión: a más de veinte metros es imposible ver claro. Las hojas mojadas se pegan a los cuerpos. Los hombres sienten los pies ligeramente entumecidos por el agua. Lejos se oye el sonido de los helicópteros y, hacia el este, estampidos de artillería.

**BILLY:** Más o menos, en dos horas recorrimos la media milla que nos separaba del río. Continuaba llovisnando y el caudal bajaba turbio. No se podía ver el fondo del cauce aunque era

poco profundo. Descansamos quince minutos, y luego el capitán ordenó reanudar la marcha por la ribera, en sentido contrario al de la corriente.

CÁMARA:

Las aguas corren mansamente bajo el cielo gris. No hay signos de vida humana en las márgenes enmarañadas. Ya no se escucha el ruido de los helicópteros. La lluvia cae lenta, monótonamente.

BILLY:

(Aplastó el cigarrillo en el cenicero y bebió un trago). Seguimos caminando hasta bien entrada la tarde sin encontrar a nadie; ni siquiera vimos indicios de que alguien hubiera pasado por allí. El desaliento, el cansancio, no sé, nos carcomía los huesos. Luego remontamos una ladera cubierta de hierba y arbustos espinosos y frente a nosotros aparecieron tres chozas en medio de un desmonte. El capitán las observó con los binoculares y dijo que parecía no haber nadie en ellas. Sin embargo, ordenó destruirlas porque seguramente servían de refugio a los guerrilleros. Nos desplazamos dando un rodeo y poco después, desde unos treinta metros, abrimos fuego y lanzamos una granada contra cada choza. Efectivamente, nadie vivía en ellas. Entre los escombros no había huellas de habitación. Sus ocupantes debían haberlas abandonado mucho antes. Allí hicimos alto y comimos. Luego el capitán pidió por radio que los helicópteros vinieran a recogerlos.

CÁMARA:

Cinco y media de la tarde. Fatigados, los hombres fuman y conversan en grupos. Ya no llovizna pero el cielo sigue nublado. Una luz lechosa desdibuja los contornos. A lo lejos, el azul-gris de las montañas anuncia la noche. Los hombres se ven tranquilos. Antes de media hora habrán venido los helicópteros para llevarlos a la base. En dirección al río, casi rozando las copas de los árboles, vuela una garza.

BILLY:

Yo estaba cerca de **Bloody** Maloney, un tipo de California, de Fresno, creo, que a los diecinueve años ya había recorrido todos los Estados Unidos en auto stop. Era huérfano (sus padres habían muerto en un incendio, y había vivido hasta los quince años en un orfanato de San Francisco. Allí, en los barrios duros, había comenzado su vida propiamente dicha y allí también había incubado un profundo odio hacia los chinos, porque uno de éstos lo descubrió cuando intentaba robar en un restaurante y lo denunció a la policía. A lo mejor por eso, decía, vine como voluntario a esta guerra de mierda. Quisiera acabar con todos esos monos amarillos y sus semejantes. Que no quedara uno. (Encendió un cigarrillo y con un gesto le pidió a Charlie otra ronda)

La verdad era que **Bloody** Maloney tenía fama de temerario y despiadado. Cuando lo conocí ya tenía dos condecoraciones y un ascenso a cabo, postergado porque durante una incursión había disparado, sin orden pre-



via, contra un grupo de viejos y de niños que intentaba ocultarse en el monte. También había estado a punto de afrontar un consejo de guerra por haber volado unas edificaciones que había tomado por refugios de guerrilleros, cuando en realidad eran una especie de hospital rústico. Sin embargo, a pesar de todo eso, dada su disposición para el combate, los oficiales lo apreciaban y su nombre era popular entre los soldados. Incluso cuando alguien deseaba estimular a un recluta, le decía palmeándole la espalda: Vamos, chico, ten el ánimo de Maloney. Piensa que esos que anclan por ahí son ratas y todo te será más fácil.

**(Panorámica)**

CÁMARA:

Base norteamericana. Cerros a lo lejos. Una alambrada de tres metros de altura y susceptible de ser electrificada marca el perímetro militar. Un campo de minas y de alarmas cubre una franja de quince metros a cada lado de la cerca. —Las minas están enterradas y las alarmas son invisibles, pero al espectador debe hacerse saber que están ahí—. Soldados solos o en pequeños grupos van de un edificio a otro. Los barracones de la tropa forman una inmensa L en el sector este de la base. Otros edificios, incluidos cine, club — en éste hay una sección exclusiva para oficiales— intendencia, lavandería, etc., completan la imagen. Camuflados en depresiones artificiales del terreno hay cañones pesados. Helicópteros, camiones de transpor-

te, motocicletas, blindados, jeeps y otros vehículos aparecen en distintos puntos. Junto al puesto de mando, frente al edificio achaparrado y hosco, ondea la bandera estadounidense.

**(Plano general interior)**

Dormitorio de soldados. Maloney está acostado en su cama. Fuma. En la cama contigua a su derecha, dos soldados jóvenes conversan sentados. Uno ríe, roja su cara imberbe, un chiste de su compañero. **Bloody** Maloney tiene la mano izquierda bajo la cabeza. Ofrece su cigarrillo al soldado que ríe. Este aspira con los ojos cerrados y antes de exhalar el humo pasa el cigarrillo a su compañero.

—Esto es bueno para el miedo —dice Maloney—. En San Francisco los hippies fuman para olvidarse del mundo y sentirse tranquilos. Aquí ayuda a mantener el pulso firme. Afina la puntería.

—¿Y no está prohibido? —pregunta el que ahora tiene el cigarrillo.

—¿Y qué? —responde Maloney—. Aquí muchas cosas están prohibidas muchacho, pero no hagas caso. El Sargento y el capitán también fuman. Y hay quien dice que el coronel está en el negocio. Bueno, pero de eso no hay por qué hablar.

Retoma el cigarrillo y aspira largamente. Fuera del dormitorio alguien grita: **¡Bloody!** Este contesta. Entra un soldado con paso nervioso y se aproxima a la cama. Maloney in-

terroga con la mirada. El recién llegado mira recelosamente a los dos soldados y luego, ante una seña tranquilizadora de **Bloody**, habla en voz baja, sentado en la cama de la izquierda. —Está bien —dice Maloney cuando el otro termina—. Dile que la traiga esta noche. Pero adviértele que sólo recibirá un dólar por cada cigarrillo.

El soldado sale. Maloney da otra chupada al cigarrillo y luego lo pasa.

(Close Up)

En la nariz, en la frente de Maloney brillan pequeñas gotas de sudor. Sus grises pupilas dilatadas tienen reflejos acerados. Observa a los soldados que consumen el resto del cigarrillo.

—Así es al cosa, chico. Tú nada más preocúpate por ser un buen soldado; así nadie te prohibirá nada. Te lo dice Maloney.

Se incorpora y camina hacía el fondo del dormitorio, donde están los baños. El soldado que reía aspira profundamente, los ojos entornados. El otro lo mira fija, cálidamente, con una ternura extraña, le pone una mano en el muslo y dice con voz íntima: —Vamos, James, anda, dámela ya, no seas egoísta. Afuera comienza a llover.

BILLY:

En la luz gris, pegajosa por el calor, mientras Maloney fumaba para alejar los insectos, yo soñaba con volver a la base, despojar-

me del equipo y tenderme en la cama diez horas seguidas o ir al cine a ver a **Mary Poppins**. En ese momento no pensaba en nada más. Me sentía realmente molido, como si en vez de siete horas hubiéramos caminado cincuenta. Luego, después de un rato en que perdí la noción de todo —no sé si dormí o sencillamente mantuve la mente en blanco— percibí el ruido de los helicópteros. Dieron orden de prepararse para abordarlos y un instante después los aparatos estaban sobre nosotros. En el claro había espacio suficiente para que descendiera, los tres simultáneamente. Caminamos hacia ellos y fue entonces, precisamente en el instante en que subían los primeros hombres, cuando comenzó el ataque. En los minutos siguientes no hicimos más que responder al fuego instintivamente, tendidos en tierra. Nos disparaban de todas partes y nosotros también tirábamos en todas las direcciones, aunque sin ver a nadie porque los atacantes estaban ocultos en el monte. Uno de los helicópteros fue alcanzado por una ametralladora pesada y sus aspas giraron cada vez más despacio hasta que se detuvieron por completo. La tripulación lo abandonó y la cabina del aparato fue materialmente destrozada por las balas. Los otros despegaron mientras sus ametralladoras barrían la selva. Del lado del río no nos tiraban y nos ordenaron replegarnos hacia allá Maloney estaba cerca de mí y mascullaba maldiciones entre dientes en tanto disparaba con gesto rabioso. Puse un nuevo cargador y corrí hacia el monte lo más ve-

lozmente que pude. Detrás de mí sentía los pasos de Maloney. Unos cuantos metros nos separaban de la espesura y yo corría inclinado y en zig zag, con el miedo disuelto en la sangre y esperando sentir de un momento a otro la mordedura de las balas. Súbitamente **Bloody** lanzó una maldición, seguida por una especie de quejido o estertor ronco y escuché el golpe apagado de su cuerpo contra el suelo. Instintivamente, sin detenerme ni aflojar la carrera, miré hacia atrás por sobre el hombro. Entonces, en el preciso momento en que me arrojaba de cabeza al monte, sentí una fugaz quemadura en la pierna izquierda. Sin embargo, el miedo me impulsaba y seguí reptando, adentrándome en la espesura mientras un adormecimiento doloroso me subía hacia la rodilla.

CÁMARA:

(Tenía el cigarrillo en la mano y miraba a Billy a través de la columnita de humo que salía de entre mis dedos)

Ahora los disparos provienen solamente del lado del río. Los guerrilleros no dan señales de vida; nada se mueve en los lugares desde los cuales, momentos antes, las armas automáticas atronaban la tarde. Los soldados también dejan de disparar. El silencio se cierra sobre el paraje. En el claro, el helicóptero semeja un gran pájaro muerto. Su mole verdosa se oscurece paulatinamente bajo el cielo gris, en la luz turbia, chamuscada de pólvora; lo mismo ocurre con los hombres caídos en los alrededores: van oscureciéndose sobre la tie-

rra mojada, sumiéndose en la inmovilidad del silencio y de la llovizna que nuevamente cae.

**BILLY:**

Unos metros a mi derecha, el capitán daba órdenes con voz tensa. “¿Cuántos faltan?”, oí que le preguntaba al sargento. Repté hacia donde oía las voces. El sargento me vio y dijo: “Ahí está Jones”. El capitán preguntó si me habían herido. Respondí que en la pierna. El sargento examinó la herida y dijo que no era grave, pero que podía complicarse si no era atendida pronto. Poco a poco otros hombres se reunieron con nosotros. El sargento hizo un somero recuento de bajas. Faltaba más de un tercio de la gente y varios de los presentes estaban heridos. El capitán desplegó a los hombres en torno al grupo de heridos y dijo que pasaríamos allí la noche, pues ya había pedido refuerzos y seguramente al amanecer los helicópteros volverían a buscarnos.

**CÁMARA:**

Lentamente la sombra envuelve el claro y el verde de los montes adquiere tonalidades negras. Los soldados forman un círculo invisible en torno a los heridos. En sus rostros aún se reflejan el miedo y la tensión de los últimos minutos. Cerca del helicóptero, un hombre herido en el pecho se queja débilmente mientras la llovizna moja su cabeza descubierta; junto a él, su casco se llena de agua. Su queja es inaudible para quienes están en el monte, sin embargo, el herido siente que el sonido de su garganta llena la sombra hasta los confines del mundo.

BILLY:

(Pagó la nueva ronda y bebió un trago mientras yo apagaba el cigarrillo). Recostado a un árbol, la pierna extendida como una cosa inútil (oyendo la respiración fatigosa de los heridos y el monótono golpeteo del agua en las hojas, la sombra espesándose cada vez más, metiéndose dentro de uno, inyectándole en cada célula ese miedo que no es temor a la muerte sino pavor a la soledad, al silencio, a la tierra mojada, a los ruidos de los pájaros y a los propios pensamientos) yo maldecía interiormente mi suerte, el dolor que me agarrotaba la rodilla y a todos los que en ese momento no sufrían, con los músculos perforados por un balazo, la angustia de una noche lluviosa con enemigos al acecho. Busqué en la mochila el tubo de las aspirinas y me tomé dos. A mi derecha alguien se quejaba quedamente, como avergonzándose de su padecimiento, como temeroso de que los demás supiéramos que sufría.

ESPECTADOR:

La verdad, Billy, yo quisiera estar allá pero en el otro bando, acechándolos a ustedes, buscando la oportunidad de acabarlos. Tú sufres y los otros heridos también. Eso es triste, pero no tanto. El sufrimiento les ha hecho olvidar que ayer los B-52 borrarón cinco aldeas en las provincias del Delta. Animales, viejos, niños... todo fue pulverizado. Cuando terminé el **raid**, las columnas de humo espeso eran el último y único vestigio de los pueblos destruidos. Olvidan que ustedes han contaminado y arrasado la mitad de ese país con herbicidas y sustancias tóxicas, que mantienen en campos de con-

DIMAS LIDIO PITY

centración a miles y miles de familias, que centenares de personas mueren torturadas cada día. Sí, yo quisiera estar allí para impedir que si quiera uno de ustedes pueda volver a la base en los helicópteros.

CÁMARA:

Los cerros, el horizonte, desaparecen en la sombra. La llovizna se convierte en aguace-ro. El agua extrae sonidos metálicos del heli-cóptero destrozado. El herido próximo al aparato ya no se queja. Salvo el ruido de la lluvia, el silencio es total. La sombra es la única realidad bajo el cielo; la sombra y el agua que moja a los caídos, penetra en la tie-rra y es por igual indiferente a la noche y a la muerte.

BILLY:

Las horas pasaban lenta, dolorosamente, como arrastrándose. La lluvia llenaba la som-bra de sonoridades confusas. El cansancio pugnaba por adormecerme, aunque la hume-dad y el dolor de la herida me impedían ce-rrar los ojos. Creo que en ningún momento he vivido algo semejante; jamás había tenido ni he vuelto a tener una visión tan precisa y clara de mi inutilidad, de mi absurdo, de lo poco que verdaderamente significa la existen-cia de uno. Ese grupo de hombres bajo la llu-via, sumido en la sombra y en el miedo, en riesgo de quedar para siempre sobre la tierra mojada de un país extraño, de pronto me pare-ció irreal. No era cierto que estuviéramos allí. Cada quien estaba en su ciudad, en su casa, viendo la televisión, conversando en el bar con



los amigos, esperando a la novia o a la amiga para ir al cine o a bailar. En Nueva York, yo asistía a la inauguración de una muestra de pintura y hablaba con una joven y presuntuosa escritora recién llegada de París. Mientras su brazo rodeaba los hombros de una chica menuda, que lucía una sortija en cada dedo, intentaba convencerme de que los niños de laboratorio permitirían a la mujer liberarse de la esclavitud de la maternidad; además, así el amor sáfico podría expresarse libre y cabalmente, como debía ser, como no había sido, tú me entiendes **honey**, por las trabas del matrimonio y los prejuicios y la mojigatería sociales. Más allá, un pintor con la cabeza rapada y barba larguísima y revuelta, abjuraba de la cultura, maldecía a gritos a los academicistas y vindicaba la espontaneidad y el impulso como lo único que realmente debía de contar en el arte y en la vida. Una rubia, cubierta sólo por una pampañilla —sus pezones pintados de púrpura fosforecían como luciérnagas— pasaba a los concurrentes una bandeja de bebidas. En el ombligo tenía pintado el símbolo del infinito y en sus ojos —pestañas postizas, orlados de verde y violeta— titilaban lucecitas misteriosas. Yo admiraba sus senos erguidos, olvidado de la lluvia en el follaje y de la pierna herida, pero de pronto un movimiento involuntario me agudizó el dolor y ya no fue Nueva York sino otra vez la selva, los hombres con miedo, los muertos con la cara en el lodo... y un sudor frío me cubrió la frente guarecida por el casco.

**ESPECTADOR:** El miedo a la muerte siempre ha estado en el hombre, Billy. Tú piensas en Nueva York para olvidar que puedes quedar allí, junto a ese árbol, en la noche lluviosa, como miles de compatriotas tuyos que han quedado y quedarán tendidos en los arrozales, en la selva, en las calles de Hue, de Pleikú, de An Loc y hasta en los bares y prostíbulos de Saigón. Piensas en Nueva York para no pensar en tí, en la muerte que en este mismo instante puede estar acercándose en la oscuridad. Quisieras que alguien hablara para olvidar el miedo. Quisieras no haber ido nunca a ese lugar. Casi estoy seguro de que a los otros les ocurre lo mismo: piensan en cualquier cosa para olvidarse de la muerte. Así es el miedo. Ahora, ¿te imaginas en qué pensarán esos campesinos que oyen aproximarse el rugido de los aviones, corren a refugiarse y miran impotentes cómo las bombas y el napalm destruyen sus casas y sus campos? Seguramente también temen a la muerte. Pero ellos están en su tierra y, aunque sientan miedo, saben que tienen que vivir, y saben que para poder vivir tienen que pelear. Esa es la diferencia. Ellos no pueden escoger. Tú puedes pensar en Nueva York; ellos, sólo en su familia muerta o en la casa destruida. Esa es la diferencia.

**CÁMARA:** Desplegados en un círculo invisible, silenciosos y tensos, sin poder fumar, los soldados sienten —puede verse en sus rostros— que el tiempo se arrastra sobre las hojas muertas, cae con la lluvia y penetra en ellos con el aire hú-

medo. De cuando en cuando, una ráfaga de viento agita el monte y el agua acumulada en la fronda cae sobre los hombres.

BILLY:

(Bebió un trago, jugueteó con el vaso, me miró encender un cigarrillo y sonrió en una especie de suspiro) Después creo que tuve fiebre y probablemente dormí un rato. No estoy seguro. Pero eso sí, como te decía, fueron las horas más largas que he vivido. Recuerdo que durante un rato pensé en Maloney. Tal vez, seguramente, estaba muerto. Quizá mandaran su cadáver a San Francisco envuelto en una bandera y con otra medalla. Todos decían que era un buen soldado. ¿Y yo? Seguramente que si moría también dirían que había sido un buen soldado. Siempre dicen algo parecido del que muere. Es como si la muerte lo limpiara a uno de vicios y defectos. Nadie diría que Bloody Maloney había sido un vicioso, que golpeaba salvajemente a las prostitutas tras de haber estado en la cama con ellas, que iniciaba en la marihuana a los soldados recién llegados. Nadie diría ni pensaría nada malo de **Bloody** cuando llegara a San Francisco envuelto en una bandera. Para todos sería un héroe, un buen **boy** que había cumplido hasta el fin con su deber.

ESPECTADOR:

Pobre Billy, eres un criminal. Todos los que han ido allí son criminales, regresen muertos o vivos. Ni el miedo ni la herida en la pierna te exculpan. Nada puede borrar esa culpa. Debo leer otra vez los libros de Burchet. Los

guerrilleros trabajan los campos durante el día y por la noche atacan. Giap. Sí, la guerra popular. Un pueblo que lucha por su liberación contra un ejército invasor puede derrotar al armamento más moderno. **Life** publicó una foto que muestra a un tanque arrastrando a un guerrillero maniatado. Los bonzos se inmolan en las plazas y frente a los mercados. Al atardecer, cuando la última luz dora los picos de la cordillera anamita, los hombres desuncen los bueyes, guardan el arado y buscan la noche con el fusil al hombro. Un comando guerrillero atacó anoche la gigantesca base norteamericana de Danang y destruyó diecisiete bombarderos. El Pentágono ordenó intensificar los bombardeos contra la ruta Ho Chi Minh. Máquinas contra hombres. Computadoras contra nervios. El Papa deplora la efusión de sangre en el sudeste de Asia y ora porque las partes busquen el modo de ponerle pronto fin a ese conflicto que lacera la conciencia de la humanidad. Bertrand Russell y Sartre denuncian los crímenes de guerra norteamericanos. Una niña huye desnuda por un camino solitario y lleno de cráteres; detrás suyo, el napalm sólo ha dejado cenizas y humo de lo que fue su hogar. Seguramente tú has visto esas fotos, Billy. ¿Veías huir a esa niña? Uno de los heridos piensa que morirá. Tiene el hígado perforado. Lluvia, lluvia, oscuridad. Cuando llegue la mañana estará muerto. Está cerca de ti, apenas a tres metros, aunque no puedes verlo, y ya no tiene miedo. Es que cuando ya la muerte ha entrado en uno el miedo

## ESTACIÓN DE NAVEGANTES

desaparece y nada importa sino ese frío que sube inexorablemente desde los pies. Seguramente ese soldado está recordando algo. ¿Qué recuerda, Billy? La tarde es luminosa en..., pueblito de Arkansas, su madre le sonrío en el parque y le da para que compre un helado. De cereza, de cereza. Pero cuidado con la camisa, hijo. Mira cómo te has puesto. Del otro lado de la calle se acerca un hombre de rostro pálido, vestido de negro, con un paraguas enorme. Otra vez; cómo eres, hijo.

“Después de las grandes lluvias viene el buen tiempo. En un instante el mundo entero se deshace de sus húmedas ropas.

... Bajo el sol caliente y el viento limpio, las flores sonrío. En los grandes árboles de ramas recién lavadas, hay un coro de pájaros. El calor llena el corazón de los hombres y la vida despierta de nuevo. La amargura cede el paso a la felicidad...”

Bob Hope viajó a Vietnam con un grupo de artistas; van a elevar la moral de los soldados. En Tokio y en París hay manifestaciones contra la agresión estadounidense en Indochina. Grupos de conscriptos queman sus tarjetas de reclutamiento en Washington, frente al monumento a Lincoln.

**BILLY:**

Cuando cesó la lluvia, comenzaron a picarme los mosquitos. Eran un suplicio. Mataba uno y venían diez. Me unté repelente en la cara y en las manos, pero se metían entre la ropa. Sabía que el humo podía ahuyentarlos, pero

teníamos prohibido fumar. Maté cuantos pude y aguanté las picaduras hasta que la oscuridad fue menos densa y supe que pronto amanecería. Entonces me sentí mejor porque pensé que posiblemente ya no sufriríamos un nuevo ataque. Creo que no mentiría si te dijera que ése ha sido el día más largo y ansiosamente esperado de mi vida.

CÁMARA:

La luz indecisa perfila primero las montañas, después baja a los montes, finalmente a la planicie, y el río está allí, con el agua turbia de sus meandros absorbiendo el día naciente. En el claro, el alba descubre los cadáveres cubiertos de lluvia. La luz atraviesa los cristales rotos del aparato abatido. A lo lejos, invisibles aún, se oyen varios helicópteros. El capitán ordena prepararse para partir. Que primero suban los heridos. Muy alto pasa una escuadrilla de bombarderos rumbo a las montañas. Los soldados los miran pasar y caminan hacia el claro. Los reactores trazan líneas blancas en el cielo limpio. Un soldado ayuda a Billy a incorporarse. Su pierna está hinchada. Por el este aparecen los helicópteros y el ruido de sus motores cubre la tierra mientras la luz precisa las cimas de los cerros y los hombres avanzan fatigosamente hacia el claro.

ESPECTADOR:

Guernica. Nada fue igual desde entonces; nada será igual desde ahora. Aun en medio del sufrimiento el mundo cambia. Auschwitz, Dachau, Bergen Belsen, Treblinka. Mengele invocaba la ciencia para desollar hombres y

mujeres vivos, para destripar fetos, para sumergir sacerdotes en agua helada hasta que murieran. Quería saber hasta dónde llegaba la resistencia humana al frío y, con base en ese conocimiento, salvar a los pilotos del Reich derribados en el Canal de la Mancha. Pero ¿qué falacia invoca el Pentágono para arrasar aldeas enteras con napalm y destruir miles de hectáreas de cultivos con herbicidas para envenenar las aguas y los campos? Russell, Sartre, los pacifistas norteamericanos y hasta el **New York Times** han denunciado eso. Hambre, miedo, horror. Los negocios están por encima de los hombres. La General Motors, la Douglas, la Bell Aircraft necesitan salida para la producción gigantesca de sus fábricas. El último verano en Pittsburg bandas de obreros agredieron una manifestación que exigía el fin de la guerra. Defendían su automóvil, su casa a plazos, su televisión a color, la cerveza fría por las tardes. ¿Qué importa que perezcan cien, quinientos mil vietnamitas? Un capataz de la Ford Motor Company saca una cerveza de la refrigeradora Kelvinator último modelo y se sienta frente a la televisión —a su lado, su esposa; los niños se tienden en la alfombra— a ver el combate por el título mundial de todos los pesos en el Madison Square Garden. En ese mismo instante, bombarderos B-52 despegan de Tailandia y de Guam con treinta toneladas de bombas cada uno. ¡Ah, Hiroshima! Fuego, humo, ceniza. Alguien (muchos) quiere que el miedo domine al mundo. Pero no es posible, Billy; ¿no te das cuenta?: el

miedo no puede contra la vida. Se ha visto a lo largo de la historia y nuevamente se comprueba en Indochina. El miedo y la muerte son como la noche: pasan y al final resurge la luz y los hombres vuelven a cultivar los campos, a pescar, a construir casas y caminos. Claro, nada será igual de ahora en adelante. Eso lo sabemos. Porque allí, entre las torturas y el napalm, entre las ruinas y las bombas guiadas por televisión y rayos láser, ha comenzado a nacer un hombre nuevo. Por eso ya nada será igual: porque en medio de la guerra se ha incubado el mundo del futuro. Esa es la verdad de esta guerra, Billy; ésa es la verdad, aunque no quieras aceptarla.

**BILLY:**

Estuve dos meses en el hospital, hubo complicaciones y estuvieron a punto de amputarme la pierna. Felizmente no hubo necesidad de hacerlo. Después convalecí y, ya repuesto, participé en otras misiones. Eso sí, tuve suerte y no volvieron a herirme. Sin embargo, sabes, después de haber visto y sentido lo que vi y sentí, a veces he pensado que tal vez hubiera sido mejor para mí acabar como Maloney. Eso he pensado. Creo que eso comencé a comprenderlo una noche en Saigón. Andaba de permiso y recorría la zona de los bares con dos compañeros. Habíamos bebido bastante y llegamos a un bar donde había mujeres. Era un sitio muy bonito, con reservados de bambú al fondo. Nos sentamos, pedimos bebidas y unas mujeres se nos acercaron. En sus rostros pintarrajeados asomaba esa falsa cordialidad inicial que mues-



tran las putas de todas partes; esa cordialidad que desaparece si no tienes dinero o si no eres espléndido. Bueno, se sentaron. Ninguna sobrepasaba los treinta, pero todas aparentaban tener más. Se, notaba que hacían un gran esfuerzo por ser simpáticas, les seguíamos la corriente, conversábamos, mis compañeros estaban contentos, pero de pronto, no sé por qué, no me sentí bien y con el pretexto de que iba a baño me puse a recorrer el local. Algunas mujeres se me ofrecían con palabras o con gestos, pero no les hacía caso. Luego, junto a un reservado, sola, sin decir nada, mirándome como distante, vi a Flor del Otoño (su verdadero nombre era Nguyen... algo. No sé bien.) Su figura esbelta y menuda, su cabello negro y largo, su expresión tranquila... todo contrastaba con la procacidad de las otras. Eso me gustó, no sé, me atrajo. Me aproximé a ella y cortésmente le pedí, como si no estuviera allí, obligada a aceptar la invitación de quien fuese, sino en un parque o en cualquier otro sitio; como si no fuera una pupila del burdel sino una mujer que le llama a uno la atención en una fiesta) que me acompañara a tomar un trago.

**(Pano general exterior)**

CÁMARA:

Los anuncios luminosos cubren la calle. Soldados de uniforme y de civil caminan en grupos, conversan y ríen. Algunos entran o salen de los bares. Otros abrazan a las mujeres en los zaguanes. Muy altas, alejándose, luces de aviones.

**(Plano general interior)**

UNBAR.

Los compañeros de Billy beben con las mujeres. Uno, cubierto los brazos de tatuajes, besa a una mujer en la boca y palpa golosamente sus muslos. Riéndose, introduce un billete de cinco dólares entre los senos, de la mujer. En un reservado del fondo, Billy conversa con Flor del Otoño. Esta lo escucha serena, atentamente, mientras él habla con voz pausada. En el fondo de la mirada de ella, él cree percibir rescoldos de sufrimiento. Brindan por algo. Fuera del reservado, la alegría y la música son ruidosas. Un grupo de marineiros canta en la barra una vieja canción irlandesa. Todos son de origen irlandés y de esa manera creen revivir o prolongar en ellos la bazarria de sus ascendientes. En un tablado del fondo, ornado con dragones y lunas caídas, un conjunto musical de jóvenes melenudos interpreta una antigua tonada vietnamita en ritmo de rock. Las guitarras eléctricas aniquilan la tradición y la melodía original, pero los intérpretes parecen disfrutar con eso. La mirada enrojecida del cantante —pantalones ceñidos, de tela brillante— recorre lascivamente a los soldados ebrios que lo escuchan, la mayoría indiferente a cuanto no sea la cerveza o el whisky que tienen delante. Sin embargo, uno de mirada turbia, dilatadas las pupilas por la marihuana, sentado solo cerca de la tarima de los músicos, observa atentamente al cantante. Éste sonríe. Al captar la mirada del otro, le da

la espalda y se contonea mientras sigue cantando. En el aire saturado de humo y sonidos eléctricos, de risas y voces pastosas, Billy mira a Flor del Otoño como si la guerra no existiera.

BILLY:

(Regresó del servicio, encendió un cigarrillo y despaciosamente bebió un trago) Como te decía, había algo, no sé qué sería, distinto en esa mujer. Aunque estaba allí y hacía lo mismo que las otras, parecía incontaminada. Yo sentía que era diferente. En realidad, según supe más tarde en su cuarto, provenía de una aldea arrasada por nuestros bombardeos. Su familia había muerto y ella había deambulado por los caminos con otros refugiados hasta llegar a Saigón y por el momento era una más de las cien mil mujeres de las noches saigonesas. Como mucha gente suya, anhelaba que la guerra terminara, aunque ignoraba qué haría cuando ésta llegara a su fin. Sin familia, sola, ¿qué iba a ser de ella cuando acabara el conflicto? Yo acariciaba su largo cabello sedoso mientras hablaba sin mirarme, su cabeza en mi pecho, como si no hablara conmigo sino sola, en voz alta. Luego sentí sus lágrimas en mi piel, tibias y puras, y me sentí súbitamente miserable y repugnante. Era asquerosa la guerra. Asquerosa. Como entre brumas, sin poder dormir, seguí pensando y fumando. Y casi al amanecer, la mujer dormida en mi hombro, sentí asco de todo y lamenté más que nunca ser un soldado de nuestro bando. Pensé en las pasadas guerras de nuestro país y en todo eso.

DIMAS LIDIO PITY

Entonces tuve la certidumbre, afloró en ese momento, de que algo no andaba bien en esa guerra. Y dentro de mí, **my God**, algo tampoco andaba bien; tal vez nunca había andado bien.

ESPECTADOR: **Yes**, Billy, algo no anda bien desde hace mucho tiempo. Antes de Vietnam, antes de Iroshima, desde mucho antes algo estaba podrido. ¿Quién olvida a los miles de esclavos muertos, aniquilados por la miseria y el litigio? ¡Ah, el pintoresco y exótico Sur! ¡Siglos de barbarie en la extensión aherrojada y fértil de las plantaciones, de los duelos y los trajes y los bailes y las diversiones al estilo de Francia! ¿Quién olvida?

“...Desde África hasta Georgia  
elevé mis canciones de tristeza.  
Yo hice el **rag**.

Yo he sido una víctima:  
Los belgas me cortaron las manos en el

Congo  
Ahora me linchan en Texas.”

Lynch, Jim Crow, Ku-Klux-Klan: voces de odio, fuego, sangre sobre la tierra. En la alta noche, en el bajo día hombres como perros persiguen y muerden al manso, desgarran su piel, sofocan su queja, trituran sus huesos y lo entierran clandestinamente, en medio de teas y cruces, con la palabra **libertad**. Vasta tierra de crímenes. El genocidio de los pieles rojas, ¿quién lo olvida? Era invierno. Cielo azul, viento helado. Trescientos muertos entre viejos,

mujeres y niños en la nieve de la tarde. La sangre en la nieve, la muerte en el frío. Los caballos pisoteaban las tiendas y los cráneos. Wounded Knee/18..., South Dakota, USA. ¿Y México? Era uno de los países más extensos del mundo y fue despojado de la mitad de su territorio y del petróleo de Texas. ¿Y Filipinas, Puerto Rico y Cuba? Vasta tierra de odio. Algo está podrido desde hace mucho tiempo. Tú has comenzado a verlo, Billy; otros ya lo sabían y han sufrido y muerto por eso. Vasta tierra de odio.

**BILLY:**

Después la busqué varias veces, pero no pude volver a verla. Había dejado su cuarto y las otras mujeres no tenían idea de su paradero. A lo mejor estaba enferma o había muerto. Cualquier cosa era posible; todos los días moría mucha gente. No obstante, recorrí todo Saigón buscándola, hasta que finalmente me resigné a aceptar que se había extraviado en el torbellino de la guerra. Después contraí fiebres y tuve delirios terribles. Veía a Flor del Otoño tendida en un campo de arroz cubierto de cráteres y cuerpos destrozados. En el cielo rugían los aviones y la artillería disparaba incansablemente. El día olía a pólvora y a pieles chamuscadas. Ella yacía boca arriba, abierto su vientre por la metralla, pero aún no estaba muerta. Yo sabía que no estaba muerta y quería llegar a su lado y decirle algo, una última palabra, no sé, algo, pero los montones de cadáveres me impedían aproximarme. Era horrible. Yo tenía las manos manchadas de san-

gre. Al cabo de tres semanas me dieron de alta en el hospital y poco después recibí orden de volver a casa. La última noche que pasé en Saigón estuve en el lugar donde la había conocido y durante horas bebí solo en el reservado que habíamos compartido. Después he pensado que tal vez estaba medio loco, porque en verdad no sabía para qué la buscaba; ni siquiera estaba enamorado de ella. Por lo menos eso pienso. Pero, sea como sea, creo que las horas vividas con ella, sus lágrimas tibias en mi pecho, es lo único que vale la pena recordar del tiempo pasado allí. Eso y el miedo. Lo demás es **shit, only shit, my friend**.

Bebió —veo de nuevo su mirada perdida, como distante de la realidad— y luego se levantó a poner música. Nuestros vasos casi estaban vacíos. Con un gesto de la mano le pedí a Charlie otra ronda y mientras éste preparaba las bebidas pensé que sí, que de alguna manera Billy era una víctima de la guerra. No estaba muerto, claro, pero era una víctima. En cierto modo, salvo quizá la gente como Maloney que no había perecido, cuantos habían estado o estaban allí eran víctimas. De una u otra forma, la guerra aniquila a los hombres, perezcan o no en ella. Una parte de cada combatiente se queda para siempre entre los muertos. Billy era una confirmación de eso. Su fatiga, su hastío, su indiferencia hacia la vida era una muestra de esa mutilación que la guerra opera en alguna parte de cada ser. Y el haberlo escuchado me hacía pensar que tal vez sea peor ser una víctima viva, atormentada por remordimientos y neurosis, que una víctima muerta, transformándose apaciblemente en tierra y jugos elementales. Pensé decirle eso a Billy cuando regresara a la mesa, pero cuando nuevamente estuvo frente a mí con su mirada de luz indecisa, me abstuve. ¿Para qué mortificarlo? ¿Qué objeto tenía decirle nada si ya él

## ESTACIÓN DE NAVEGANTES

mismo había descubierto su condición de víctima? En silencio levanté mi vaso y lentamente brindé por todas las víctimas, muertas o vivas, de esa guerra y de todas las guerras. Definitivamente, por más que se mirara, la guerra era una porquería; una terrible, asquerosa porquería.





## HOY

Cuando los últimos desfallecientes rayos del astro rey pongan hilos de oro en el celeste lienzo y las aves retornen a sus nidos en busca de reposo

Cuando la fresca brisa del “idolatrado Ancón” como dijera una gran poetisa descienda cual aliento del Olimpo sobre nuestra ciudad

Cuando el sosiego llegue a los hogares tras la fatiga de la dura pero enaltecedora jornada El travieso Cupido guiará hacia el altar los pasos de la encantadora culta y gentil señorita **ESTER DÍAZ FÁBREGA** secretaria bilingüe diplomada en **Administration Business** en un reputado colegio religioso de Austin, Texas, y flor del virtuoso hogar formado por la bondadosa dama doña **EMILIA FÁBREGA HERRERA DE DÍAZ** y por el estimado caballero y boticario de la localidad don **JUAN ANTONIO DÍAZ SÁNCHEZ**

¿Y quién es el afortunado que desposará a la poseedora de tantas virtudes prendas y atributos?

¡Oh los caprichos de Cupido!

De lejos vino atravesando el mar a conquistar el corazón de la amada el bizarro y gallardo teniente de navío **EDWARD LIVINGSTONE** hijo del también oficial de la gloriosa marina de Estados Unidos capitán **WILLIAM LIVING-**

STONE y de la distinguida dama **mistress** ELIZABETH LIVINGSTONE q.p.d.

La ceremonia religiosa en la que se jurarán eterno amor los contrayentes será oficiada por el párroco de Nuestra Señora de la Virgen del Carmen reverendo pbro. IGNACIO VICTORIA Y LOZANO justamente conocido por su piedad y temor de Dios y el acto contará además, con el brillo de la voz angelical de la soprano señorita MAYRA NÚÑEZ quien estudió canto en Madrid y Roma y quien es amiga de infancia de la contrayente

Padrinos de la boda serán:

El destacado abogado Lic ÁLVARO QUIROZ CASTILLO y señora,

El talentoso comerciante y promotor de actividades cívicas y sociales don LÁZARO GUTIÉRREZ C. y señora

El edil don HERMINIO TORRES FLOREZ y señora,

El periodista de atildada pluma y hombre público don JESÚS MARÍA CAICEDO “Alguacil” y señora

El consagrado médico Dr. EVERARDO FUENTES y señora

La señorita DIANA DÍAZ FÁBREGA hermana menor de la novia y enfermera, egresada con honores de nuestra más alta casa de estudios y el oficial de la **Air Force** ELROD MAY

El capitán de fragata LEE RUBY y señora

El popular diputado Lic. ESTEBAN RUIZ y su prometida la abnegada maestra, y exquisita declamadora, señorita LAURA ACEVEDO

El conocido deportista y turfman don ELISEO LLANO y señora y

El connotado comentarista, de radio y televisión don LUCIANO DÍAZ SÁNCHEZ tío de la novia y señora

Invitados al fausto acontecimiento que alborota y llena de gozo el hogar de los DÍAZ-FÁBREGA serán:

El alcalde de la comuna capitalina don JORGE PEÑA y señora

El presidente de la Asociación de Farmacéuticos don ENRIQUE

AGUADO BARRIGA y señora

El presidente del Club de Leones y filántropo don EZEQUIEL LOBO RUBIO y señora.

La directora de la Asociación Panameño-norteamericana a la cual pertenecen como socios de número los miembros de la familia DÍAZ-FÁBREGA la gentil dama y figura de nuestra cultura doña DULCINEA SÁNCHEZ vda. de GOLDSMITH

El laureado poeta don SANTIAGO HERNÁNDEZ célebre por su **Himno a la amistad** de lectura obligatoria en las escuelas y en el cual exalta la cooperación y el entendimiento entre nuestro humilde y pequeño país y la gran nación hermana del Norte defensora de la democracia y la libertad Además estarán presentes otras, personalidades de nuestro medio social cultural y político

La novia lucirá, un primoroso vestido de chantilly con piedras del Rhin bordado con hilos de plata y un velo de cinco metros de tul de Lorena encargado especialmente a un prestigioso modisto de París y llevará una creación de ALBERT el peinador más exclusivo de la localidad

El ramo ha sido elaborado por el jardín El Encanto y es un obsequio de sus propietarias las conocidas señoritas RAQUEL Y DORIS CANTO

Los zapatos también bordados en plata como el vestido fueron expresamente encargados a Nueva York

La corte de amor estará formada por señoritas y jóvenes caballeros allegados a la familia de la novia y por amigos del contrayente

Las arras y los anillos serán llevados por los encantadores niños Araceli Fuentes y Alejandro Ríos y Gloria Álvarez y Nicanor Fuentes respectivamente los niños Fuentes son sobrinos de la novia y alegran el hogar de su hermana señora PRISCILA DÍAZ DE FUENTES esposa del

DIMAS LIDIO PITY

arquitecto JAVIER FUENTES H.

A la salida del templo niñas vestidas de ángeles regarán flores  
al paso de los desposados

Después de la ceremonia nupcial los padres de la novia recibirán a los invitados en un distinguido club de la localidad

Los actos religioso y social serán cubiertos por reporteros de los principales diarios capitalinos y por la televisión

Los desposados partirán en la madrugada por vía aérea hacia Miami donde pasarán su luna de miel y después irán a residir en Los Ángeles, California

Esperamos que la bendición divina descienda sobre esta pareja que hoy inicia su marcha por los senderos de la existencia unida por el sagrado e indisoluble vínculo del matrimonio y por el amor que esta tarde se jurarán ante el altar con sus corazones desbordantes de ilusiones

Desde estas páginas nos unimos a los familiares y amigos de los contrayentes para desear a los todavía novios toda clase de venturas y felicidades.

—**P**ONME OTRO, CHARLIE; AHORA VUELVO —  
digo en tanto dejo la barra y camino hacia el baño.  
Ha entrado más gente, pero el local no está lleno.

Una pareja baila apretadamente cerca del jukebox (las manos de él en las caderas de ella, ella abrazada al cuello de él) y un hombre selecciona piezas con expresión absorta, difuminado su rostro por las luces multicolores del aparato. Ahora no hay nadie en la mesa que Billy y yo ocupamos ayer, pero sobre ella están, con trozos de hielo y restos de bebidas, junto al cenicero sucio (hay algo de patético en eso) los vasos de los últimos ocupantes.

En la entrada del servicio tropiezo con un hombre que sale; me disculpo y me mira con ojos turbios durante unos segundos, luego gruñe algo, hace un ademán y se aleja. Adentro, el olor ácido de los desinfectantes y el corrompido de los orines escapan por una ventanilla alta y enrejada del fondo. Mientras orino observo las inscripciones y los dibujos de las paredes. Algunas frases son ingeniosas, otras demasiado burdas. ¿Quién ha dicho que ésta es la mejor literatura del mundo? A mi derecha un hombre calvo, de edad indefinida, suda, contrae el rostro y se esfuerza en orinar. Puedo verlo disimuladamente por el espejo. Entrecierra los ojos y respira fatigosamente. En tanto me lavo las manos sigo oyendo su jadeo pedregoso y creo adivinar el temblor de sus piernas, su angustia, el deseo quemante de orinar; luego percibo el sonido intermitente, goteroso, de su orine en el

agua del mingitorio. Parece contener el aliento mientras orina. Pobre tipo, pienso, ¿qué le cuesta ir a una farmacia o a un dispensario a ponerse unas inyecciones de penicilina para la gonorrea? Regreso a la barra y Charlie pregunta si aún no quiero nada de comer.

—Ya has tomado bastante y no has comido nada —aclara.

—No tengo hambre, Charlie. De veras —digo—. No te preocupes. Me siento bien.

Pruebo el nuevo trago.

—Ponle un poco más de quina —pido—. Parece que se te pasó la mano.

—Has perdido el paladar y ya no sabes ni lo que tomas. Eso es todo —dice Charlie enojado mientras vacía el resto de una botellita de quina en el vaso—. Y así dices que no quieres algo salado para comer. ¿No me digas que ya estás borracho?

—Ya te he dicho que no. —Su visible enojo porque he puesto en duda su habilidad para preparar la bebida, me hace sonreír—. Estoy bien. Acepta que por esta vez se te pasó la mano. No seas terco.

—Está bien. Contigo no se puede. Está bien.

Bebe de su vasito de ron y chasquea la lengua.

—Esto es vida, mi muchacho. Vida.

Desaparecido el enojo, su ancha sonrisa encendida se aleja hacia el otro extremo de la barra y también vuelvo a sonreír mientras enciendo un cigarrillo. Verdaderamente, en el mundo debe haber pocos tipos como Charlie. Muy pocos.

Él atiende pedidos de otros clientes: saca cervezas, llena vasos, cobra, recibe propinas. Durante un rato lo observo, sigo bebiendo e insensiblemente vuelvo al día anterior. En cierto modo, ha sido un sábado más en mi vida, rutinaria y sin sobresaltos, de empleado público/estudiante. Como en muchos otros, he tomado unos tragos; como muchas veces, he llegado a mi cuarto al amanecer. Algo ha habido, sin embargo, diferente: por primera vez en la vida he hablado con un gringo de cosas que realmente

me importan. Y eso no ha sido porque hayamos estado donde las putas o porque hayamos bebido durante horas, sino porque Billy ha sido el primer gringo con cierta sensibilidad humana que he conocido. El primero que parecía comprender que el **american way of life** no es la mejor cosa de este mundo. El primero que parecía tener aunque fuese una vaga noción de esa especie de culpa histórica que su patria ha acumulado a lo largo de siglos. Por eso, quizá, le había hablado de Panamá y de mí como lo había hecho: como en una confesión, como ante un espejo, en un afán de comprenderlo y de comprenderme. Era que intuía, tal vez también en una forma vaga, que de algún modo Billy era mi contraparte; o no mi contraparte: mi reflejo en el agua; pues ambos estábamos insatisfechos de nuestros respectivos países. Nuestro descontento tenía orígenes diversos pero, paradójicamente, se asemejaban: en él había culpa, en mí rencor, no obstante, en ambos se manifestaba la misma insatisfacción de vivir y soportar una realidad hostil. Y acaso fueran esas realidades hostiles (antagónicas entre sí) las que nos habían aproximado. Estando en las antípodas, ese común rechazo a la propia condición nos identificaba. Él era una víctima de su país y de la guerra; yo, solamente de su país. (¿Para qué mencionar a la oligarquía miserable y pesetera, a los gobiernos de opereta? Aunque obtuvieran migajas y se ufanaran de su servidumbre, no dejaban de ser víctimas también). Ahora, lo más importante: en el fondo de ambos, como en el de mucha gente, estaba el dolor. Eso era lo que en verdad nos aproximaba: el dolor. Un dolor que ya no era suyo ni mío, sino del tiempo.

Él me había hablado de sus padres, de Nueva York, de sus sueños, de esa incertidumbre vital que lo había empujado a buscar en Greenwich Village, en las madrugadas de las drogas y las pasiones efímeras, un sentido a su vida. Pero ni allí, junto a esos muchachos y muchachas también a la deriva, había encontrado lo que buscaba. Había tenido que pasar mucho tiempo (¿fue esa noche pasada en la selva con la pierna agujereada por una bala?; ¿fue

mientras Flor del Otoño lloraba sobre su pecho?; ¿fue durante los delirios?; ¿cuándo fue?) para que comenzara a ubicarse y, en cierto modo, a definirse frente a la realidad, para que comenzara a ver su vida como realmente era. Por eso, sobre todo, lamentaba no ser escritor: para comunicarles a los demás esa visión de la vida y de sí mismo que ya comenzaba a tener. Tal vez eso no sirviera de mucho —algunas veces en exposiciones, en librerías o en un cine se había preguntado si esos cuadros, esos libros o esa película servían para algo, si en verdad tenían algún sentido— pero algo era. Por lo menos respecto a sí mismo hubiera sido el principio de una identificación, el establecimiento, la afirmación de una identidad frente a ese vasto conjunto de seres, fenómenos y fuerzas que era su país.

No obstante, ya nada era posible: había adquirido la comprensión, sí, pero había perdido la voluntad. ¿Recordaba yo a ese personaje de Hemingway que en **The sun also rises** tiene una conciencia patéticamente lúcida de su impotencia vital? Sin ser físicamente impotente como Barnes —el personaje es un mutilado de guerra— Billy también veía sus posibilidades obturadas. No había nada que hacer. Nada. Por eso se preguntaba ¿a qué volvía a Filadelfia, a Nueva York? Daba lo mismo cualquier sitio. A menos que pudiera irse a un lugar de Montana o de Wyoming: un bosque, una cabaña cerca de un lago o de un río y una refrigeradora que hiciera cubitos de whisky, no, de ginebra, cubitos de **gin and tonic**, y una conejita con vestido transparente que le llevara los cubitos y los cigarrillos hasta donde él estuviera sentado en el atardecer, frente a la cabaña, viendo el paulatino oscurecimiento del agua (¿lago o río? Cualquier cosa), la luz dorada en las cumbres de las montañas y los juegos de las ardillas en los árboles cercanos. Pero eso tampoco era posible. **Oh, my God**, estaba hablando como cualquier **business man** que sueña con un sitio así idílico, donde no vea el rostro cotidiano de la esposa frente a la televisión ni escuche su voz por teléfono pidiéndole dinero para ir al baratillo de Sears; donde pueda olvidar a ese tipo de la oficina que siempre le agría el **lunch** con su charla fastidiosa y monótona sobre las proezas



de sus hijos, chico y chica, que son los mejores en la escuela y en los deportes: “Trabajo hasta matarme para que puedan ir a la universidad sin sacrificios, ¿sabes?, y el próximo año le regalaré un carro a Jr. para que pasee con su **girl’s friend**, ¿te he hablado ya de ella?, oh es hija de un profesor de lenguas y es muy refinada, me parece totalmente apropiada para él”; donde nadie mencione jamás facturas, letras, financiamientos, juntas, etc. **Si, my God**, estaba hablando como un **business man**. Debía ser que en el fondo de todo norteamericano había un **business man**, como afirmaban algunos. Bueno, el caso era que no tenía sentido volver ni tenía sentido quedarse. ¿Comprendía yo? Ya nada tenía sentido.

Sus palabras adquirían la densidad del desastre en la atmósfera umbrosa del MOROCO. Pocas veces había visto yo tal desolación en un hombre. ¿Qué podía decirle? ¿Que también yo deseaba ser escritor, que incluso había publicado algunos relatos y poemas en los diarios y en la revista de la universidad? ¿Qué comprendía su angustia y que su conflicto era lamentable, sí, pero que para mí la gran cuestión no consistía tanto en descifrar mi vida, sino en expulsarlos a ellos, los invasores, de nuestra tierra? ¿Qué la angustia de vivir era a veces tan aguda que faltaba al trabajo del ministerio para emborracharme con los pescadores y los marineros en las cantinas miserables de los alrededores del mercado? ¿Qué odiaba profundamente mi trabajo y que en ocasiones sentía deseos de huir, de abandonar esa existencia mediocre, agobiada por el calor, la comida a hora fija, el coito semanal en un prostíbulo, y extraviarme en los caminos del mundo? Podía decirle ésas y muchas, otras cosas, pero permanecí callado. De nada hubiera servido. Contándole mis penas no aliviaba las suyas. Porque ambos estábamos angustiados, sí, pero nuestras angustias tenían orígenes radicalmente distintos. La suya provenía de no tener nada que hacer, la mía de tener que hacerlo todo.

En verdad, algunas veces yo hubiera querido ser y comportarme —aunque cuando aparecía ese deseo era rápidamente so-

focado por un sentimiento de vergüenza— como Jimmy y muchos otros. Apenas terminaban la escuela secundaria (casi siempre estudiaban mecánica, refrigeración o cualquier disciplina técnica) hacían lo imposible para emigrar a Estados Unidos. Porque “allí hay dinero y oportunidades, mi hermano; hay que buscarse otra vida”. Se iban a Brooklyn o a Chicago y olvidaban el barrio donde habían crecido. Ponían su oscura vida de espaldas a todo, indiferentes al drama de su pequeño país, sin importarles más que **the money, brother, Do you know?** Alguna vez venían a visitar a sus familiares en la época de carnavales y uno veía en los periódicos a una mulata de sonrisa encantadora, rodeada de rostros morenos y satisfechos, descender con desenvoltura neoyorquina de un avión de **Panam**. La reina de la colonia panameña en Nueva York. ¿Le gusta Panamá?, pregunta un reportero. **Yes. This little country is nice, very nice.** No hablaba español ni había nacido en Panamá, pero su padre era hijo de una lavandera del Marañón que había muerto tuberculosa. Y el martes de carnaval uno la veía en el desfile de carros alegóricos, sentada en su trono **nice**, sonriéndole a esa multitud bulliciosa y **nice**, que aplaudía a las soberanas de la colonia china, de la colonia judía, de la Zona del Canal, de la colonia panameña en Nueva York, de Colón y a la reina oficial de los carnavales. Contagiada por el sol y el ritmo, gozaba con los aplausos, los disfraces y las serpentinas. **Oh, that people is wonderful**, comentaría al regreso con sus amigos y mostraría orgullosa la foto que le habían tomado en bikini debajo de una palmera. Acá estaban la alegría, la música, lo **nice**; allá las oportunidades y los dólares. “**Hay que irse a los States**, mi hermano; aquí no hay futuro para nadie”.

Alguna vez pensé en eso. La verdad era, sin embargo, que ni aunque hubiera querido irme habría sido posible. No por la falta de dinero o **por el escollo del idioma**, sino porque no me daban visa, pues desde los quince años me habían fichado como culpable de actividades antinorteamericanas por haber participado en una manifestación estudiantil ante la embajada estadounidense.

Estaba en la lista negra de los **filocomunistas-rojos-subversivos** y por tanto nunca podría entrar al país de la libertad, oh Dios, de la democracia, **my friend**.

Un cliente discute con Charlie por el precio de un **highball**. Éste le dice que está bien, que no pague si no quiere, pero que se largue y no haga escándalo o llama a la policía. El hombre sale barbotando injurias. Charlie toma un sorbo de ron y se limpia las manos con el delantal.

—Ya ves como es esto —dice—. Nunca falta un desgraciado que quiere dárse las de vivo.

Lo llaman del otro extremo de la barra y se aleja meneando la cabeza. Ahora, por entre las conversaciones y el humo, fluye una canción de los Platers. Bebo un trago y recuerdo la noche en que, tras mucho tiempo sin vernos, Jimmy y yo nos encontramos a la salida de un cine y me dijo que se iba a Nueva York.

Era en Calidonia y entramos a una cantina a tomar una cerveza. Tres meses antes se había graduado de mecánico en el Artes y Oficios; y su cara resplandecía porque dos días después iría a reunirse con un tío suyo que era jefe de un taller en Brooklyn.

—Mira, ya tengo la visa. Es por cuatro años —dijo y me mostró el pasaporte.

En su mirada, en cada uno de sus gestos afloraba la satisfacción, una alegría incubada a lo largo de años y de insomnios. ¿Desde cuándo soñaba Jimmy con ese momento? Tal vez desde siempre. Acaso desde muy temprano había intuido que su destino, como el de tantos otros, era ése, crecer contra el hambre, graduarse, irse a Nueva York. Por eso, para no enturbiarle su alegría, no le reproché nada, pero un escozor triste me recorrió interiormente y deploré que se fuera.

Como es usual en esos casos, recordamos los viejos años compartidos y hubo preguntas recíprocas sobre qué hacíamos y cómo nos había ido en el tiempo en que no nos habíamos visto. Jimmy era ahora un muchacho fibruado y alto, no el chico desgarrado que trepaba árboles con agilidad de ardilla. Pero en los ojos

conservaba la misma viveza y picardía de antes, esa que refulgía en todo él cuando robábamos mangos en el huerto del alemán. ¡Aquel tiempo! ¡Esos años!

Le pregunté por los antiguos inquilinos de la casa de madera. La mayoría se había mudado. De los conocidos quedaba la jamaicana Jenny, guasona como siempre —la edad no parecía menoscabarla: seguía siendo alegre y bulliciosa— y el peruano aquél, ¿lo recordaba yo?, que era mesero en un bar. Ahora trabajaba en un burdel y algunas veces llegaba a su cuarto al amanecer con una mujer aindiada, seguramente del interior, que gritaba obscenidades mientras subía la escalera apoyada en el peruano, quien en vano le decía cállate, ya llegamos, vas a despertar a los vecinos. ¿Recordaba yo que el peruano tenía grandes entradas? Bueno, ahora estaba casi totalmente calvo. Sólo le quedaba una franja de pelo en la base del cráneo. Parecía un monje. Y tenía ese color verde-pálido de los noctámbulos y los reclusos. Jimmy se había mudado meses antes a Parque Lefevre, pero de vez en cuando iba por la casa de madera. Cosa de quince días atrás había visto a Lupo. Para ese sí que el tiempo no había pasado; sólo se habían hecho más profundas las estrías que surcaban sus mejillas y se habían multiplicado las arruguitas debajo de sus ojos. Dentro de un par de años sería jubilado en la Zona del Canal. Pensaba dedicarse a la cría de gallinas cuando llegara ese momento. Antes, sin embargo, quería conseguir una mujer, preferiblemente divorciada o viuda —ya sabes cómo son las muchachas sin experiencia— para que le ayudara con las gallinas y lo atendiera, pues su madre, ah su madre, estaba demasiado vieja y seguramente ya no viviría mucho. Todavía, por costumbre y para llevar alguna mujer de vez en cuando, conservaba el cuarto de la casa de madera, pero nunca dormía allí, angustiado por la posibilidad de que cualquier noche muriera su madre sin estar él presente. Mientras Jimmy hablaba, pensé si Lupo me recordaría aún. Para mí él era una de esas personas que uno recuerda a lo largo de la vida. Incluso cada vez que pasaba por la Zona rememoraba mis excur-

siones con él a Miraflores y a Gamboa. En cierto modo, más que un recuerdo era una presencia que, junto con muchas otras cosas y personas, iba conmigo a todas partes.

Jimmy bebía su cerveza y yo lo miraba y sentía por él, como si el tiempo no hubiera transcurrido, el mismo cariño de antes. No importaba que ahora juzgáramos las cosas de manera distinta, que él viera en los Estados Unidos una esperanza y yo una frustración; nada de eso importaba: mi cariño por él era invariable. Rechazarlo a él hubiera equivalido a repudiar una parte de mí mismo. Además, olvidaba que, durante mucho tiempo, yo también había pensado que los gringos eran gente maravillosa.

—¿Y Marta?— pregunté cuando Jimmy acabó de hablar—. ¿Qué se hizo? ¿sabes algo de ella?

Su cara se puso, seria y bebió despacio un trago de cerveza.

—Murió —dijo finalmente—. Murió hace como un año. Después de que ustedes se mudaron, estuvo presa varias veces. Tenía un chulo que andaba metido en eso de las drogas. A veces se peleaban, hacían escándalo y llegaba la policía. Una vez él la pateó y ella le dio una cuchillada. Luego a él le impusieron una condena de varios años y lo mandaron a Coiba. Creo que todavía está allí. Después ella estuvo hospitalizada un tiempo y cuando salió volvió a pescar, pero nadie le hacía caso porque se había corrido la voz de que estaba enferma. Entonces anduvo dando vueltas por ahí hasta que cayó presa otra vez y, finalmente —eso se supo después—, de la cárcel la llevaron al hospital a morir. Parece que estaba tuberculosa, aunque en la casa decían que había muerto de cáncer.

Marta. ¡Cuántos recuerdos! ¡Qué cosa la vida! Una tristeza dulce, sosegada, íntima me veló la memoria por un instante.

Jimmy fue al baño y en tanto duró su ausencia me abandoné a ese pesar tibio y salobre que me envolvía como una bruma lenta. ¡Qué cosa la muerte! Jimmy regresaba. Bebí un trago de cerveza y la niebla se disipó.

De nuevo en la mesa, Jimmy me habló de sus planes. Traba-

jaría duro y ahorraría para llevarse a su madre. No quería que siguiera para siempre de portera en una escuela. Yo lo escuchaba sin exteriorizar mis reparos. Lo veía demasiado entusiasmado para agriarle el ánimo con objeciones y palabras, porque sólo palabras era cuanto podía ofrecerle a cambio de sus sueños. Seguimos bebiendo y horas después, al despedirnos, sentí un desgarramiento. Como una gitana ve en los naipes el destino de su cliente, vislumbraba yo en los planes de Jimmy su futuro.... Viviría en Brooklyn. Muy bien y ¿luego? Luego lo enrolarían en el U.S. ARMY y después, como muchos otros, adoptaría la ciudadanía norteamericana. Eso si sobrevivía y no lo mataban en cualquier país remoto sin que él supiera por qué.

Nos despedimos fuera de la cantina, bajo el anuncio luminoso de un almacén, y en el momento de darnos un abrazo tuve la impresión —fue algo fugaz— de que en adelante Jimmy ya no sería para mí un amigo sino sólo el recuerdo de un tiempo muy lejano.

—Te escribiré —dijo con voz enronquecida por la cerveza mientras caminaba hacia la parada de buses.

Un mes más tarde recibí una postal que mostraba al **Empire State Building** contra un grisáceo cielo de otoño. “Estoy bien. Esta ciudad es formidable. Comienzo a ganar buen dinero”, decía. No tuve más noticias tuyas y cuando me acordaba de él lo imaginaba recorriendo calles frías, atestadas de automóviles y gente, o en el **subway**, respirando el aire sudado, corrompido por las respiraciones y los eructos. Veía su cara morena, ya no sonriente sino seria y fatigada, perdida entre millones de rostros anónimos y hoscas. Luego, cosa de un año después, supe por los periódicos que Jimmy había muerto baleado durante una batida policiaca.

Esa tarde, algunos compañeros comentábamos la muerte de Jimmy en el café de la universidad. (Entonces quienes teníamos veleidades literarias solíamos reunirnos cada día para mostrar el último poema, cruzar ideas y descuartizar a quien hubiera publi-

cado algo. Uno pretendía emular a Lope de Vega y cada tarde llevaba un cartapacio con seis, nueve, once poemas, todos malos, por supuesto, aunque él parecía creer sinceramente que a ese paso sería en unos años el mejor y más prolífico poeta del mundo). Ninguno de ellos lo había conocido, pero les conté quién era Jimmy y todos coincidieron en que su fin era lamentable. Claro, su caso no era único ni sería el último. Podían decirlo los puertorriqueños y los mexicanos que cada día eran agredidos o asesinados en las ciudades estadounidenses. Además, no debíamos olvidar algo: no era necesario salir de Panamá para ser un delincuente a los ojos de los gringos. Alguien recordó al panameño que había sido condenado a cadena perpetua en la Zona del Canal por haber cedido a la ninfomanía de la esposa de un coronel. Fue acusado de estupro y aunque la supuesta víctima no estuvo presente en el juicio ni declaró contra el acusado —la habían enviado discreta y apresuradamente a Estados Unidos— el veredicto fue de culpabilidad y por ello Lou Lerner Grace permanecía desde hacía diecisiete años en la penitenciaría de Gamboa. Había sido un escándalo. La defensa, a cargo de un abogado gringo, se limitó a pedir clemencia y no presentó testigos, pese a que muchos habían visto cómo la mujer llegaba en su automóvil a buscar a Grace por las noches. Simplemente, en la Zona no podían tolerar —era inmoral, inadmisible, dijo el fiscal— que la blanca esposa de un coronel hiciera el amor con un negro, así fuese dentro de un automóvil en un camino solitario.

Largo rato hablamos de esos muchachos que se marchaban a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Simultáneamente tenían razón y estaban equivocados. Pero, ¿qué se podía hacer? La realidad, su aversión a la pobreza era más fuerte que todas las palabras. Todavía, durante el viaje de la universidad al centro, continuaba pensando en eso y la imagen de Jimmy seguía dándome vueltas, giraba dentro de mí como una nubecilla luminosa en un cielo negro.

Mientras yo pensaba en Jimmy, Billy bebía calmamente, ponía el vaso en la mesa, encendía un cigarrillo y dejaba correr la

vista por el local saturado de humo. Sí, en ocasiones hubiera querido olvidarme de tantas cosas y ser como muchos otros, como mucha gente. Ser, por ejemplo, un buen empleado en el ministerio —sobre todo ser simpático con los jefes: contarles chistes, hacer escarnio de los enemigos de ellos, invitarlos a bautizos y reuniones de familia; hacer méritos, en fin, para un ascenso— y beber despreocupadamente cerveza los sábados con los amigos. Hubiera querido hacerlo, pero a la vez comprendía que no era posible. En nuestra pequeña tierra había demasiado dolor acumulado, excesivos entuertos y equívocos históricos, para que uno pudiera, si tenía siquiera un poco de sensibilidad o de conciencia, ser conforme. Había tenido la desgracia o la fortuna —uno no sabe cómo juzgar en estos casos— de nacer en un país y en un tiempo vedados a la conformidad o a la complacencia; de manera que no tenía otra alternativa: o la sumisión o el descontento. Y frente a esa realidad hiriente y vergonzosa, lo único decente eran el repudio y la condena. Así, por mucho que me atormentara o pretendiera esquivarlo, mi destino era ése: y tenía que vivirlo.

Una mujer baila sola, con movimientos lánguidos y sensuales, junto al jukebox. Su acompañante, un hombre maduro de espeso cabello entrecano peinado hacia atrás, la observa desde una mesa. Ella se acaricia las caderas, los senos, los ofrece al vacío, y su boca entreabierta y húmeda se entrega a la penumbra del MOROCO, al aire denso, a una boca imaginaria. Con un cigarrillo en la mano, su amigo sigue contemplándola quieto, atento a todos los movimientos de la pelvis, de los muslos, de las nalgas trémulas; la acaricia con los ojos sin que se mueva un solo músculo de su cara. Sobre la mesa, dos copas de coñac y un paquete de **Camel** abierto.

Charlie se acerca secándose las manos con el delantal.

—¿Y...? —pregunta.

—Nada —digo y continúo mirando a la mujer que baila.

Charlie se fija en ella.

—Ah, esa... —hace un gesto de desdén— viene por aquí algu-



nas veces, siempre con el mismo tipo. Ponen música y ella baila y él la mira. Nunca baila con ella, sólo la mira. No sé... a veces pienso que debe ser un enfermo. ¿Te sirvo el otro?

—Bueno. Y ahora sí tráeme algo para picar.

Charlie se aleja y en la luz violeta, entregada a la música, a la mirada del hombre y a un rito que quizá sólo ella conoce, la mujer sigue bailando.



## CRÓNICA 1903

**E**n el Istmo se han librado los últimos combates de la Guerra de los Mil Días. Liberales y conservadores están exhaustos y hastiados de sangre. Panamá sufre, como ha padecido desde su emancipación de España, los males de Colombia. Ahora, desgarrado el país por la contienda civil, es el momento de intentar una vez más la separación. Los comerciantes panameños cansados de soportar los estragos de las revueltas urdidas en Bogotá y los gravámenes impuestos por el gobierno metropolitano, no están dispuestos a tolerar que sus establecimientos continúen languideciendo en la zozobra.

En la honda noche crepitan debates y concilios, titubeos y resoluciones. Finalmente, una mañana de noviembre, con el apoyo prestado por la presencia de la U.S. NAVY, se proclama la independencia. Es fiesta: campanas a vuelo, salvas, euforia en las calles.

Quince días después es firmado en Washington el tratado Hay–Bunau Varilla, por el cual Estados Unidos obtiene la concesión para construir el Canal (la fracasada compañía francesa, representada por Bunau Varilla, percibe cuarenta millones de dólares) y además recibe a **perpetuidad** una franja de territorio para el mantenimiento y defensa de la vía.

Meses antes, el indio Victoriano Lorenzo, general–guerrillero que luchaba en el bando liberal por tierras para los suyos y quien recelaba de los gringos, había sido fusilado a traición, con el consentimiento de los jefes liberales. De manera que

ahora el tratado que enajena Panamá a los Estados Unidos con todo cuanto es (su vieja historia y su futuro) no tiene impugnadores.

Los trabajos recomienzan con nuevo impulso y vuelven a venir hombres de todas partes (muchos atraídos con señuelos) a dejar sus vidas en la zanja interoceánica. Y tras diez años de labores, Wilson detona una mañana el explosivo con el cual se pulverizan los últimos metros de roca que impiden la unión de las aguas. Nuevamente es fiesta. La prensa mundial recoge y difunde la proeza.

¡Por fin han sido unidos los mayores océanos de la tierra!

Así culmina un sueño luminoso y comienza una historia amarga.

**E**L TAXI AVANZA POR CALLES DESIERTAS, SIN autos ni gente, apenas animadas por anuncios parpadeantes, y de vez en cuando el chofer intenta entablar conversación, pero le respondo con monosílabos distraídos o permanezco callado si no es preciso que conteste; finalmente parece resignarse a mi renuencia a la plática y enciende el radio. Frank Sinatra canta **Stranger in the night** y su voz tiene resonancias oscuras en el aire fresco de la madrugada. Reclino la cabeza en el espaldar del asiento, entorno los ojos y me entrego a la canción y a ese aroma indefinido de la noche, mezcla de cemento y mar, de tierra, sudor, lluvia y cielo, que la ciudad exhala antes de amanecer. Río Abajo, Parque Lefevre, Carrasquilla, El Cangrejo, Bella Vista, San Miguel, Calidonia y ahora, a la izquierda de la avenida, El Chorrillo; hemos atravesado la ciudad dormida y bordeamos las faldas del Ancón. Allí están las alambradas iluminadas por reflectores, Quarry Heights —centro neurálgico del vasto aparato bélico— y los letreros NO TRANSPASSING MILITARY ZONE, fosforescente entre los insectos y la vegetación. Más allá, a la izquierda Amador, el mar y las islas de Perico, Naos y Flamenco, densas y quietas como tortugas dormidas en la vaga luz. Termina la canción de Sinatra. Son las cuatro y cuarenta y seis de la mañana, dice la voz insomne del locutor. A la derecha, Balboa; sus calles limpias, bordeadas de palmeras y césped, están ahora sumidas en el silencio y el sueño; y al frente, ya prácticamente debajo de nosotros, el gran puente iluminado.

Su arco divide en dos la sombra y en el agua resopla un remolcador. Mar afuera, luces de barcos fondeados o alejándose. El vehículo me deja en el mirador y camino hasta el centro del puente. En las esclusas de Miraflores, un barco de carga se desliza hacia el Pacífico. Ocho horas antes dejó atrás el Atlántico, se internó entre colinas y ahora está a punto de entrar en el otro océano. ¿Cuántas veces ha sido repetida esa maniobra desde 1915? Pienso en esa madrugada de hace años, cuando por primera vez crucé el Canal en el ferry Roosevelt. Me deslumbraron los faros giratorios, las naves, los sonidos, los reflejos aceitosos de esa misma agua que ahora es allá abajo una masa oscura y quieta. Ya entonces, sin que yo siquiera pudiese imaginarlo, vida y muerte estaban allí, en esa agua turbia mancillada por las quillas de los buques y por las blasfemias de los marineros, por las banderas y las lenguas de todas las naciones. Era el destino de la patria, afirmaban quienes enriquecían con el comercio. **Pro mundi beneficio** rezaba el escudo nacional. Pero no, no era el destino. Nadie lo pensaba, o si lo pensaba no se atrevía a decirlo, pero no era el destino; sí eran, en cambio, el despojo, la injusticia, el colonialismo. Claro, eso lo sabría después, mucho después, no esa madrugada de asombros y descubrimientos. Después, viendo a gente inerme caer bajo las balas del U. S. ARMY el 9 de enero del 64, investigando cuántos miles de millones de dólares ha reportado la vía a Estados Unidos, sabría que los gringos no son los seres más inteligentes y bondadosos de la tierra, como había creído. Sin embargo, esa madrugada aún no había estudiado ni sufrido la historia, ignoraba demasiadas cosas; y por eso, lo mismo que mucha gente, aceptaba el destino.

Billy Jones XVII de Infantería de Illinois ¿ya habrán recibido los señores Jones el telegrama que les informa de tu muerte? cuando lo sepan tu madre orgullosa de ti pondrá la medalla con un retrato tuyo en un marco y tal vez piense que después de todo valieron la pena

## ESTACIÓN DE NAVEGANTES

tantos disgustos y acaso un remordimiento recóndito la impulse a hablar con los conocidos en el colegio en la iglesia en el supermercado de lo buen hijo que eras de cuánto te quería y posiblemente se imponga la secreta penitencia de cortar cada día una de sus rosas para ponerla junto a tu retrato

El barco desciende al nivel del mar en la esclusa de Miraflores y las compuertas se abren con majestuosa lentitud para darle paso hacia el agua libre, salada y aceitosa del Pacífico,

y la tía Margaret visitará a tus padres cuando se entere y llorará abrazada a su hermana Bette que desgracia oh Dios el pobre Billy morir así cuando ya venía de regreso oh Dios Bette cómo pudo ser Bette tan bueno que era oh Dios el pobre Billy el pobre Billy

llena de tiburones y cangrejos, de medusas y basuras, que llega en olas monótonas hasta, donde las compuertas liberan el agua dulce del río Chagres y de los pequeños embalses auxiliares. Por el puente pasan camiones de carga. Algunos traen ganado o legumbres de Chiriquí; otros, cerdos, aves y frijoles de Los Santos. Sus motores dejan el olor del diesel quemado y un sonido ronco y largo antes de perderse en el extremo del puente rumbo a la capital.

y el profesor Jones lamentará que hayas muerto pero simultáneamente tratará de consolarse pensando que fuiste un héroe que conseguiste para la buena Bette una medalla y para siempre estará orgulloso de su chico Billy soldado heroico en Vietnam buen hijo hasta el fin y nunca aceptará así se lo prueben cien veces que te arrojaste del puente

no

no

lo han matado pensará lo han matado y quizás un día decida venir a conocer el sitio donde supone que te mataron vuela ahora y pague después ¿Por qué no vamos Bette? dirá con el folleto de una agencia de viajes en la mano era un buen hijo y es lo único que podemos hacer por él y sí es posible que vengan Billy ya sabes cómo son de caprichosos los viejos sobre todo si tienen remordimientos

Del mar sopla ese viento fresco que anuncia el alba. En uno de los muelles de Balboa hay un trasatlántico amarrado, inmóvil en el agua sin olas. De la ensenada de Rodman sale un remolcador a marcha lenta. La brisa agita la bandera estadounidense en lo alto del puente.

ESSO STANDARD OIL enormes depósitos de combustible naval elevan sus formas redondas rodeados de luces y letreros NO SMOKING DANGER seguramente los viste antes de saltar ¿no los viste? ahí estaban y están como hace años como estarán dentro de mucho tiempo ¿no los viste Billy? ¿seguro que no viste esos gigantescos tanques de cuerpos redondos como huevos monstruosos?

Finalmente no habló nada de Billy con Charlie, pienso. Pero quizás eso no importe mucho, después de todo. Lo que realmente importa fue haberlo conocido, haberme enterado de su vida y estar ahora cerca de su muerte. Ni la una ni la otra cambiarán lo que aquí ocurre, pero ambas me han ayudado a tener más claras algunas cosas. Tal vez siempre deberé estarle agradecido por eso. Ahora este puente, el Canal y lo que somos y hemos sido forman una sola cosa dentro de mí, una sola imagen que se adentra en mi sangre con los ruidos y las sirenas de los barcos, con los días y los clamores de los barrios miserables, con las



calles limpias de Balboa, con la angustia de los discriminados y con las sonrisas satisfechas de los “zonians”. Lo que antes sólo era suposición o estaba disperso y confuso, se ha unido y ordenado. Aquí en el puente, rodeado por la sombra herida de luces, en la soledad del agua, lo veo todo muy claro. En cierto modo, ya no tendré derecho a dudar, ni a ser débil, ni a seguir aislado.

acaso a esta hora tu madre y Margaret están llorando y recordándote en la sala o dormitan en sillones vencidas por el llanto con un pañuelito húmedo en la mano desenchajados los rostros respirando con suave gorgoteo mientras el profesor Jones en su estudio piensa en tí y en Hamlet o en alguna frase paliativa de Emerson o de Donne o de algún clásico estoico

Los camiones pasan y un olor a vacas y a cerdos queda flotando durante algunos segundos, hasta que el viento lo disipa. Cuando aún no había puente, los camiones formaban convoyes para cruzar el Canal en los ferries que transbordaban cincuenta o más vehículos cada vez. Era hermosa la travesía a quince millas por hora sobre las aguas espesas, con barcos aproximándose o alejándose, con el ruido de las

¿y tú Billy? estás desde hace horas en la morgue del Gorgas Hospital helado con los ojos mordidos por los peces encerrado en un cubículo de sombra fría sin recuerdos ya sin hastío ni pesadumbre esperando que te envíen a Filadelfia cuyo cielo es azul en esta época

máquinas del ferry perdiéndose en las olas levantadas por la propia embarcación. Sobre el Ancón parpadean luces rojas y verdes y allí afuera, sobre las islas negras, también hay lucecitas encendidas.

tu cuerpo magullado regresará a Filadelfia pero nadie verá tu rostro muerto sino el recuerdo de tus ojos celestes entre los rosales florecidos de mistress Jones te verán cuando eras niño cuando ibas a la escuela o a la iglesia y jugabas con los chicos vecinos no verán tu faz marcada por el miedo el odio los disparos los prostíbulos y las borracheras no sabrán nada de tu hastío de tu náusea nada de eso habrá existido para quienes te vean para todos serás Billy el chico de los Jones hasta que el olvido te sepulte

De Miraflores se aproxima el barco con la bandera de Inglaterra a popa. No hay nadie en las cubiertas y a proa aparece el nombre de la nave BLUE FISH en letras de metro y medio. Ahora no pasa ningún automóvil. La soledad se extiende en todas las direcciones. En lo alto, empalidecidas por las luces del puente, brillan las estrellas. ¿Qué harán los caracoles allá abajo?

tampoco verá nadie la foto de tu cuerpo tendido bajo la manta en la hierba del amanecer rodeado de policías mordido por las sardinas y los cangrejos hinchado y amoratado como todos los cadáveres de ahogados como el cuerpo de una niña de nueve años y huérfana de madre que murió en un río de David en el verano de 1949 al mediodía mientras jugaba con un grupo de escolares custodiado por una maestra seguramente tú no gritaste Billy no tenías motivo ni tiempo para hacerlo y pienso que tampoco sufriste mucho porque la caída debió aturdirte pero la niña sí sufría y gritaba su carita deformada por el miedo era un grito desgarrador y los demás niños también gritaban desesperadamente en la orilla en un instintivo y vano intento de alejar a la muerte y uno de los mayores nadó

hacia ella pero cuando estaba a tres metros del grito la niña se hundió entre burbujas agónicas y el silencio sucedió a los gritos y el agua del Risacua fue nuevamente verde y mansa bajo los espavés de la ribera luego durante toda la tarde varios hombres buscaron a la pequeña en las profundidades mientras los niños permanecían callados y sobrecogidos en la orilla con un viscoso sentimiento de asombro y espanto en las entrañas y la maestra iba y venía desesperada con los ojos llorosos y después ya casi al anochecer trajeron a Tiburón Ramírez quien había sido pescador de perlas en Las Paridas y la maestra le pidió entre sollozos agrandados por el silencio que sacara a la niña que sacara a la niña señor porque no puede quedarse sin cristiana sepultura y Tiburón canoso y agrietado su rostro por tantos años de mar pidió un vasito de ron para cortar el frío y entró al agua con una áspera cicatriz en la mejilla izquierda y tras persignarse su cabeza gris desapareció en el agua verdosa y pasaron lentamente los segundos diez pesados veinte densos treinta expectantes cuarenta y después de un minuto Tiburón emergió veinte metros más abajo de donde se había sumergido

no

no estaba por ese lado

únicamente podía estar en la olla que un remolino había formado debajo del puente en la base de la pilastra eso si la corriente no la había arrastrado pero la olla tenía cuarenta pies de profundidad y el remolino dificultaba el descenso por eso debía descansar un poquito y tomarse otro trago antes de buscar ahí y Tiburón se bebió otro vaso de ron y su pecho enjuto y fibroso aspiró hondo varias veces en la luz muriente antes de zambullirse de nuevo y el padre de la niña había llegado y estaba en la orilla ebrio roja la mirada por el dolor y

quería tirarse al agua y maldecía a Dios me cago en todos los santos mi hija no puede perderse así y dos hombres lo sujetaban para calmarlo  
Tiburón está buscándola señor tenga paciencia oiga no se desespere,  
y Tiburón salió casi a los dos minutos y dijo el remolino la metió en la olla échenme una soga y la maestra lloraba cubriéndose la cara con las manos cuando Tiburón dejó el cadáver en la orilla y entonces ya nadie pudo contener al padre que lloró sobre la hija muerta con gemidos entrecortados y luego así sin cubrirlo cargó el cuerpo sobre sus hombros y caminó hacia la carretera seguido por la gente y por las primeras sombras de la noche

EL BLUE FISH avanza hacia la salida del canal, ya está casi debajo del puente; en diez minutos más estará en el mar propiamente dicho y sus luces de navegación serán puntitos cada vez más lejanos y diminutos, hasta que finalmente se apaguen en el horizonte con un último destello. Ahora la chimenea y los mástiles pasan a pocos metros de mí, deslizándose apaciblemente como si el buque no surcara agua sino una niebla o un sueño. Falta poco para que amanezca; la sombra comienza a ser pálida por el este. EL BLUE FISH busca el mar por la ruta que le indican las boyas y una lancha lo sigue para recoger al práctico que ha guiado la nave a través del Canal.

falta poco para que amanezca y sea lunes Billy pero hoy no iré al trabajo mejor esperaré el alba sentado en el malecón de El Chorrillo quiero amanecer en ese barrio viejo y sucio de techos oxidados y ver cómo el día comienza allí con niños pelícanos y cangrejos correteando por la arena tibia mientras la distancia engendra barcos en la luz naciente

ESTACIÓN DE NAVEGANTES

quiero ver eso y olvidar todo lo demás Billy quiero ver  
cuanto tal vez no vieron tus ojos a lo largo de los años  
velados por la angustia quiero ver lo que seguramente  
no vieron antes de cerrarse por el golpe del agua antes  
de ser mordidos por los peces

UUUUUHHHHH UUUUUHHHHH La sirena del BLUE  
FISH suena en la sombra como un lamento perdido y el buque  
aumenta su velocidad cuando rebasa la última boya. Atrás quedan  
el Canal —su historia de vida y muerte— y un hombre que mira  
desde el puente cómo el barco se aleja y cómo, paulatinamente,  
mientras el sonido de la sirena es devorado por el silencio y las  
colinas, la estela de la nave se convierte en recuerdo sobre el  
agua.



# Biblioteca de la Nacionalidad

---

## TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.  
**El Estado Federal de Panamá**, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá: *Estudio, selección, bibliografía***, Rodrigo Miró.  
**Panamá: *Cuentos escogidos***, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. *Antecedentes históricos***, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá: *Ensayo folklórico***, Narciso Garay.  
**Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá**, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.  
**Panameñismos**, Baltasar Isaza Calderón.  
**Cuentos folklóricos de Panamá: *Recogidos directamente del verbo popular***, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. *Selección de discursos, ensayos y conferencias***, José Dolores Moscote.  
**Historia de la instrucción pública en Panamá**, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.  
**Formas ideológicas de la nación panameña**, Ricaurte Soler.  
**Papel histórico de los grupos humanos de Panamá**, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.  
**Compendio de historia de Panamá**, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.
- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.

- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.  
**Tradiciones y leyendas panameñas**, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.  
**Luna verde**, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.  
**Sin fecha fija**, Isis Tejeira.  
**El último juego**, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.  
**El ahogado**, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.  
**Manosanta**, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.  
**Estación de navegantes**, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña: Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castillero Pimentel.  
**El Canal de Panamá: Un estudio en derecho internacional y diplomacia**, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.  
**El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.**
- **Tamiz de noviembre: Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.  
**La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes**, Ismael Ortega B.  
**La independencia del Istmo de Panamá: Sus antecedentes, sus causas y su justificación**, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.  
**Blásquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño**, Hernando Franco Muñoz.  
**El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: Cronología de una lucha**, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, Varios autores.  
**Las manifestaciones artísticas en Panamá: Estudio introductorio**, Erik Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos (Historia del Canal Interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903) —Tomo I—**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



## ESTACIÓN DE NAVEGANTES



A los Mártires de enero de 1964,  
como testimonio de lealtad a su legado  
y de compromiso indoblegable  
con el destino soberano de la Patria.

DIMAS LIDIO PITY